

# AVE FÉNIX

*Se puede renacer por amor*



CHRISTIAN MARTINS



**AVE  
FÉNIX**

Se puede renacer por amor

**CHRISTIAN MARTINS**

**EDICIÓN MARZO 2018**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS**

¿Por qué contentarnos con vivir a rastras  
cuando sentimos el anhelo de volar?

Hellen Keller

# AGRADECIMIENTOS

A todas mis lectoras.

En el fondo sois las dueñas de todas mis historias porque, sin vosotras, nada de esto tendría sentido.

Gracias por darme alas para volar.

Christian.

# 1

## La llegada

Observo a mamá mientras conduce distraída y canturrea una de las nuevas canciones pop que están arrasando en la radio. Da pequeños golpecitos con la mano contra el volante, de una forma despreocupada e inocente y no puedo evitar pensar que, algunas veces, parece ella la hija y yo la madre.

El viaje será largo; aún nos quedan unas tres horas para llegar a Bolsover, el pueblo en el que nació mi madre y en el que siempre vivieron mis abuelos.

Nos mudamos porque desde que papá murió todo ha ido cuesta abajo para Charlene, mi madre. Fue un golpe duro para las dos, porque de pronto nos vimos solas y no supimos cómo actuar. Mi padre siempre había funcionado como hilo conductor en nuestro hogar y, cuando el hilo se rompió, la comunicación entre Charlene y yo también se fue al traste. Pero debo de admitir que la peor parte se la llevó mi madre. Su mundo cambió completamente y de la noche a la mañana se vio echando currículos en todos los establecimientos posibles en busca de un trabajo.

Durante una época trabajó de camarera en el bar de una gasolinera de carretera. Tenía unos horarios complicados y la mayor parte de los días llegaba a deshoras a casa, así que después del colegio yo era la encargada y responsable de desempeñar las tareas del hogar. Ese fue el instante en el que, de pronto, nuestros roles comenzaron a intercambiarse.

Cada noche la esperaba despierta, temerosa de que le ocurriera algo de camino a casa y yo terminara quedándome totalmente sola en el mundo. Cuando Charlene llegaba, se quitaba la ropa y se metía a la cama sin hacer

ruido, pero después se echaba a llorar. Tardaba horas en quedarse dormida entre gimoteos silenciosos, y eso a mí me mataba poco a poco.

Sabía que sin papá era desdichada.

Algunas madrugadas me deslizaba hasta su habitación y la abrazaba hasta que se calmaba, otras, simplemente, la dejaba desahogarse entre las sombras de la oscuridad.

Después de ese horrible trabajo, consiguió otro un poco mejor en una lavandería. Tenía un horario más decente así que, cuando salía del instituto, yo me acercaba para ayudarle y la esperaba para que regresáramos a casa juntas. Pero mi madretampoco era feliz de esa manera. En realidad, no recuerdo a Charlene feliz desde la muerte de mi padre — hasta ahora — .

— ¿Cómo vas? — me pregunta, girándose levemente hacia mí, pero aún concentrada en la carretera — . ¿Sin mareos?

Sacudo la cabeza en señal afirmativa, sin pasar por alto la luminosa sonrisa que mi madre luce en el semblante.

De pronto, me doy cuenta de que hemos dejado Londres atrás para siempre. No regresaremos.

Nunca he sido una chica popular ni nada parecido, pero dejo allí todos los recuerdos bonitos que albergo en mi memoria. Y a Rachel, claro; mi mejor amiga.

— ¿Quieres que paremos a comer algo? — propone, disminuyendo levemente la velocidad del vehículo.

— No hace falta, mamá, estoy bien — replico con rapidez — . Aunque..., bueno, si tú estás cansada de conducir... podemos parar.

Ella asiente en el momento.

— Vamos a parar un rato, tengo hambre — concluye, sin ocultar su entusiasmo.

Me gustaría poder turnarme con ella y que ambas condujéramos a ratos, pero desde que papá murió no he vuelto a tocar un volante. No puedo hacerlo, porque cuando piso el acelerador pienso que el coche dejará de obedecerme y

terminaré con el capó hundido y dos hierros atravesándome el pecho en una cuneta.

Paramos en una gasolinera muy parecida a en la que trabajó Charlene y nos sentamos en una mesa del fondo con un sándwich vegetal en cada plato y un par de coca-colas light. El lugar no parece recibir demasiado tránsito, así que prácticamente estamos solas en el local.

— Creo que a tu abuela Lucy le encantaría saber lo que voy a hacer con el trastero — me dice Charlene con un aire soñador.

Mi abuela Lucy murió la semana pasada.

Debería ser un acontecimiento muy triste, pero la verdad es que yo prácticamente no la conocí. La vi en un par de ocasiones a lo largo de mi infancia y creo que visité con mis padres Bolsover en una ocasión.

Ahora que ella no está, Charlene ha heredado la casa de su infancia y un pequeño local que mi abuelo compró en la época adolescente de mamá para utilizar de trastero.

— ¿Sabes que a tu abuela Lucy le encantaban las antigüedades?

Dejo el sándwich en el plato y la escruto.

— ¿Qué tienen que ver las antigüedades con los libros, mamá? — pregunto, intuyendo que su volátil creatividad ya ha buscado un nuevo plan para “el trastero” que ella iba a transformar en una librería.

— Bueno... — musita Charlene, sin borrar su sonrisa —, hay libros antiguos, ¿no? Además, a tu abuela le habría gustado conocer mis decisiones, cariño. Ya sabes, ver que soy una mujer valiente y emprendedora...

No puedo evitar soltar una risita mientras rezo porque ese proyecto de la librería vaya bien y porque mi madre no vuelva a cambiar de idea y transforme “el trastero” en una carnicería, o algo así. Me espero de ella cualquier cosa...

— Tu abuela Lucy siempre decía que mi mayor atributo era mi imaginación, Maddi.



— Estoy de acuerdo con ella, mamá — le digo, propinándole una breve palmadita de apoyo en su brazo.

Diez minutos después, volvemos a sentarnos en el coche y retomamos el trayecto hacia Bolsover.

Saco mi teléfono móvil mientras Charlene conduce y compruebo que no tengo mensajes, ni siquiera de Rachel. Sé que en casos como éste, las relaciones terminan enfriándose y la distanciación es algo inevitable, pero me apena mucho saber que no volveré a contar con ella como antes... Al fin y al cabo, pocas personas logran soportarme y entenderme de la misma forma que lo hacia ella; sin juzgarme. Decido en ese instante que quizás debería rendirme al nuevo ciclo de las redes sociales y crearme un perfil en Facebook o algo así para seguir sabiendo de ella de vez en cuando.

Sonrió levemente al imaginármela en el baile del instituto, o en una de esas famosas fiestas que organizaba Libby Francis en la gigantesca casa de sus padres y que tanto nos repugnaban. Con casi total probabilidad terminará cediendo a todo eso y en poco tiempo dejará de ser la misma Rachel que yo conocía.

— ¿Qué haces, cariño? — pregunta mi madre, mirándome de reojo, sin poder reprimir un bostezo.

Son las once menos cuarto de la noche y nuestro estado anímico va decayendo poco a poco.

— Compruebo los mensajes.

— ¿Te ha escrito Rachel? — pregunta con precaución.

En el fondo, Charlene sabe lo mucho que me cuesta conectar con la gente. No es que sea antisocial, si no que... simplemente, soy diferente. No me siento cómoda con los temas de conversación actuales ni propios para mi edad, y eso complica un poco mi capacidad de relacionarme.

Sabía que una vez nos trasladásemos, volvería a estar sola.

Bueno, al menos, la tendría a ella.

— No, no me ha escrito.

— Maddi... — murmura sin apartar la vista de la carretera y yo rezo porque no me suelte un sermón de madre preocupada — , harás nuevos amigos en el instituto de Bolsover, ya lo verás.

— Seguro, mamá.

Viajamos en silencio lo que resta de camino hasta que, a las doce y cuarto de la noche, el cartel que da la bienvenida al pueblo nos saluda con una madera raída y unas letras blancas de pintura desgastada.

— Hemos llegado...

## Capítulo 2

### La casa

Estamos agotadas, pero aún así, mamá para el coche junto al único establecimiento que aún tiene luz a estas horas de la noche.

Están cerrando; lo sé porque he visto a una señora limpiando con la fregona en el interior. Pero aún así Charlene insiste en preguntar si podrían servirnos un café, con la excusa de que debemos reponer fuerzas para descargar las maletas del vehículo.

Accedo y me bajo del coche a regañadientes cuando la señora, muy amablemente, le dice a mi madre que podemos pasar.

El lugar es pequeño, aunque acogedor. Tiene una enorme barra que cruza el establecimiento y unas cuantas mesas cuadradas repartidas junto a las ventanas.

— ¿Dos cafés, entonces? — pregunta la dueña mientras pasa al interior de la barra, secándose las manos en el delantal que lleva puesto.

— ¡Por favor! — responde Charlene, tomando asiento frente a ella.

Un hombre sale brevemente de la cocina y saluda con la mano, justo antes de volver al interior.

— ¿Están de pasada?

Dejo que mi madre tome las riendas de la conversación porque yo estoy demasiado agotada para seguirle el hilo, así que me acomodo en la silla y me permito relajarme.

— ¡No, no! — exclama ella, emocionada e ilusionada por partes iguales — . La verdad es que nos estamos mudando.

La dueña del local abre los ojos como platos, sorprendida, mientras sirve café en las tazas.

— ¿Y a dónde se mudan? — pregunta, curiosa — . Si no es indiscreción, claro...

Charlene sacude la cabeza en señal de negación, encantada por el rumbo que está adquiriendo la conversación.

— ¡Para nada, para nada! Nos mudamos a la casa de mis padres... Vivían en la casita roja que está al sur del pueblo.

— ¿La de los Owens? — pregunta la dueña, asombrada por la noticia — . ¿Es usted la hija de los Owens? ¿Cheryl?

— Charlene — corrige mi madre.

— ¡Eso! ¡Charlene! — exclama la mujer, feliz por su buena memoria.

— Y ésta es mi hija, Madison...

La mujer estira la mano por encima de la barra para estrechar la de mamá y después la mía.

Yo sonrío levemente, justo antes de sujetar mi café entre ambas manos para entrar en calor.

— Yo soy Jodie — se presenta, apoyando los codos en la barra, frente a mi madre — , y mi marido es Randy. Antes que nosotros, mis suegros regentaban el restaurante... Puede que los recuerdes...

— La verdad es que casi no me acuerdo de nadie — confiesa Charlene, un tanto avergonzada — . Hace demasiados años que me marché...

La mujer, Jodie, no puede evitar una mueca de disgusto.

— ¿A nadie? — repite, dubitativa.

— Bueno... — añade Charlene — , mi mejor amiga de la infancia se llamaba

Tracy. Vivía en la casa blanca de las tejas azules que hay un par de manzanas más abajo que la de mis padres. Creo que era la casa número treinta y seis...

— ¡Oh, claro que sí, Tracy! También se marchó hace bastante tiempo, aunque aún veranea en la casa de sus padres algunos años.

— ¿Se casó? — cotillea, curiosa.

— Sí, está casada y tiene dos pequeños demonios... ¡Incontrolables e incorregibles!

Ambas mujeres se echan a reír.

Cuando nos terminamos el café, nos despedimos brevemente y les pedimos disculpas por el tiempo que les hemos robado. Bueno, en realidad, es mamá quien lo hace.

— No es ninguna molestia — dice Jodie, sin borrar su sonrisa amable del rostro — . Espero veros por aquí muy a menudo.

— Nos verás — asegura Charlene, que parece igual de encantada.

— Por las mañanas tenemos los mejores cruasanes de todo Bolsover — dice, guiñándonos un ojo cuando ya estamos en la puerta.

Alzo el brazo en señal de despedida y mi madre grita que “los probaremos”, aunque la puerta ya se ha cerrado y no estoy muy segura de que Jodie haya podido llegar a escucharla.

— ¿Preparada para conocer tu nuevo hogar? — inquiera, accionando el motor del coche.

— ¡Qué remedio, mamá! — exclamo, imaginándome, sin poder evitarlo, una casita en ruinas.

Pero para mi sorpresa está mejor de lo que esperaba.

Mamá aparca el coche en frente pero deja las luces encendidas para alumbrar la fachada del hogar de su infancia. Es roja, como bien la había descrito ella antes, aunque la pintura está algo desgastada por el paso de los años.

— ¿Qué te parece? — me pregunta, algo asustada por mi respuesta.

Sé que ella necesita que esto salga bien.

— Me gusta mucho, mamá...

— ¡Oh, Maddi! — exclama, saltando sobre mí para estrecharme entre sus brazos — . Seremos muy felices aquí... ¡Lo prometo!

No me queda más remedio que creerla, así que le devuelvo el abrazo con fuerza y rezo en mi interior porque esa promesa se haga realidad.

Nos bajamos del coche y descargamos las maletas sin apagar las luces de cruce, para poder ver bien el camino de la entrada. El jardín, rodeado por una pequeña verja, está muy bien cuidado. Me pregunto cómo se las apañaría mi abuela para arrancar las malas hierbas a su avanzada edad...

A Charlene le tiemblan las manos cuando saca el manajo de llaves de su bolsillo, así que tarda varios minutos en dar con la buena y abrir la cerradura. Camina un paso al interior con cierta prudencia mientras busca el interruptor de la luz. Yo me mantengo detrás, a unos centímetros de distancia, esperando hasta que el pequeño recibidor de la vivienda se ilumina.

— Contraté a una empresa para que nos la limpiara antes de que nos mudásemos, así que no debería estar mal... — dice mi madre, ahora con cierto timbre de entusiasmo en su voz.

Comenzamos a inspeccionar nuestro nuevo hogar habitación por habitación. Mamá, que ya es incapaz de controlar su ilusión, me va haciendo de guía mientras avanzamos.

— Ésta es la cocina — me dice, evidenciando lo que ya era evidente — , antes había una mesa más grande en el centro... — murmura, indagando en sus recuerdos — . Al salir del colegio solía hacer las tareas en ella mientras tu abuela Lucy cocinaba.

Asiento, incapaz de imaginarme a mi madre como a esa niña responsable que está describiendo.

La cocina es de baldosa blanca, con una vitrocerámica moderna y un gran horno justo debajo. Tiene una mesa pegada a la pared con dos banquetas bajas y, en mi opinión, no está nada mal.

— Tendremos que comprar un microondas.

Charlene suspira, asintiendo.

— Sí, es verdad — admite, dirigiéndose al salón.

Es grande, con un sofá bastante nuevo. Aunque las alfombras no son de mi agrado y la falta de televisor en un hogar moderno me resulta extraña, sonrío y le doy mi aprobación.

En la planta de arriba están las habitaciones; la que antes pertenecía a mi madre y la que correspondía a mis difuntos abuelos.

— ¿Por dónde empezamos? — pregunta ella, nerviosa.

Yo señalo la puerta más cercana a las escaleras; la que antiguamente era la puerta de su dormitorio.

— Hace demasiados años que no entro a esta habitación, Maddi... — me dice, tirando del picaporte.

Encendemos la luz y ambas escrutamos el lugar en silencio.

Es sencillo; tiene un gran armario, un escritorio al fondo y dos enormes ventanales — ¡qué me encantan! — justo encima de la cama. Me parece un lugar muy acogedor, así que sonrío encantada y me giro hacia Charlene.

— ¡Me encanta, mamá!

Ella asiente en silencio.

Parece que no le hace tanta gracia como a mí.

— Está muy diferente... — me explica, dibujando una sonrisa de golpe — . Antes era más... No sé, diferente.

Guardo silencio, sospechando que ese instante es demasiado íntimo para ella. Dos segundos después, aún con la sonrisa falsa en el rostro, salimos de la habitación y nos dirigimos hacia aquella que perteneció a sus padres.

Cuando abre la puerta, el gesto de su rostro se convierte en una mueca de pura nostalgia.

— Ésta sí que sigue como siempre... — anuncia, pensativa — . Creo que tendré que hacer algo con ella, no me gusta pensar que dormiré en la misma cama que mis padres.

Yo asiento, comprensiva.

Además, aunque no lo haya dicho en voz alta, sé que mi abuela Lucy murió ahí mientras dormía porque cuando le pregunté cómo había fallecido su madre, simplemente, me explicó que se durmió para siempre.

Terminamos de meter dentro las maletas y, mientras mi madre deja bien aparcado el coche, yo vuelvo a inspeccionar brevemente mi nuevo hogar. Supongo que no está mal y que me terminaré acostumbrando a él, aunque sé que será inevitable que eche de menos nuestro piso de Londres.

Subo las maletas a mi habitación y las arrincono en una esquina junto al gran armario. Aunque no tengo mucha ropa, la falta de espacio me agobia bastante y sé que aquí no tendré ese problema.

Me tumbo sobre la cama y aspiro el aroma de la colcha beige que hay en ella. Huele a suavizante; así que doy por hecho que la empresa de limpieza habrá lavado las mantas y las sábanas.

— ¿Maddi? — pregunta Charlene desde la entrada.

— ¡Arriba!

Escucho el sonido de la madera de las escaleras cediendo al peso de mi madre mientras avanza hasta mi habitación.

— Bueno..., dime...

Yo sonrío antes de que ella pueda terminar la frase.

— Me gusta mucho, mamá. Creo que estaremos bien...

Ella me devuelve la sonrisa, una de verdad.

— Gracias, cariño — murmura con los ojos acuosos, caminando hacia mí.

La abrazo levemente y cuando se aparta de mí, compruebo que vuelve a



escrutar la habitación.

— La veo tan diferente... Aunque, bueno, ahora es tuya — me dice, suspirando — . Tendrás que decorarla a tu gusto.

— Lo haré — aseguro, sentándome de nuevo en la cama.

— Buenas noches, hija... Si necesitas algo, dormiré en el sofá, ¿vale?

Yo asiento.

— Buenas noches, mamá...

Cuando me quedo a solas, deshago rápidamente una de mis maletas y rebusco hasta dar con un pijama. Estoy demasiado cansada para asearme, así que simplemente me enjuago la boca en el baño del fondo y me lavo la cara con agua fría.

Después regreso a mi habitación, me tumbo en la cama y apago la luz. Aspiro el aroma a lavanda de las sábanas recién lavadas mientras me acurruco en posición fetal y cierro los ojos.

Escucho sonidos en el piso de abajo y supongo que esta noche mi madre no logrará pegar ojo. A diferencia de mí que, por mucho que intente resistirme, siento cómo mis párpados ceden al cansancio...

Mañana será otro día.

## Capítulo 3

### El encuentro

Me despiertan el cantar de varios pájaros sobre las siete de la mañana.

He dormido toda la noche de un tirón, sin despertarme ni una sola vez para ir al baño o beber agua, y siento que ha sido un sueño profundo y reparador.

Hoy no iré al instituto, así que puedo tomarme el día con tranquilidad y ayudar a mi madre con “el trastero” o a colocar el contenido de las cajas. Mientras me dirijo al cuarto de baño, pienso que, quizás, mañana tampoco asista a clase... Sí, sé que es muy cobarde por mi parte, pero lo último que me apetece es presentarme ante un ejército de alumnos de último curso que tienen las miras puestas en la universidad.

Enciendo — no con facilidad — los grifos de la ducha. Son antiguos, de esos en los que uno debía encender primero el agua caliente y después regular la temperatura girando la ruleta del agua fría. Veinte minutos después, obtengo la temperatura deseada y me desnudo para introducirme en el interior.

El agua caliente cae por mi espalda de manera vigorizante y yo cierro los ojos, permitiéndome relajarme y ordenar las tareas que llevaré a cabo a lo largo del día hasta que dos minutos después el agua pasa a ser congelada.

— ¡Mierda, mierda! — exclamo, mientras salto al exterior.

Supongo que he tardado demasiado tiempo en regular la temperatura y que el agua caliente ya se ha terminado.

Maldigo en voz baja para no despertar a mamá — que no sé si seguirá dormida —, y me envuelvo en la toalla que he llevado. Solo he encontrado una en la maleta, así que escurro mi cabello rubio oscuro en el lavabo y

hecho un rápido vistazo a la imagen que éste me devuelve. Soy de tez blanca, pecosa, con los ojos color avellana. Luzco una media melena que termina un poco por debajo de mis hombros y no estoy ni gorda, ni delgada. En realidad, soy afortunada porque poseo una de esas constituciones milagrosas que te hacen parecer atlética incluso a pesar de la falta de deporte.

Salgo del cuarto del baño y recorro el pasillo hasta mi nueva habitación. Supongo que hoy será un día bastante ajetreado, así que decido vestirme con ropa cómoda después de secarme el cabello con la toalla. Me calzo las deportivas y, sigilosamente, bajo al piso de abajo con cuidado para no despertar a mi madre.

Pero no está dormida.

— Buenos días, Maddi — me dice, con una leve sonrisa.

Tiene ojeras amoratadas debajo de los párpados y me sorprendo al comprobar que el piso de abajo está ordenado; lo que me indica que no ha debido dormir demasiadas horas.

Ha sacado la mayor parte de los objetos de las cajas y los ha colocado por el salón; cuadros, fotografías, un par de lámparas que nos hemos llevado porque las compramos junto a papá en un mercadillo, un jarrón que hice en el colegio cuando tenía seis años y una pequeña mesa auxiliar que hemos traído desmontada.

— ¡Guau! — exclamo, admirando el verdadero cambio que ha dado el salón.

Ahora sí parece un verdadero hogar.

— ¿Te gusta? Podemos recolocar las cosas si crees que...

— Está genial, mamá — admito, impresionada.

— Les dije a los de la limpieza que tirasen todas las cosas de los abuelos, pero han dejado las fotografías — me dice, señalando una caja — . Luego deberías comprobar si quieres quedarte con alguna.

Miro de reojo la caja y asiento.

— ¿Tú no quieres ninguna? — pregunto, confusa.

Ella se levanta del sofá y sonrío.  
Parece realmente cansada.

— Yo aún tengo muchas de las que me llevé antes de mudarme con papá  
— explica — . Y he guardado unas cuantas más.

Asiento.

— ¿Café?

— Por favor.

Nos dirigimos a la cocina y nos sentamos en la pequeña mesita que hay contra la pared. Como la nevera está vacía, decidimos que ya desayunaremos algo en el local de Jodie y Randy cuando bajemos al pueblo, así que planeamos el día que tenemos por delante mientras nos bebemos a pequeños sorbos el café.

Tenemos que terminar de vaciar las cajas, pero dado que Charlene se ha dedicado a vaciar unas cuantas y ordenar el salón, decidimos que esa tarea puede esperar.

También debemos hacer la compra, porque no podemos subsistir con la nevera y los armarios vacíos, comprar un colchón nuevo para la antigua habitación de mis abuelos y echarle un vistazo al estado en el que se encuentra el trastero del abuelo que mi madre convertirá en librería.

— ¿Por dónde empezamos? — pregunta mi madre nada más subirse en el coche.

— ¿Por hacer la compra? — propongo.

Ella se encoge de hombros y acepta.

Charlene conduce con agilidad, como si a pesar de los años aún reconociera las carreteras de Bolsover y se desenvolviese bien en ellas.

— Hay un supermercado muy grande a las afueras, justo pasando tu nuevo instituto — me indica, tomando la carretera general que cruza el pueblo.

Repito las palabras “tu nuevo instituto” mentalmente y trago saliva.

Lo último que me apetece es tener que enfrentarme a ello, así que no digo

nada al respecto hasta que llegamos a la par del edificio y mi madre lo señala con el dedo índice para mostrármelo.

— Genial...

Ella suelta una pequeña risita.

— Te irá muy bien, Maddi... — asegura, aunque no la veo muy convencida

— . Tú sólo intenta ser agradable con la gente.

— Yo siempre soy agradable...

Charlene guarda silencio unos segundos hasta que, finalmente, responde.

— No intentes engañarme. Soy tu madre, Madison...

No le discuto.

Puede que en ocasiones pueda ser un poco desagradable, aunque sigue gustándome más pensar que soy “diferente”.

Dejamos el coche en un enorme parking público y nos dirigimos al supermercado. Me sorprende lo grande que es, teniendo en cuenta lo pequeño que es Bolsover.

Charlene y yo vamos pasando los pasillos de uno en uno, inspeccionando cada rincón del lugar y adquiriendo todos los productos necesarios que no son ni fríos ni congelados. Tenemos demasiados quehaceres y regresar a casa a dejar la compra solo nos retrasaría en la lista de tareas pendientes.

Camino distraída mientras empujo el carrito; voy pensando en el instituto y en lo mucho que me aterra tener que presentarme ese primer día. Además, no le veo demasiado sentido regresar a los estudios ya que he tomado la decisión de no ir a la universidad el próximo año. Charlene me necesita aquí, con ella; y sé muy bien que si la dejo sola terminaría cayendo en una descomunal depresión. Quizás, incluso, ingresada en algún psiquiátrico.

— ¿Perdona?

Levanto la mirada del suelo y choco con unos enormes ojos azules que me inspeccionan con curiosidad y... ¿con indignación?

— Lo siento — me apresuro a responder, empujando el carrito para hacerme

un lado.

Iba tan concentrada en los estantes de productos y en mis pensamientos que prácticamente he arrollado a un hombre.

Vuelvo a alzar la mirada y compruebo que el malestar de su rostro no desaparece cuando me esquiva y me pasa de largo. No puedo evitar girarme para observarle una segunda vez, sorprendida por su mala educación a pesar de su buena apariencia.

— ¡Increíble! — le escucho exclamar a tan solo unos metros.

¿Lo dice por mí?

No puedo apartar los ojos de su espalda sin dejar de preguntarme a mí misma si todos los lugareños de Bolsover serán así de estúpidos, o solamente es cosa de éste en particular.

Al menos Jodie, la mujer de la cafetería, parecía agradable la noche anterior...

— Gracias... — murmuro con retintín, sabedora de que a esa distancia ya no puede escucharme.

— ¿Quién es, Madison? — pregunta Charlene, que ha aparecido al final del pasillo.

Me encojo de hombros antes de regresar a las tareas que me conciernen realmente.

— Nadie, supongo — respondo, sacudiéndome su mirada penetrante de encima.

A las once de la mañana, sin más incidentes que relatar, nos subimos de vuelta al coche con el maletero cargado de bolsas y un colchón plastificado enganchado con cuerdas sobre el techo del Volkswagen.

Mi madre conduce de vuelta al pueblo y, entretanto, yo alzo la mirada al cielo y me quedo mirando las acechantes nubes grisáceas que se van aproximando lentamente hacia nosotras. Tarde o temprano caerá un chaparrón; estoy segura.

Dejamos el coche aparcado en la calle más transitada de Bolsover, justo en

frente del banco principal del pueblo. Cuando nos bajamos de él, soy consciente de que todo el mundo se ha girado para observarnos y comprendo que es imposible no hacerlo.

El coche, con ese enorme colchón sujeto con cuerdas en el techo, no pasa en absoluto desapercibido y, además, nadie nos conoce y los forasteros llaman mucho la atención. Estoy segura de que en un lugar como éste seremos el blanco de los cotilleos al menos por dos semanas.

Mientras mamá abre la puerta del trastero, yo puedo escuchar a los vecinos del pueblo en mi cabeza, murmurando algo similar a: “¿has visto a las nuevas? ¡Vaya pinta tienen!

— ¡Madre mía! — exclama Charlene, dando un paso atrás.

Yo me aproximo a ella para observar el interior.

— ¡Oh, Dios mío! — coreo, impresionada por la cantidad de cajas y bolsas que mis abuelos han podido llegar a almacenar en ese lugar — . ¡Esto es horrible!

Calculo que, solo en vaciarlo, tardaremos varios días.

Quizás una semana.

— ¡Manos a la obra, Maddi! — exclama, saltando un paso hacia delante e introduciéndose en el interior de aquel caos.

Mi actitud no denota tanto entusiasmo como el de ella, pero aún así me adentro en el trastero. Sé que, cuanto antes comencemos, antes acabaremos.

La gente que va pasando por la calle mira de reojo el interior mientras Charlene coloca dos montones de cajas; las que son para tirar, y las que quizás no sean para tirar. Es todo un verdadero caos, así que, después de casi una hora amontonando objetos y recuerdos, decidimos que lo mejor será no conservar nada.

La mayoría de las cajas contienen trastos en desuso u obsoletos, así que supongo que mis abuelos tenían el síndrome de Diógenes no diagnosticado.

Me ato una coleta y, mano a mano con Charlene, voy sacando las cajas y los trastos hasta el contenedor de basura más cercano, que por suerte, está a tan solo unos metros de distancia. Llevo tres o cuatro viajes y una capa de sudor

gélido se ha formado en mi frente cuando me cruzo con un grupo de chicos de mi edad. Se quedan mirándome fijamente, aunque no me dicen nada. Acelero el paso con disimulo para regresar al trastero con rapidez y, antes de entrar, compruebo si me siguen mirando. Sí, siguen haciéndolo. Mejor dicho: se han dado la vuelta descaradamente para hacerlo.

— El instituto será una pesadilla... — murmuro, justo en el instante en el que uno de los chicos levanta la mano en señal de saludo.

Inmediatamente, le devuelvo el gesto mientras un rubor recorre mis mejillas. Después la cuadrilla se da la vuelta y continúa su camino.

Bueno, por lo menos parecen agradables.

— ¡Maddi, mira lo qué he encontrado! — exclama Charlene desde el interior.

— ¿Qué pasa, mamá? — pregunto, mientras me adentro en la cueva de trastos.

Mi madre, con los ojos brillantes de emoción, sujeta una bicicleta con ambas manos y la observa con nostalgia. Es blanca, con pequeños detalles azules en los puños y en los pedales, y una enorme cesta justo encima de una pequeña luz, en frente.

— ¿Te lo puedes creer? — me pregunta, entusiasmada — . ¡Después de tantos años aún la tenían guardada!

— Es genial, mamá — admito, sopesando que, quizás, esa bicicleta se convierta de aquí en adelante en mi mejor medio de transporte.

La aparcamos en el exterior, justo al lado de las cajas que tengo que continuar arrastrando — sin descanso — hasta el contenedor de basura. Llevamos horas trabajando cuando escucho mi estómago rugiendo con ferocidad y comprendo que, en lo que llevamos de día, aún no hemos ingerido ningún alimento. Confirмо en mi reloj que van a dar las cinco de la tarde y decido no decir nada y aguantar un poco más hasta la cena, así que continúo con la faena sin descansar para poder terminar con ello cuanto antes. Hay tantos objetos en el contenedor que desde hace un buen rato voy colocando las cajas en el exterior, invadiendo parte de la acera.



Hace un rato que los habitantes de Bolsover han perdido el interés en nosotras — o al menos, ya no lo muestran — , lo que resulta reconfortante. Sé que mi imagen no debe ser la mejor, precisamente, así que agradezco pasar desapercibida entre la multitud.

A las seis menos cuarto, el trastero ha dejado de ser un trastero.

— ¡Lo hemos conseguido, Maddi! — exclama Charlene, orgullosa del trabajo que hemos realizado.

Está llena de polvo y tan sudorosa como yo, pero la ilusión que destila su rostro, la hace parecer un tanto más joven que antes de llegar aquí.

Ya no hay cajas de por medio y hemos liberado las ventanas de todos los trastos que las tapaban, por lo que la luz invade el espacio desde el exterior. De esta manera parece mucho más amplio y llamativo. Hay un pequeño almacén al fondo que mi abuelo tenía repleto de latas de pintura antiguas — de las que mi madre ha decidido conservar unas cuantas.

— Por hoy hemos terminado — anuncia Charlene — , mañana pintaré y colocaré los estantes y el mostrador. ¿Qué te parece?

Asiento, orgullosa de su tesón.

Para ser sincera, no creí que fuera a ponerle tanto empeño como está mostrando.

— Me parece buena idea — admito — , pero no te olvides de quitar las telarañas de las esquinas.

Mi madre se ríe con ironía mientras me indica que salgamos.

— ¿Vamos a ver si a Jodie le quedan un par de esos cruasanes tan buenos?

— Quizás mejor una hamburguesa, es la hora de cenar — señalo, mientras ella cierra la puerta — . ¿Y la bicicleta?

Mi madre aguarda un segundo, pensativa.

— ¿Te la quieres quedar?

— Creo que me vendrá bien para volver a ser un poco independiente.

Lanzamos una mirada suspicaz al vehículo, que va repleto de trastos y que no parece soportar mucho más peso.

— ¿Qué te parece si nos vemos en la cafetería de Jodie? — propongo — . Si no me equivoco, estará un par de calles abajo, ¿no?

Mi madre asiente no muy convencida pero, al final, echa a caminar hacia el coche.

— ¡Nos vemos ahora, Maddi! — responde, subiéndose al vehículo.

Yo la saludo con la mano a modo de despedida y después centro mi atención en la bici. En realidad, tampoco sé si montarme en ella me provocará la misma ansiedad, pues el funcionamiento básico será el mismo: desplazarme por la carretera desde un punto hasta otro.

Suspiro hondo, repitiéndome mentalmente a mí misma que “papá no murió en una bicicleta, si no en un coche”, y recordándome que yo soy capaz de llevar a cabo cualquier cosa que me proponga.

Compruebo que las ruedas estén aún hinchadas y me sorprendo al verificar su buen estado. No están tan llenas como deberían, pero para ir a la cafetería y a casa me valdrán. Después clavo los frenos y me aseguro de que funcionen.

Todo parece que está en regla, así que me subo en ella y pedaleo por la carretera notando cómo la velocidad aumenta y el aire golpea mi rostro. No me crea ansiedad; puedo hacerlo. No me imagino en la cuneta con dos hierros atravesándome el pecho y el coche hecho un acordeón.

Sigo pedaleando con más fuerza y, aunque al principio no me sentía muy segura, poco a poco voy ganando confianza hasta mantenerme firme sobre el asiento.

Llego a la cafetería y dejo la bicicleta en el exterior.

Puedo ver a mamá que aún está aparcando, así que entro primera y saludo a Jodie con la mano mientras me siento en un taburete de la barra. El lugar está atestado de gente y, para mi desgracia, compruebo que la cuadrilla de chicos con los que me he cruzado antes también están ahí, al fondo.

— Buenas tardes, Madison — me saluda Jodie, secándose las manos en el delantal — . ¿Qué tal va la mudanza?

Yo sonrío levemente.

— Va bien, un poco cansadas, pero todo va bien — admito, justo en el instante en el que mi madre entra en el establecimiento.

Me giro hacia ella cuando escucho la puerta y compruebo la mala pinta que tiene; está asquerosa. Seguramente, tan asquerosa como lo estoy yo.

— ¡Eh, Jodie! — saluda, como si de pronto se hubieran convertido en amigas de toda la vida.

Supongo que es una de las cualidades que tiene Charlene.

— Tu hija me estaba contando qué tal os va con la mudanza — explica la dueña del local — . ¿Estáis haciendo alguna reforma?

Charlene intenta reprimir una pequeña risita.

— Algo así — admite, tomando asiento a mi lado — . Estamos vaciando el trastero de mi padre para convertirlo en una pequeña librería.

Jodie, ojiplática, mira hacia su marido.

— ¿Estás escuchando, Randy? ¡La hija de los Owens va a abrir una librería en el pueblo!

El hombre asiente y se acerca a nosotras.

Estira el brazo y se presenta desde detrás de la barra, sin borrar su enorme sonrisa. La verdad es que el matrimonio parece muy agradable.

— Eso es estupendo — admite — . Será genial volver a tener un sitio donde comprar la prensa, porque desde que Stewart cerró parece misión imposible dar con un periódico por las mañanas.

Charlene me lanza una mirada cómplice.

— ¡Será estupendo! — exclama con el mismo entusiasmo de una niña con una piruleta.

Pongo los ojos en blanco ante su reacción y el matrimonio salta en carcajadas.

Después Jodie nos toma nota y nos sirve un par de coca-colas light y Charlene y yo nos sentamos en una mesa para esperar nuestras hamburguesas.

Cuando están listas, el restaurante está abarrotado de gente. Bolsover no cuenta con demasiados habitantes y tengo la sensación de que medio pueblo se ha concentrado en la cafetería de Jodie.

— Aquí tenéis... — dice, colocando ambos platos en la mesa. Después Jodie alza la mano y pega un silbido que se escucha por encima del murmullo de los clientes.

Sigo la dirección de su mirada y veo que se está dirigiendo a un chico de los de la cuadrilla; más precisamente, al que me ha saludado con anterioridad.

El muchacho se acerca a nosotras con pasos agigantados y Jodie sonríe con entusiasmo. Es una mujer peculiar, de esas que se han tenido que hacer a sí mismas. Me gusta.

— Charlene, Madison..., os presento a mi hijo, Mathew.

El chico sonríe y le tiende la mano a mi madre.

— Encantado de conocerlas — dice con educación.

— Eres el chico de antes, ¿verdad? — pregunto, mientras le tiendo mi mano.

Él asiente y mi madre me pega una patada por debajo de la mesa, seguramente pensando que soy un tanto descortés.

— Sí, soy yo. Sabía que eras la nueva... esto, digo, Madison — tartamudea con nerviosismo, mientras se frota las manos en el pantalón vaquero de la misma forma que su madre lo hace en el delantal — . Bueno, mamá me contó ayer que habíais llegado al pueblo y por aquí no suele haber mucha gente nueva.

— Pues un placer conocerte, Matthew — respondo, intentando no parecer seca, sin éxito.

Charlene no parece muy entusiasmada con mi reacción, y el chico y Jodie, al parecer, tampoco.

— ¡Qué aproveche la cena! — exclama, alejándose de vuelta con sus amigos.

Jodie también desaparece entre la clientela y Charlene y yo volvemos a quedarnos a solas.

— No lo fastidies, Maddi...

— No lo he fastidiado, mamá — protesto, dándole un sorbo refrescante a mi coca-cola.

Charlene suspira.

— Tienes diecinueve años, Madison. Creo que es edad suficiente como para estudiar un poquito las normas principales que establecen las relaciones sociales.

— ¿Ah sí? — inquirió con ironía y un punto jocoso. Sé que estos temas pueden desesperar a mi madre, sobre todo cuando se plantea un posible síndrome de asperger en mí — . ¿Dónde están escritas? Creo que la señorita se las saltó cuando estaba en preescolar.

— No seas imposible, por favor.

— No seas pesada, ¿vale? — replico, suspirando hondo y concentrándome en mi hamburguesa — . No tienes que decirme cómo debo comportarme, recuerda que no todos podemos ser tan abiertos como tú.

Suspira hondo, pero al final, asiente.

Mientras nos comemos la hamburguesa, me doy cuenta de que se ha creado una repentina tensión entre nosotras y no puedo evitar sentirme un poco mal. Sé que Charlene se está esforzando mucho y que, por primera vez desde la muerte de mi padre, por fin vuelve a sonreír.

— Saldrá bien, ¿vale? — prometo, estirando el brazo para sujetar su mano.

Ella alza la mirada y veo que sus ojos se han empañado.

— ¡Mamá! — exclamo, soltando una pequeña risita — . ¡No puedes ser tan sensible!

Charlene me devuelve una risotada y se levanta del asiento.

— Voy al baño, Maddi... — me dice, secándose las lágrimas con una sonrisa.

Asiento y sacudo la cabeza pensando que tengo la madre más especial del planeta.

Cuando me quedo a solas, me fijo en lo atestado que se encuentra el lugar y en las relaciones tan pintorescas que hay. Todo el mundo parece conocer al vecino de al lado y se comparten conversaciones incluso a varios metros de distancia — lo que provoca que el barullo sea escandaloso — .

Me agrada este sitio, aunque creo que lo considero demasiado atestado para mí extraño gusto.

Me llevo la hamburguesa a la boca cuando, de pronto, como si un fantasma hubiera aparecido de la nada, el silencio inunda el lugar. Las voces se detienen y las conversaciones se quedan suspendidas en el aire, sin respuesta, sin continuar.

“¿Qué está pasando?”, me pregunto, dejando de nuevo la hamburguesa en mi plato.

Escucho cómo la puerta del establecimiento se cierra haciendo sonar una pequeña campanilla que hay colgada y, supongo, que ha entrado un cliente más. Las sonrisas han desaparecido y la gente se mantiene seria, con la mandíbula tensa y la mirada clavada en el suelo o en algún punto fijo de la lejanía.

“¿Pero qué demonios?”

Desde aquí puedo comprobar que Matthew, el hijo de Jodie, y su cuadrilla también actúan de la misma manera. Se han cruzado de brazos y todos se mantienen en silencio con la vista fija en la mesa, excepto uno de ellos, el más alto y grande de todos, que mira al frente de una forma desafiante. Me levanto levemente para seguir la dirección de su mirada y choco de bruces con la espalda de un hombre.

Compruebo que más de uno de los presentes lo examina de esa manera; desafiante, colérica. Me levanto un poco más. Veo que Jodie se acerca a él y le tiende una bolsa; un escalofrío recorre mi cuerpo al comprobar que la mirada de la mujer es de repugnancia. Después el hombre se gira y todo mi mundo se paraliza.

Es el mismo hombre con el que he tropezado en el supermercado.  
Es él.

Es alto y musculoso, así que con dos zancadas, ya se encuentra en la puerta y abandona el establecimiento e, increíblemente, dos segundos después, el tiempo vuelve a ponerse en marcha y las sonrisas y las conversaciones resurgen del lugar en el que habían quedado suspendidas.

“¿Pero qué ha pasado aquí?”, me pregunto, incapaz de procesar la escena que acaba de tener lugar. Compruebo que el hijo de Jodie y sus amigos también han vuelto a la normalidad y veo a Charlene de fondo, saliendo del servicio.

— ¡Todo en orden! — me dice, ajena a la repentina y espeluznante escena.

## Capítulo 4

### El instituto

No he dormido en toda la noche.

No solo por el hecho de que hoy me convertiré en la comidilla de un instituto entero, si no por él. ¿Quién demonios es él? ¿Por qué todos han actuado así?

No he conseguido sacarme el suceso de la cafetería de mi cabeza y no puedo evitar pensar que, por muy desagradable que pueda ser ese hombre, la reacción de los presentes fue totalmente desmesurada. Como si el odio que transmitían se transformase en un objeto palpable; en un cuchillo capaz de cortar el aire.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al recrear la escena en mi cabeza.

Fue tan... espeluznante, que no encuentro la manera de borrarlo de mi memoria y de continuar como si no hubiera sucedido.

Giro la cabeza hacia el reloj-despertador que hay en la mesilla y compruebo que en pocos minutos sonará. Decido desactivar la alarma y vuelvo la vista hacia la lluvia que se desliza sigilosamente por el cristal de la ventana.

¡¡Genial, lluvia!!

Instintivamente lanzo otra mirada hacia el armario mientras sopeso en mi interior cómo debería vestirme para la presentación. Al fin de cuentas, siempre dicen que la primera impresión es la más importante.

Me ducho con tranquilidad, porque tengo tiempo de sobra, y después me



visto unos vaqueros, unas botas de agua y un plumífero. Desde el interior de la vivienda el día parece presentarse más frío que ayer, y no quiero terminar con los dientes castañeándome en los pasillos del instituto.

Cuando bajo a desayunar, Charlene ya está despierta y me ha servido un vaso de zumo de naranja.

—¡ Buenos días, Maddi! — exclama de buen humor.

La verdad es que creía que esta nueva etapa de felicidad le duraría mucho menos cuando descubriera que, indiferentemente de si se encontraba en Londres o en Bolsover, papá no regresaría de la tumba para estar con ella. Pero al parecer, me equivocaba. Regresar a sus raíces le está sentando genial.

— ¿Preparada para el primer día?

De pronto, no puedo evitar sentirme como una niña de cuatro años; nerviosa.

— Claro, mamá — respondo, restándole importancia y bebiéndome el zumo.

Aunque la verdad es que los lugares desconocidos no me hacen gracia, y si contienen en su interior a un rebaño de adolescentes, peor aún. Me recuerdo a mí misma cuáles serán mis objetivos en el futuro y me sorprendo al comprobar las escasas metas que me he propuesto en la vida. Supongo que terminaré el año, me graduaré, me iré a trabajar a la librería de mi madre y puede que me compre una casita cerca de ella para no tener que verla cada mañana al despertar. Quizás no, quizás incluso viva con Charlene el resto de mi vida... ¡Quién sabe!

Una de las cosas que me gustaba de Rachel es que ella tampoco soñaba con príncipes azules, casarse o tener hijos. De alguna manera, sus objetivos eran bastante concordes a los míos, aunque parecía tener un poco más de iniciativa que yo. Echaré de menos a Rachel.

— ¿Te llevo yo, no? — me pregunta, echando un rápido vistazo por la ventana.

— Te lo agradecería mucho, sí.

Me pregunto en qué pésimo estado llegaría si tendría que ir en bicicleta hasta

allí.

— ¿Y qué te parece si salimos pronto y comemos algo en la cafetería de Jodie? — propone.

Alzo la mirada y encuentro a Charlene comprobando el deplorable estado en el que se encuentra nuestra nevera. Ayer no compramos nada fresco, así que hay poco donde escoger.

— Genial — respondo con poco entusiasmo, levantándome de la mesa.

Cuando nos subimos al coche, me siento mareada.

No sé si es la tromba de lluvia que está cayendo, el frío, la falta de alimento o, simplemente, los nervios.

Charlene detiene el coche frente a la cafetería y desde mi asiento compruebo con poco entusiasmo que el lugar vuelve a encontrarse tan abarrotado como la noche anterior.

Una vez más, mientras salgo al exterior, rememoro el comportamiento tan extraño que tuvieron todos con el chico del supermercado y en esta ocasión tampoco puedo evitar torturarme con el misterio.

Quizás, incluso, pueda sonsacarle algo de información a Jodie.

— ¡Buenos días! — saluda Charlene, sentándose frente a la barra.

Yo me acomodo a su lado.

Es una suerte, porque son los únicos dos taburetes libres que quedan en todo el establecimiento. La verdad es que al matrimonio no le debe de ir nada a mal — a juzgar por el tránsito que recibe la cafetería — .

Jodie y Charlene hablan de vez en cuando, mientras ella sirve cafés y nosotras nos comemos los cruasanes. A su favor, debo admitir que están riquísimos, así que en cuanto tengo ocasión le pido que me guarde uno para llevármelo al almuerzo.

Me mantengo en silencio, soltando algún monosílabo de vez en cuando para aparentar estar ateniendo a la conversación mientras espero mi oportunidad para indagar en el asunto que me concierne realmente: él.

— ¡Oye, Jodie! — exclamo cuando el ambiente se relaja y la mujer puede dejar de servir al resto de los clientes — . Ayer, mientras cenábamos, entró un chico en la cafetería...

Jodie frunce el ceño, se frota las manos en el delantal y se acerca un poco más a mí para que el resto de los clientes no puedan escucharnos. Charlene también se mantiene alerta, desconcertada por mi pregunta.

— No sé... No recuerdo. ¿A quién te refieres?

Es evidente que sí se acuerda.

— Fue algo muy extraño... Un chico castaño, de ojos oscuros, alto, musculoso. ¿No lo recuerdas? La gente comenzó a comportarse de una manera muy extraña...

Jodie carraspea, dubitativa, fingiendo no acordarse de aquel instante. “Es imposible que no lo recuerde”, pienso para mí misma.

— ¿Pero esta chica no sabe que la curiosidad mató al gato?

Me giro para descubrir la procedencia de la voz.

Un hombre de unos cincuenta años, con barba blanca, entradas prominentes y vestido con un uniforme de policía nos está escrutando a Charlene y a mí. Jodie le sonríe.

— ¡Scott! — saluda la dueña de la cafetería con un guiño de ojo — . ¿Lo mismo de siempre?

Él asiente.

— Por favor — responde, girándose hacia nosotras para presentarse — . Soy el jefe de policía Turner, y vosotras debéis de ser... las nuevas.

“Las nuevas”, repito mentalmente, sin poder ocultar una sonrisa irónica.

— Así es — se apresura a confirmarme madre — . Charlene Harvey — añade, tendiéndole la mano — , y ella es mi hija, Madison.

Yo sonrío fugazmente a modo de presentación, así que el jefe de policía Turner retira su mano.

— Mis padres eran los Owen y yo nací y me crié aquí — informa brevemente — , después me marché a la universidad.

— Así que regresas al hogar, ¿eh?

Charlene asiente, ahora con más simpatía que antes.

Yo me mantengo callada a su lado porque, por alguna razón, ese hombre no me da buena espina.

— Sí, aunque esto está demasiado cambiado... O mi memoria demasiado oxidada, ¡quién sabe!

El jefe Turner se ríe ante las absurdas bromas de Charlene y poco después Jodie vuelve a unirse a ellos. En ese instante, soy consciente de que mi momento de interrogatorio ya ha expirado y de que no conseguiré sonsacar nada más mientras el tal Scott Turner esté presente.

Salimos con veinte minutos de antelación, para ir despacio.

Hay pocas cosas que me irriten tanto como ir en un coche mientras llueve, así que prefiero que Charlene conduzca con calma. No me importa si llego antes de la hora y me toca esperar. Quizás, incluso, me venga bien para orientarme.

He comprobado en mi horario que la primera clase que tengo es la de matemáticas, así que nada más despedirme de mi madre, me dirijo a la entrada del edificio agradeciendo lo intuitivamente que lo han distribuido.

En la recepción, una mujer me explica cómo llegar a mi aula mientras poco a poco los alumnos van llegando y aglomerándose a mi alrededor. Cuando me dirijo escaleras arriba para llegar a la segunda planta, el edificio ya está abarrotado de chicos y chicas que se reúnen en grupitos.

Nunca se me ha dado muy bien orientarme, así que deambulo de un lado a otro leyendo las placas que cuelgan sobre las puertas para intentar dar con aquella que me corresponde.

Odio esto. La gente, el ruido, todo.

— ¿Madison?

Me giro al escuchar mi nombre y me encuentro con la sonrisa sincera de Matthew, feliz por haberme encontrado.

— ¡Ah, hola! — respondo, sin poder ocultar mi desorientación.

El se ríe mientras camina un par de pasos para acortar la distancia que hay entre nosotros.

— Te veo en apuros... — musita, risueño.

Detrás de él hay otros dos muchachos más.

Reconozco al más alto, el que miraba de manera desafiante al chico del supermercado.

— La verdad es que sí — confieso, encogiéndome de hombros — . Tengo clase de matemáticas y no sé cómo llegar al aula...

Él suelta una risita y se dirige a sus amigos.

— ¿Os apetece ayudar a una damisela en apuros? — pregunta, como si el asunto tuviera realmente gracias — . Venga, ven con nosotros. También tenemos matemáticas a primera hora...

Acepto, porque no queda más opción.

Me doy cuenta de que todas las miradas se vuelven hacia nosotros mientras caminamos por el pasillo. Matthew me presenta a sus amigos, Donald y Gael, y me explica que todos forman parte del equipo de rugby del Bolsover. Me sonrojo al pensar que seguramente sean parte de ese selecto grupo de “populares” que se suele encontrar en todos los institutos y de que, juntarme con ellos, no me ayudará en la ardua tarea de pasar desapercibida.

Cuando entramos en el aula una bombilla se ilumina en mi cabeza y me doy cuenta de que Matthew y sus amigos podrían aclarar un poco lo que sucedió la noche anterior en la cafetería. Estoy a punto de preguntarle al respecto cuando el profesor irrumpe y me pilla por banda, dispuesto a presentarme ante los demás y a hacerme pasar un mal rato.

Después, muy a mi pesar, me indica que tome asiento junto a una chica que se sienta sola y que, a primera vista, parece pertenecer justamente al grupo contrario que Matthew y sus amigos.

Según avanza la clase me sorprendo al constatar lo agradable que es Pauline, mi compañera de pupitre. No es muy habladora y parece tímida, como yo, así

que me resulta fácil sentirme cómoda a su lado.

Cuando el timbre resuena, intento salir escopetada para no perderle la pista a Matthew, pero la tarea me resulta imposible. Todo el mundo quiere presentarse y ser educado, así que, al final, termino llegando treinta minutos tarde a mi siguiente clase; historia. El día va pasando con notoria velocidad y estoy a punto de tirar la toalla cuando, de camino a la última clase, tropiezo de nuevo con Matthew.

— ¿Vuelvo a encontrar a una damisela en apuros?

Aunque no me hace ni pizca de gracia su humor, sonrío y me vuelvo a reír como una niña tonta para intentar ser agradable. Supongo que a esto se referirá Charlene cuando me habla de las normas básicas de educación social.

— Más o menos — miento, intentando parecer un tanto desubicada.

— ¿Biología? — pregunta él.

Yo asiento.

— ¡Vamos, sígueme! — exclama, risueño.

Se coloca a mi lado y caminamos juntos intentando esquivar al resto de los estudiantes que nos vamos juntando. Matthew va saludando a alguno de vez en cuando y me sorprende al comprobar que se siente bien caminando a mi lado.

— ¿Qué tal ha ido el primer día?

— Bastante mejor de lo que pensaba — confieso, sonriendo levemente.

— Me alegra saberlo — asegura, risueño — , no queremos espantarte de Bolsover tan rápido.

— También me alegra saberlo — me río, intentando buscar la manera de soltar la pregunta que tanto deseo hacerle — . Oye, Mathew...

Hago una pausa y él se gira hacia mí, aprovechando el segundo de margen que le he concedido. Aún estoy buscando las palabras correctas cuando me doy cuenta de que se está llevando una impresión diferente a la que pretendo y no puedo evitar sonrojarme. Creo que se piensa que voy a invitarle a salir o

algo parecido, así que la cosa pinta mal.

Quizás debería seguirle un poco el juego si deseo obtener información... ¿No? Estas cosas no se me dan nada bien, así que empiezo a ponerme un poco nerviosa y no se me ocurre cómo salir del paso.

— Dime, Madison...

— Verás... — murmuro, incapaz de continuar —. Yo me preguntaba... Bueno, me preguntaba si podríais enseñarme el pueblo algún día. Tú y tus amigos, ya sabes...

Veo la decepción en su rostro, pero pronto desaparece y regresa la sonrisa.

— ¡Claro, cuando quieras!

Seguimos caminando.

— Y oye... ¿Te acuerdas de lo que pasó ayer en la cafetería? — suelto, a pesar de que quizás no sea el mejor modo de indagar en el asunto.

Matthew se detiene, girándose de nuevo hacia mí, justo en el instante en el que resuena el timbre de entrada.

— ¿Qué pasó? — pregunta, confuso.

Y la verdad es que, a diferencia de su madre, él sí parece perdido con el asunto.

— La verdad es que no lo sé — explico, caminando lentamente para disimular porque no quiero que parezca que me he obsesionado con el asunto —, entró un chico a la cafetería y de repente todo el mundo se empezó a comportar de una forma muy extraña.

El rostro del hijo de Jodie se descompone en unos instantes y a mí se me acelera el corazón.

— ¡Ah!

Guardo silencio, concediéndole la palabra.

El chico suspira mientras abre la puerta y soy consciente, en ese momento, que tampoco sacaré demasiada información de él.

— Verás, Madison... Ese..., bueno, ese tío no es bienvenido por aquí.

— ¿Por qué? — insisto, aparentando cierta inocencia.

Él se encoge de hombros y me indica el pupitre que queda libre en ese aula.

— Verás... — continúa, haciendo un gran esfuerzo — . Lo mejor es que no hables de ese tío, ¿vale? Es una persona..., malvada, Madison. No sé, en el pueblo hay gente que es muy susceptible con el tema así que es mejor mantenerlo enterrado.

No se me pasa por alto el asco y la condescendencia con las que pronuncia las palabras “ese tío”.

Dejo mi cartera sobre el pupitre y estiro el brazo para agarrarle. Intento retenerle un poco más, porque necesito saber un poquito más de información...

— Debe de haber hecho cosas muy malas para que le odiéis tanto.

Matthew suspira.

— ¡Ni te lo imaginas! — exclama, sacudiendo la cabeza.

Estoy a punto de continuar con el interrogatorio cuando el profesor entra en el aula, fastidiándome. Me acerco más al chico, reteniéndole unos segundos demás con un mohín de chica desamparada.

— O sea que, ¿es peligroso? — pregunto, fingiendo cierta preocupación al respecto — . ¿Debería tener cuidado con él?

Puedo notar cómo Mathew se va poniendo nervioso.

El profesor pide que cada alumno tome asiento y él titubea, confuso.

— Sí, Madison — admite al final — . No suele andar mucho por el pueblo pero..., bueno, si le ves, huye. No te acerques a él.

Se zafa de mi brazo y, al final, se dirige apresurado a su asiento.

Noto cómo el corazón me late con fuerza en las sienas mientras mi cabeza repite mentalmente las últimas palabras de Matthew; “Si le ves, huye. No te acerques a él”.



¿Quién es? ¿Por qué todo el mundo parece temerle de esa manera?  
Bueno, temerle y odiarle, según he visto.

La última clase pasa en un suspiro con esos pensamientos aún rondándome continuamente en la cabeza. Siento cómo cada vez me voy obsesionando más con el asunto, y por mucho que lo intente, no consigo distraerme.

Cuando el timbre suena, una inevitable culpabilidad me azota y me acerco a Matthew para decirle que esta tarde estaré arreglando el local con Charlene y que me gustaría que se pasase por ahí. Sonríe y me dice que lo intentará, así que nos despedimos de buenas maneras.

Sospecho que esta relación puede servirme de ayuda para poder indagar en el asunto, así que intentaré cultivarla un poco más. Además, sé que Charlene se alegrará de comprobar que me sociabilizo en nuestro nuevo pueblo.

## Capítulo 5

### La bahía de Bolsover

Cuando salgo del instituto me encuentro el Volkswagen de mi madre esperando pacientemente en la entrada del parking. No se ha retrasado ni un solo segundo, lo que es bastante poco habitual en ella.

— ¡Hola! — saludo al subirme al coche.

Todos los estudiantes dirigen la atención hacia nosotras y poco a poco puedo sentir cómo me voy poniendo nerviosa.

— ¡Oh, cariño! — exclama Charlene de manera teatral — . ¿Cómo ha ido el primer día?

Se lanza por encima de la palanca de cambios para abrazarme y siento un rubor recorriendo mis mejillas. Al menos diez pares de ojos están clavados en esta escena, así que necesito salir del parking cuanto antes y alejarme de ellos.

— Genial, mamá — respondo con rapidez, intentando zafarme de sus brazos — . ¡Todo ha ido viento en popa!

Ella se separa unos centímetros y me escruta, valorando si estoy siendo sincera o no. Al final, asiente.

— Entonces..., ¿te ha gustado?

Suspiro, liberando el aire de mis pulmones con desesperación. Necesito salir de aquí cuanto antes.

— Bueno, no diría yo tanto... Dejémoslo en que no ha estado mal.

— ¿Y tus compañeros?

Observo a Matthew caminando hacia su ranchera y desde la distancia, veo que alza el brazo para saludarme. Le devuelvo levemente el saludo y después, me giro desesperada hacia Charlene.

— Por favor, mamá, ¿podemos irnos ya? — suplico con exasperación — .  
Creo que la gente nos está mirando...

Arranca el coche y acciona la primera marcha para abandonar el lugar.

— Creí que habías dejado atrás esa etapa infantil de avergonzarte de tu madre, Maddi...

Pongo los ojos en blanco y me limito a guardar silencio, resignándome a su indignación.

— ¿Y tú en qué has ocupado la mañana? — inquiero con curiosidad, procurando cambiar de tema cuanto antes.

— Ahora lo verás... — me dice con emoción.

Supongo que se refiere al trastero, porque es hacia allí a donde nos dirigimos.

Cuando llegamos, Charlene me pide que cierre los ojos y abre la puerta del local. Supongo que se habrá dedicado toda la mañana a limpiar el lugar, pero la verdad es que cuando los abro encuentro un resultado muchísimo mejor que el que podía haber llegado a imaginar. Al parecer, las seis horas y media que he pasado en el instituto le han dado para muchísimo; ha empapelado el suelo, forrado las esquinas de las ventanas y comenzado a pintar las paredes de un color azul celeste que me encanta. Creo que es una buena elección.

— ¡Guau!

Ella sonrío con esa ilusión que últimamente la caracteriza.

— Entonces, ¿qué? ¿Te gusta?

Yo sacudo la cabeza en señal afirmativa y Charlene me propina un pequeño empujón para que camine al frente. Entro y el olor a pintura fresca inunda mis fosas nasales.

— Sí, es genial — confieso, mirando a cada esquina.

No recuerdo haber visto nunca a mi madre pintando o reformando nada de nuestra casa, así que debo reconocer que me siento realmente impresionada por su trabajo.

— La pared que queda sin pintar va a ir de color blanco, para que rompa la armonía del azul. ¿Qué te parece?

Asiento, sin poder evitar una pequeña risita.

— ¿La armonía del azul? — me río.

Charlene me devuelve un pequeño codazo y se dirige al trastero del fondo.

— ¡Solo hay una brocha, así que nos iremos turnando! — exclama, preparándose para la acción.

— Me parece bien... — murmuro, aunque en realidad lo último que me apetece es ponerme a pintar.

Cinco minutos después, Charlene se ha transformado en una verdadera profesional de la pintura. Se ha vestido con un mono blanco — que ya está salpicado por completo del azul celeste de las paredes —, una cinta en la cabeza y porta un cubo, una paleta y una brocha en ambas manos.

— Muy competente — bromeo, mientras me acomodo en el suelo, junto a la puerta.

Supongo que la pintura de la pared seguirá manchando, así que procuro no apoyar la espalda. Veo cómo Charlene entra y sale del cuartucho con unas escaleras y un par de trapos mientras yo rebusco en mi cartera el cruasán que no me he comido en el almuerzo. No he parado un solo segundo a lo largo del día y estoy muerta de hambre, así que no tardo en devorarlo.

Los siguientes minutos los aprovecho para contarle a mi madre, a grandes rasgos, cómo me ha ido el día y la sensación que me ha dejado el instituto. Confieso con sorprendente sinceridad que todo ha resultado bastante mejor de lo que pensaba y no puedo evitar añadir lo amable que ha sido Matthew conmigo. Me cae bien. Y la verdad es que para el poco tiempo que llevo

enBolsover me siento bastante adaptada. Mi madre me cuenta cómo se las ha apañado para ir colocando el papel protector de las ventanas y el suelo, me habla brevemente del tipo de la ferretería en la que ha comprado la cinta de carroceros — que ha resultado ser un viejo compañero de su colegio —, y después relata lo mucho que marea después de unas horas el intenso olor de la pintura.

— Oye, mamá... ¿Cuándo saliste de la cafetería, ayer, donde Jodie, no notaste nada raro?

Ella detiene las pinceladas y me mira brevemente antes de volver a la tarea.

— No, ¿por qué?

Yo me encojo de hombros.

— Bueno, es que entró un chico y la gente se comportó de una manera muy extraña, no sé...

— Maddi, por favor... — se ríe Charlene, como si el asunto tuviera gracia —, esto es un pueblo. En los pueblos la gente, los vecinos en general, siempre tienen pequeñas disputas y riñas... Tendrás que aprender a no meterte en los asuntos ajenos o saldrás mal parada.

— No creo que se tratase...

— Ya has escuchado antes al jefe de policía Turner — añade, interrumpiéndome —. ¡La curiosidad mató al gato!

— Supongo...

Al final me resigno, porque sé que no sacaré nada más de Charlene.

Como las horas pasan con mucha lentitud, saco uno de los cuadernos y me pongo a dibujar en él. Hacía muchísimo tiempo que no sacaba un rato para dibujar — que en el fondo, es mi gran afición —. En realidad, creo que no tocaba un lápiz desde que murió papá y todo se complicó en casa, así que aprovecho este rato de paz que mi madre me concede mientras termina su pared para garabatear un par de bocetos. No se me ocurre nada que pintar, así que dejo que la imaginación me guíe y trazo unas líneas abstractas que no

significan nada para mí.

No puedo dejar de pensar en lo que vi. En lo que pasó en la cafetería.

Sé que cualquier otra persona hubiera dejado el asunto de lado, pero las palabras de Matthew solo han logrado que el tema empeore; “huye de él”, “es peligroso”.

Intento imaginarme qué demonios ha podido hacer ese hombre para no ser bienvenido en Bolsover, pero incluso poniéndome en lo peor no consigo comprender cómo un pueblo entero puede llegar a odiar tanto a una persona. Más aún, ¿por qué los vecinos son susceptibles a él? ¿Cómo ha podido hacer daño a tantas personas? Y la pregunta que no dejo de hacerme una y otra vez: ¿quién es?

Sé que si nos quedamos aquí a vivir, tarde o temprano alguien tendrá que contarnos la verdad sobre él.

— Maddi, ¿me ayudas?

Alzo la mirada, distraída, me sorprendo al comprobar que mi madre ya ha terminado de pintar la pared. Ahora está montando una de esas horribles estanterías que vienen con instrucciones.

— ¿Por qué no contratamos a alguien para que haga estas cosas?

Charlene suspira.

— Porque no hay dinero, ya lo sabes — resopla, indignada.

— Yo puedo ayudaros, si queréis, claro...

Ambas nos giramos y encontramos a Matthew en el umbral de entrada.

Para no intoxicarnos tenemos las ventanas y la puerta abiertas, así que ha debido de escuchar la conversación.

Sonríó ampliamente y me acerco a él para saludarle.

— Mamá, ¿te acuerdas de Matthew? — pregunto, aunque sé de buena mano que sí — . El hijo de Jodie.

Ella asiente con entusiasmo y le invita a pasar.

— ¡Claro que puedes ayudar! — exclama, feliz — . Menos mal que alguien

ha venido a rescatarnos, eh, ¿Maddi?

Asiento con rapidez, sin borrar mi sonrisa de niña estúpida.

— Al parecer, hoy llevo todo el día rescatando damiselas... — bromea Matthew, justo antes de guiñarme un ojo.

Mi madre se ríe como una colegiala y, cuando ninguno de los dos me está mirando, suspiro con exasperación. Supongo que la culpa es mía por haberle invitado a pasarse, así que a fin de cuentas, no me puedo quejar.

Parece que Matthew se las está apañando muy bien con la estantería, así que Charlene y yo aprovechamos para recoger los objetos que hay desperdigados por el local; la escalera, el cubo de pintura, trapos, papeles, etc, y después nos quedamos observando cómo trabaja con los brazos cruzados. Estoy segura de que si intentásemos ayudarle tan solo le estorbaríamos.

— Oye, Madison, ¿cuándo quieres que te enseñemos el pueblo? — pregunta, concentrado en atornillar una balda.

Mi madre me lanza una mirada repleta de curiosidad y yo me encojo de hombros.

— Cuando queráis, supongo — me apresuro a responder — . Un día que os venga bien...

— Pero, ¿hay algo que enseñar en Bolsover? — se ríe Charlene.

— No lo sé, bueno, ya sabes, la biblioteca, el aula de cultura y esas cosas típicas... El polideportivo o la pista de atletismo.

— Madison no es, precisamente, lo que se puede llamar una atleta...  
— puntualiza mi madre.

Matthew parece decepcionado e intuyo que no quiere perder la oportunidad de pasar un rato a solas conmigo, aunque también vayan a estar presentes sus amigos.

— Aunque puedes enseñarle la bahía — propone mi madre — , creo que todavía no la ha visto y a mí me encantaba ir de pequeña. El paseo es taaan bonito...

— ¿La bahía? — pregunto.

— ¡Es una idea fantástica! — exclama Matthew, frotándose las manos y señalando el resultado. La estantería ya está terminada — . ¡No sé cómo no se me ha podido ocurrir antes! — añade, sin borrar su sonrisa — . Y bueno, ¿qué os parece? Creo que ha quedado muy bien.

Charlene se acerca a él y se lanza a sus brazos.

— ¡Gracias, Matthew! — grita, con un dramatismo muy propio de ella.

Pongo los ojos en blanco cuando el chico intenta zafarse del abrazo de boa constrictor de mi madre.

— No hay de qué... — responde, alejándose de ella con preocupación.

No sé si echarme a reír o a llorar.

Charlene se queda mirándonos con una sonrisa absurda en el rostro y sé muy bien, por su expresión, que Matthew le cae bien; demasiado bien, quizás.

— ¿Por qué no aprovecháis que ha salido el sol para ir a la bahía? — propone ella, feliz.

Intuyo rápidamente que está intentando mediar a modo de carabina.

— Mamá... — protesto, enfurruñada por su reacción infantil.

Pero Matthew se da la vuelta, observa el exterior y asiente.

— ¡Es buena idea! — admite — . El resto de la semana no dejará de llover, así que podríamos aprovechar esta oportunidad...

Al final no me queda más remedio que aceptar.

Me apresuro a recoger mis pertenencias pero Charlene me detiene en el acto y me dice que ya se encargará ella de llevar a casa mi cartera más tarde, añadiendo que nos despreocupemos de todo, salgamos y disfrutemos de la tarde. Reviso mi reloj de muñeca mientras salimos del local y compruebo que aún quedan un par de horas de luz antes de que anochezca, cosa que me decepciona, porque sé muy bien que este plan no saldrá bien y me gustaría acortarlo lo máximo posible. Supongo que, si la cosa se pone muy mal,



encontraré una excusa para salir huyendo en el momento oportuno.

Nos subimos en su ranchera y, de pronto, un incómodo silencio invade el espacio. Matthew se apresura a poner música en su reproductor — que es bastante más moderno que el coche — , pero ni siquiera eso logra menguar la tensión que se ha generado entre nosotros. En realidad, soy yo la culpable. No estoy acostumbrada a viajar en ningún otro coche que no sea el de mi madre y dudo que consiga relajarme hasta que el trasto en el que vamos vuelva a detenerse.

— ¿Estás bien? — pregunta Matthew, extrañado.

Yo me apresuro a asentir, pero no consigo dibujar una sonrisa en mi rostro.

— ¿Es por la música? — insiste — , puedo quitarla si lo prefieres.

— En realidad, es por el coche... No me gusta..., bueno, no me gustan los coches.

Tartamudeo porque me estoy mareando.

No, desde luego, no estoy para nada acostumbrada a viajar en otro coche que no sea el Volkswagen. No siento la misma sensación que se me crea cuando yo agarro el volante, pero es similar. Cierro los ojos e intento mantener la compostura. Matthew me dice algo de fondo, pero escucho un pitido muy alto que ensordece el resto de los sonidos.

— Ya casi hemos llegado... — me dice con la voz cargada de preocupación.

Me mantengo en silencio hasta que el pitido desaparece, justo en el mismo instante en el que el motor del vehículo se apaga.

Hemos llegado.

— Podías haberme dicho que te mareabas, habríamos venido andando.

— ¿No estamos lejos del pueblo?

Él disiente.

— ¿Ves la cuesta? — pregunta, señalando hacia arriba — , creo que al final de ella se puede ver el campanario de la iglesia. ¿Lo ves?

— Sí, lo veo...

Solo hemos estado unos minutos en el vehículo y la verdad es que me han parecido eternos.

Me apresuro a salir al exterior y a aspirar una gran bocana de aire fresco que inunda mis pulmones. Poco a poco voy relajándome de nuevo, hasta que Matthew aparece detrás de mí, sobresaltándome.

— Lo siento... — se apresura a murmurar.

Parece tan incómodo con la situación como yo, así que vuelvo a reafirmarme en el pensamiento de que aceptar venir a esta salida no ha sido, en absoluto, buena idea.

Alzo la mirada al horizonte y me quedo observando la pequeña bahía que hay frente a mí. Su agua turbia y furiosa se sacude con fuerza, arrastrándose hasta una pequeña zona arenosa que parece más blanquecina de lo habitual. Cerca no hay casas, ni comercios, ni chiringuitos que estropeen el paisaje, así que todo parece salvaje y natural.

— ¿Te sigue apeteciendo dar el paseo, o prefieres regresar...?

No puedo evitar pasar por alto el tono de decepción y fracaso que denota su voz, así que me recuerdo a mí misma que ésta es la oportunidad que he perseguido a lo largo de toda la mañana y que debo aprovecharla.

Sonrío, practicando una vez más mi estúpida mueca de niña tonta.

— ¡Vamos a pasear!

— ¡Genial!

Todo lo que nos rodea es precioso, así que no tardo demasiado en comprender por qué a Charlene le gustaba venir aquí a pasear cuando era más joven. Caminamos a la par del agua con el viento azotando nuestros rostros de frente y Matthew se mantiene en silencio, acercándose poco a poco más a mí.

— ¿Y cómo era tu vida en Londres?

No sé muy bien qué responderle.

— Supongo que parecida a esta... — digo, aunque no tardo demasiado en arrepentirme.

La gente normal tiene amigos, sale, disfruta y no lleva una rutina tan solitaria como la mía. En realidad, sé que mi situación no cambiará mucho independientemente del lugar en el que resida.

— ¿Te refieres al instituto y eso?

— Sí, claro...

Matthew se acerca todavía más y yo me detengo, incomoda, y finjo observar el agua salada.

— La verdad es que en Bolsover no hay demasiado que hacer, pero los sábados los chicos y yo solemos ir al cine...

— Me gusta mucho el cine — murmuro, evitando mirarle a los ojos.

— A veces traen a alguna chica, ya sabes... — continúa él, tanteando el terreno — . ¿Te gustaría venir algún día?

— Claro — respondo.

Aunque una vez más, no tardo en arrepentirme de haberlo hecho.

Matthew es buen tipo y se le ve agradable, pero sé muy bien que yo no sirvo para mantener una relación... En realidad, por muy extraño que pueda parecer, aún sigo siendo virgen — ¡a mi edad! — y mi experiencia más sexual se reduce a un par de besos en un armario la primera vez que me emborraché. Si soy sincera conmigo misma, es uno de esos momentos de mi vida en los que me avergüenzo de mi forma de actuar y no me reconozco a mí misma...

En ocasiones me pregunto si seré asexual, o algo así.

— El sábado que viene creo que toca una de zombis...

— No me gustan los zombis — me apresuro a aclarar.

Matthew se ríe.

— Supongo — confirma, echando a caminar de nuevo al frente — . A las chicas suelen gustaros las películas que son un poco más románticas.

Yo le sigo a regañadientes, comprobando que cada vez estamos más lejos del lugar en el que hemos aparcado la ranchera.

— Tampoco me gustan las románticas, soy más de thrillers o acción. Pero nada de terror.

El muchacho me escruta como si acabara de encontrar una especie en extinción y yo no puedo evitar saltar en carcajadas.

— Madison Harvey... ¡Eres muy rara!

Se detiene de nuevo y se interpone en mi camino para que yo le imite. Me quedo callada, mirándole muy fijamente intentando adivinar qué es lo que trama, y compruebo que la cosa no pinta bien. Rezo porque no intente besarme...

— ¡Por cierto! — exclamo, intentando romper el silencio — . Antes, cuando hemos estado hablando...

Matthew se acerca un paso más al frente y yo reculo, intentando no tropezar a causa del nerviosismo que me sacude las extremidades.

— Y no he llegado a entenderte muy bien. ¿Por qué odiáis tanto al chico de la cafetería?

Tuerce el rostro en una mueca que no logro descifrar y, al final, su cuerpo se relaja y vuelve a alejarse de mí.

Feliz por haber vuelto a recuperar mi espacio personal, vuelvo a dar un paso hacia delante inflándome de valentía.

— ¿El chico de la cafetería? — repite con desdén.

— Ajá. Ese chico...

Ahora su rostro denota odio, horror, repugnancia.

Lo mismo que había visto en el resto de los clientes del local.

— Madison, olvídate de él, ¿vale? Son asuntos pasados que no hay que remover.

“Asuntos pasados”, repito en mi cabeza.

— Pero es que me asustaste bastante — confieso con voz inocente — . No sé exactamente qué es lo que debo temer de él...

Matthew me observa con la mirada cargada de odio.

— A él, ¿lo entiendes? Es un monstruo, una de esas personas que no deberían estar sueltas...

— ¿A qué te refieres? — insisto, pero Matthew se tensa y aprieta los puños antes de echar a caminar en dirección al vehículo.

Al parecer, a él también le han entrado prisas por dar por acabada la cita.

— Matthew, por favor, para... — suplico, fingiendo un mohín de lo más absurdo — . ¿Qué quieres decir con estar suelto? ¿Te refieres a la cárcel o...?

— Madison, ¿por qué no dejas el tema? — replica con la voz cargada de odio.

Comprendo en ese instante que Matthew es una de esas personas que son “susceptibles” al tema, pero decido no rendirme tan fácilmente y continúo tras él, intentando detenerle.

— Es que me lo encontré en el mismo día en el supermercado, y después, de casualidad, en la cafetería. No sé... — murmuro con la voz temblorosa — . ¿Debería estar asustada? ¿Es tan peligroso como dices?

El chico aprieta los puños con rabia.

— Muerto — refunfuña, escupiendo la palabra — . Debería estar muerto.

Mi corazón se detiene en ese instante y siento que la sangre deja de circular por mis venas. ¿De verdad acabo de escuchar que debería estar “muerto”? ¿Tanto odio albergan hacia él? ¿Por qué?

Las preguntas no dejan de acumularse en mi cabeza, golpeándome la mente.

— ¿Mu...muerto? — repito.

Me quedo en silencio unos segundos, concediéndole el tiempo suficiente para tranquilizarse.

— ¿Qué has querido decir con eso de que ha sido una “casualidad”?  
— pregunta, al final, pasado casi un minuto.

Yo trago saliva.

Quizás, si tiro por ese hilo, obtenga más información.

— No le di importancia, pero después me dijiste que no le vería mucho por el pueblo y me asusté. No entiendo qué ocurre...

— ¿Crees que puede haber estado siguiéndote? — pregunta de nuevo, con los ojos chispeantes de odio.

Retengo mi respiración mientras medito la respuesta.

No quiero meterme en líos, y tampoco quiero empeorar más la situación del chico del supermercado pero, por primera vez desde que he sacado el tema, por fin obtengo un poco de información.

— Quizás, no, bueno... — tartamudeo, nerviosa — . No lo sé, Matthew... Yo solo quiero entender...

— No es una buena persona — me corta con voz seria y autoritaria — . No te acerques a él, ¿vale? — añade, un poco más sereno — . Hablaré con el jefe Turner sobre lo que me has dicho.

¿Con el jefe Turner? ¿De qué tiene que hablar Matthew con el jefe Turner?

— ¡No! — salto, intentando retomar las riendas de la situación — . No, por favor... No estoy segura, yo lo solo... No sé, Matthew, esto es tan extraño...

El chico se acerca a mí y me abraza, destensándose por completo. Siento cómo aprieta mi cuerpo contra él y mi anorak se aplasta contra su chaqueta. Aprovecha este instante para aspirar sobre mi cuello y un escalofrío recorre mi columna vertebral cuando siento su respiración contra mi piel, su boca tan cerca de mí...

Y entonces, un enorme trueno resuena en el firmamento, haciéndonos

temblar.

— Creo que deberíamos regresar... — propongo, deshaciéndome de él disimuladamente — , parece que esto se va a poner feo.

Él asiente y nos dirigimos en silencio hacia la ranchera.

Supongo que, después de todo, podré soportar unos minutos más en el coche. Viajamos en silencio hasta que Matthew detiene el motor del vehículo frente a la casa de mis abuelos — ésa que ahora me pertenece a mí y a la que todavía no me he acostumbrado — . Cuando nos despedimos, me da un pequeño beso en la mejilla y me asegura que se lo ha pasado muy bien y que está deseando volver a verme en el instituto. Yo no siento tantos deseos como él, pero presiento que si tiro un poco de esta relación obtendré más información de la prevista, así que sonrío y le devuelvo el beso en la mejilla con poco entusiasmo.

Charlene me está esperando en la cocina, impaciente porque le explique con detalles qué tal me ha ido en “mi cita”, y yo me entretengo narrando la belleza de la bahía mientras, en mi cabeza, lo único en lo que pienso es en él. En el chico que todos odian. Al que hay que temer. Del que debo de huir. Ése que es un monstruo. Ése que debería de estar... muerto.

— Por cierto, Madison... — me dice Charlene, justo antes de despedirnos para ir a dormir — , sin querer he visto tu dibujo.

Yo me esfuerzo un poco por intentar recordar qué es lo que he dibujado, pero no soy capaz.

— ¿Ah, sí?

— Sí, y me ha encantado. Es muy bueno.

Charlene sonrío y puedo ver en sus ojos el orgullo que siente al decírmelo.

— Gracias, mamá... — murmuro, levemente avergonzada — . Buenas noches...

Ella ensancha más su sonrisa.

— Buenas noches, cariño — me responde con rapidez — . Por cierto, ¿puedo

pedirte una cosa?

— Claro...

— No dejes de dibujar, ¿vale?

Me sorprendo ante su petición, pero sacudo la cabeza en señal afirmativa y me despido con un guiño de ojo antes de encerrarme en mi habitación.

Antes de meterme en la cama, saco la cartera y busco la libreta en la que me he dedicado a garabatear. La abro por la página del dibujo y me encuentro con sus dos ojos oscuros y penetrantes mirándome amenazadoramente. Es él. El monstruo.



## Capítulo 6

### Bienvenida

La lluvia cada vez es más intensa y no puedo evitar sentirme desorientada. ¿Estoy segura de estar en el sendero adecuado? ¿Quizás me haya perdido?

Hace más de treinta minutos que he decidido regresar al pueblo y la verdad es que creía que este camino no tenía ninguna pérdida, pero ya veo que estaba equivocada. Los rayos relampaguean en el cielo señalando que la tormenta aún no está cerca de alcanzar su final. Apresuro mi paso y camino aceleradamente, pero la cuesta no termina; sigue, y sigue, y sigue... No veo la torre del campanario de la iglesia, tampoco consigo ver dónde acaba el camino.

De pronto, siento una presencia en mi espalda y me giro apresuradamente, tropezando con mis propios pies y cayendo al suelo de bruce. Me he golpeado la cabeza contra el asfalto de la carretera y me siento mareada, pero sé que tengo que llegar a casa cuanto antes si no quiero preocupar innecesariamente a Charlene.

¿Hace cuánto he salido de casa? ¿Una hora? ¿Dos?

Si no estoy de vuelta cuanto antes, no creo que tarde demasiado en acudir a donde el jefe de policía Turner y desplegar un equipo de búsqueda.

Intento levantarme, pero creo que al caer he debido de torcerme el tobillo, porque un dolor agónico recorre mi pierna cuando apoyo el peso de mi cuerpo sobre el pie.

— ¡Joder! — grito, incapaz de contener la calma.

Para colmo, estoy empapada y el frío se me ha metido hasta en los huesos.

Consigo levantarme a duras penas, pero cuando alzo la mirada hacia el horizonte no puedo evitar volver a tambalearme, horrorizada y atemorizada a partes iguales.

— ¡Oh, Dios mío...!

La bahía ha desaparecido.

Ya no está.

En su lugar, la cuesta parece haberse amplificado y al igual que hacia arriba no tiene final, hacia abajo tampoco le veo el principio. Baja, y baja, y baja...

Agudizo más la vista cuando a varios metros de distancia detecto un brillo y algo en movimiento. La manta de lluvia que cae con fuerza me impide contemplar con nitidez, pero me esfuerzo por averiguar si ese borrón puede tratarse de una persona capaz de socorrerme. Rezo porque así sea.

El borrón se va acercando más a mí y me sorprende al comprobar que sí, es una persona; pero para mi desgracia, no creo que esté dispuesta a socorrerme. Veo sus ojos acechantes, profundos, oscuros y siniestros hacer juego con una sonrisa maléfica que denota hambre. Hambre de mí.

Ahogo un grito en mi garganta y le obligo a mis piernas a activarse; mi instinto de supervivencia me dice que corra. ¡Qué huya!

Es él.

El monstruo.

Ha buscado una manera de atraparme, de dar conmigo.

La lluvia cada vez es más fuerte, pero yo no dejo de moverme presa del pánico. Cuando giro la cabeza hacia detrás para comprobar la distancia que me separa de él, mi corazón se desboca. Cada vez está más cerca. Se mueve muy rápido.

Clava sus ojos en mí y cuando le miro, él vuelve a lucir sus dientes brillantes, su sonrisa divertida. Está disfrutando; le está encantando darme caza.

No sé qué hará conmigo cuando me atrape; ¿degollarme?, ¿despedazarme?, ¿comerme? Espero no sufrir y que todo sea rápido. Espero haber sido lo suficiente buena hija como para que Charlene recuerde lo mucho que la quería.

El dolor del tobillo es atroz, pero incomparable al pánico que azota mi organismo.

— Maaaadisoon... — canturrea a mi espalda, y por lo bien que le escucho, sé que está justo detrás de mí.

Siento su mano gélida sobre mi hombro y después, su otra mano apresándome.

— Maaaaadiiiiisoon.... — canturrea de nuevo con voz juguetona mientras mi pecho se oprime y él, divertido, me obliga a mirarle.

Sus ojos macabros, hundidos en maldad, su sonrisa cruel. Parece..., parece..., inhumano.

Charlene me sacude con fuerza y comprendo en ese instante que todo ha sido una pesadilla. Puedo ver en sus ojos lo azorada que está, pero nada más asegurarme de que estoy sana y salva en mi habitación, sonrío tranquilizadamente para calmarla. Parece que funciona, porque poco a poco su gesto se va relajando.

— Estabas gritando, Maddi — me explica, un poco impresionada todavía.

Siento mi corazón acelerado, mi pulso desbocado, y tengo que respirar profundamente varias veces antes de responderle.

— Sólo era un mal sueño — aseguro.

Ella asiente y me besa la frente en un gesto maternal poco común.

— Duérmete de nuevo, cariño... Son solo las cuatro de la mañana — susurra en voz baja, justo antes de levantarse de mi cama — . Buenas noches, Maddi.

— Buenas noches, mamá.

Se marcha y el silencio me envuelve.

Tardo unos minutos más en tranquilizarme, pero al final termino recuperando la sensación de seguridad y me siento a salvo. Después me arrastro por la cama y compruebo el exterior; todo está tranquilo.

Sé que me estoy comportando de una manera estúpida e irracional, pero la verdad es que si Matthew pretendía asustarme, lo ha conseguido. Vuelvo a observar una vez más por la ventana; chispea levemente y el aire parece soplar con fuerza en el exterior, pero no logro atisbar ningún movimiento extraño.

“No seas estúpida, Madison”, me digo a mí misma, contrariada.

Una parte de mí no quiere juzgarle sin conocer su historia, pero otra parte de mí ya lo ha apodado como “el monstruo de Bolsover”. Además, empiezo a crearme mis propias mentiras; ¿no resulta extraño habérmelo encontrado el mismo día en dos ocasiones? Si se deja ver tan poco como dicen, es una casualidad enorme...

“Pero solo es una casualidad”, me recuerdo.

Tengo que ser lógica.

Me tumbo en la cama y clavo la mirada en el techo, relajándome. Aún me quedan tres horas de sueño y debo aprovecharlas o terminaré durmiéndome en mitad de la clase de historia que tengo a primera hora de la mañana. Sin darme cuenta, giro la cabeza hacia el cuadernillo de dibujo y me quedo contemplándolo fijamente, como si de alguna manera, me llamase o me atrajese. Me incorporo, saco el brazo de debajo del calor de las mantas para cogerlo y lo coloco sobre mi regazo.

Sus penetrantes y oscuros ojos son exactamente igual que en mi sueño y un escalofrío involuntario me obliga a tiritar, impresionada.

— ¿Quién eres? — le pregunto al dibujo en voz alta — . ¿Quién eres? ¿Y qué demonios has hecho para que todo el mundo te odie?

Suspiro hondo, apartándolo de nuevo y tumbándome otra vez en la cama.

Por mucho que me cueste, lo mejor será que intente volver a dormirme...

Cuando me despierto de nuevo aún falta un minuto para que suene el despertador, así que, al igual que el día anterior, desactivo la alarma y me meto en la ducha. Esta vez tardo un poco menos en regular la temperatura y puedo disfrutar del agua caliente un rato más largo.

Vuelvo a vestirme con unos vaqueros, aunque cambio mis botas de agua por unas de monte y mi anorak por una chaqueta gruesa de invierno que corta el viento. Hoy no llueve, así que iré al instituto en bicicleta — por lo que debo apresurarme un poco más y salir con antelación suficiente de casa — .

Me despido de Charlene diciéndole que tomaré un café donde Jodie cuando pare a comprar el cruasán para el almuerzo y, aunque parece algo decepcionada porque no vaya a quedarme un rato con ella, termina cediendo y me lanza un beso de despedida.

Mientras conduzco en dirección a la cafetería, descubro que él vuelve a ser el blanco de mis pensamientos. Me estoy obsesionando, lo sé, pero tampoco encuentro la manera de dejar de pensar en él.

No solo siento curiosidad... También tengo la necesidad de escuchar su historia. Por experiencia sé que todas las versiones tienen dos caras, y presiento que la dureza con la que se le está juzgando en Bolsover es excesiva. ¿Qué clase de persona puede merecerse que un pueblo entero le dé la espalda? ¿Le desee la muerte?

Antes de que pueda darme cuenta ya he llegado a la cafetería y me apresuro a aparcar la bicicleta a fuera. No recuerdo el camino que he realizado, así que supongo que una vez más me he quedado absorta conmigo misma, en mis pensamientos.

— ¡Buenos días! — saludo al entrar.

Esta vez no solo Jodie me devuelve el saludo, si no que un par de desconocidos más alzan la cabeza y sonríen de manera natural.

Presiento que mi madre diría que forma parte del “encanto de los pueblos pequeños”, donde es imposible pasar desapercibido durante demasiado tiempo. En dos semanas, seremos parte de los habitantes y Bolsover nos

habrá absorbido en su interior, estoy segura.

— Buenos días, cielo — saluda Jodie, secándose las manos en su delantal — . ¿Hoy no vienes con tu madre?

— He salido un poco antes de casa para ir con tiempo al instituto — digo, señalando al exterior para que pueda ver la bicicleta — . Prefiero tomármelo con calma.

— Haces bien, las prisas nunca son buenas — asegura con sabiduría — . ¿Café y cruasán?

Yo asiento y le pido que me guarde otro para el almuerzo, al igual que el día anterior.

Ya empiezo a coger costumbres, y aún no he decidido si eso es algo bueno o no.

La cafetería está a reventar y Randy tiene que abandonar la cocina para ayudar a servir en la barra a su mujer, que no da abasto con tantos clientes reclamando su atención. A pesar de la cantidad de gente presente, me siento cómoda y me permito disfrutar con sosiego del café.

Puedo ver al jefe de policía Turner sentado al fondo del establecimiento, hablando con otros dos hombres. También está el amigo de Matthew, pero no el que es alto y grande si no el otro... Hago un esfuerzo por recordar su nombre y, al final, lo consigo. Donald. Se llamaba Donald. El grande era Gael.

Contengo la respiración al recordar la mirada desafiante que le lanzó Gael al chico misterioso y vuelvo a recriminarme a mí misma no ser capaz de dejar de lado el asunto por lo menos hasta terminarme el café.

Cuando me despido de Jodie y de Randy, lanzo una mirada despreocupada al fondo y compruebo que el jefe Turner tiene la mirada clavada en mí. Cuando nuestros ojos chocan, él alza el brazo diciéndome adiós y yo no puedo evitar sentirme vigilada. No me gusta ese hombre, no me crea buenas sensaciones.

Me incorporo a la carretera principal y siento cómo el aire azota con fuerza mi rostro, devolviéndome de nuevo esa sensación de libertad que percibí la

primera vez que me monté en la bicicleta. Avanzo con rapidez, liberándome de todas mis preocupaciones y concentrando mi mente y en el presente hasta que, diez minutos después, puedo ver al fondo mi instituto. Se me hace extraño pensar que en Londres era independiente gracias al metro y que aquí, en Bolsover, lo soy gracias a una bicicleta. Sé que no volveré a conducir. Da igual que me digan que los traumas se curan, que las heridas se sanan, que los miedos se superan; yo sé que jamás volveré a ser capaz de coger un volante y guiarlo sin que el pánico se apodere de mí y crea, una vez más, que terminaré del mismo modo que terminó mi padre. Con los dos gruesos hierros atravesándome el pecho, muerta, en una cuneta.

“Al menos no sufrió”, pienso. Aunque ni siquiera sé si eso es verdad o me lo he inventado.

Yo fui la persona que reconoció su cadáver, y según los psicólogos, esa escena fue capaz de trastocar mi mente de una manera inimaginable. En una ocasión, escuché a uno de ellos decir que interiormente estaba rota. Puede que lo esté, no lo sé. Puede que todas mis peculiaridades se hayan acentuado desde esa fecha.

Aparco la bicicleta en el exterior y por primera vez echo de menos llevar un candado. Sospecho que en un pueblo como éste los robos no deben de ser algo habitual, pero me gustaría poder asegurarme de que cuando terminen las clases continuaré teniendo mi medio de transporte en el mismo sitio.

Decido que lo mejor será arriesgarse y me dirijo, no muy entusiasmada, a la clase de historia.

Me cruzo a Matthew por los pasillos justo antes de entrar, pero el timbre resuena y la profesora nos sorprende mientras me saluda. Cada uno se sienta en su mesa y la hora transcurre con tranquilidad.

En cada cambio de clase, el chico intenta acercarse a mí acompañado de Gael y de Donald, pero me las ingenio para esquivarle en todas las ocasiones porque no me apetece mantener una conversación absurda e incómoda. Supongo que hoy no me he despertado de demasiado buen humor, aunque aún así me esfuerzo por ser agradable con Pauline, mi compañera de pupitre.

Necesito una coartada para que Matthew no se acerque innecesariamente a mí

y me pille a solas, así que no me separo de mi compañera. Parece una buena persona; tiene un hermano mayor y una hermanita pequeña de dos años, de la que suele encargarse mientras sus padres trabajan. Parece responsable y más madura que cualquiera de nuestra edad, y eso me gusta. Es bajita, morena, un poco gordita y tiene unos ojos azules redondos y saltones. Me cuenta que sus padres son nacidos y criados en Bolsover, al igual que ella, e instintivamente me digo a mí misma que quizás pueda sonsacarle algo más de información sobre “él”.

Cuando nos dirigimos a la última clase, nos cruzamos con un grupo de chicas que taponan el pasillo y se empiezan a reír descaradamente. Me parece que nos señalan.

— Siempre están igual... — me explica Pauline en un suspiro — , mejor damos la vuelta.

No me gusta ceder, pero no quiero problemas.

Un año de instituto y todo esto habrá terminado, así que lo mejor será intentar pasar desapercibida lo máximo posible.

— Ella es Joanna — me cuenta, mientras caminamos en dirección contraria para acceder a las escaleras — , es del grupo de animadoras — se ríe Pauline, como si esa calificación a ella lo explicase todo — , y cuando ella y sus amigas se aburren se dedican a merodear por los pasillos para fastidiar a alguien.

— ¡Qué divertido! — respondo irónicamente — . No sé cómo no se me ha ocurrido hacerlo...

Pauline suelta una carcajada y yo la coreo hasta que, de pronto, siento un golpe seco contra mi espalda y un dolor punzante en mi espina dorsal. Me giro aturdida y veo a esas chicas, saltando en carcajadas.

— ¿Tenéis algún problema conmigo? — pregunto, armándome de valentía.

Ella, Joanna, es guapísima.

Alta, rubia, atlética. Va vestida con una ropa ajustada que, desde luego, no sirve para abrigarse en esta época.



— No lo sé — se burla, imitando mi tono de voz — ... ¿Tienes tú algún problema conmigo?

Todas las chicas se ríen y Pauline tira de mí de manera suplicante para que continuemos moviéndonos.

— Vete tú, tranquila — le digo, porque sé que si me marchó y dejo estar así el asunto, este año puede transformarse en el peor de mi vida.

— ¡Ohhh! — se carcajean de mí.

— ¿Qué te pasa conmigo, eh? — escupo, rabiosa.

Presiento cómo los estudiantes se van aglomerando a nuestro alrededor y no puedo evitar ruborizarme al ser el blanco de todas las miradas presentes.

— ¿Qué crees que me pasa contigo, Madison? — me dice, burlándose, con cara de repugnancia.

Me sorprende que sepa mi nombre.

Sacudo la cabeza, sonrío levemente y decido que Pauline tenía razón; si quieren problemas, no los van a encontrar en mí. Me giro para marcharme cuando siento un tirón de pelo fuerte y seco y caigo al suelo. Veo a Joanna agachándose sobre mi cuerpo, dispuesta a buscar esa bronca y a atizarme en el rostro, cuando la voz del profesor de matemáticas resuena de fondo.

— ¡Ya vale! — grita, colérico — . ¡Vaya forma de comportarse tienen ustedes dos, señoritas!

Joanna se levanta de un salto, fingiendo un mohín de niña inocente.

— Señor Carson, ha sido ella la que...

— ¡Me da igual! — grita, haciendo aspavientos con las manos para que el resto de los alumnos se dispersen — . ¡No me importa quién haya empezado! ¡Ahora mismo a vuestras aulas y, si esto vuelve a repetirse, tomaré medidas!

Me quedo petrificada sobre la fría baldosa, incapaz de procesar lo que ha sucedido. Joanna se agacha brevemente para darme la mano y, rabiosa, la rechazo y me pongo en pie por mis propios medios.

— Matthew es mío, ¿te queda claro? — me susurra en el oído.

Y por fin entiendo de qué va todo esto.

— Muy claro — respondo, apretando la mandíbula y presa de la rabia.

Llego tarde a la última clase y, cuando me siento, veo cómo todos mis compañeros me observan con curiosidad. Matthew me hace un gesto que no comprendo, así que decido fingir que no me he percatado.

— Siento haberme marchado — murmura Pauline en mi oreja — , es que no me gustan los problemas.

Yo le digo que no pasa nada, que la entiendo, y me dedico a observar la pizarra mientras la clase avanza a gran velocidad.

En realidad, no estoy atendiendo al profesor. Ni siquiera estoy pensando en lo que ha pasado con Joanna; no me importa lo más mínimo el rollo que se traiga con Matthew y lo que éste haya ido por ahí contando, así que intentaré mantenerme al margen. Estoy pensando en él. En mi obsesión.

El timbre que indica el final de la clase resuena, devolviéndome a la realidad. Pauline se estira sobre mi brazo para decirme que el dibujo es muy bueno y soy consciente, por primera vez, de que sin darme cuenta he vuelto a dibujarle.

No sé qué es más fuerte, el miedo que siento hacia él, o la curiosidad.

Cierro la libreta, recojo mi cartera y me apresuro — sin siquiera colocarme la chaqueta — a la salida para que Matthew no pueda dar conmigo, pero en mitad del pasillo me encuentro con el profesor de matemáticas y me retiene con un largo sermón. Supongo que conoce bien a Joanna, porque en todo momento me pide “que me mantenga al margen de esas chicas” y que “evite meterme en problemas si quiero terminar bien el año”. Le respondo que eso es justamente lo que deseo y me escaqueo con rapidez.

Cuando estoy corriendo hacia mi bicicleta, aún con la chaqueta en la mano, escucho su voz.

— ¡Madison, espera! ¡Eh, Madison!

Me giro y le veo corriendo hacia mí.

Detrás de él está Joanna, deshaciéndose en un mar de lágrimas, gimoteando y, por alguna razón que no termino de comprender, siento un poco de lástima por ella. Supongo que Matthew le habrá dejado claras las cosas, aunque de eso sí que me alegro.

— ¡Ey, hola! — saludo, dibujando con esfuerzo una sonrisa.

En fin, no se puede decir que haya sido un segundo día de instituto perfecto, pero al menos he sobrevivido a él.

— Lamento lo que ha pasado antes con Joanna, Maddi — murmura, disculpándose, mientras se frota las manos con nerviosismo.

— No te preocupes, tranquilo...

— Es que no quiero que te imagines cosas que no son — añade, interrumpiéndome —. Hace semanas que lo dejamos, pero ella debe de pensarse que soy suyo o algo así...

— No te preocupes, Matthew, de verdad — replico, colocándome la chaqueta para subirme a mi bicicleta —, no tienes que darme explicaciones.

— ¿Te vas ya? — me pregunta apenado cuando me observa recular marcha atrás —, he pensado que podríamos dar un paseo...

— Tengo que ayudar a mi madre con la reforma, no puedo quedarme... ¡Nos vemos mañana, Matthew!

Comienzo a pedalear con fuerza y vuelvo a sentir esa libertad que me proporciona el aire mientras avanzo a gran velocidad por la carretera.

Cuando llego al trastero del abuelo — quizás debería empezar a llamarle “la librería de Charlene” — me siento exhausta y agotada.

La verdad es que me sorprende comprobar lo rápido que va avanzando el asunto.

Mi madre ha aprovechado la mañana para colocar las estanterías, poner un mostrador y decorar con algún poster la pared blanca del fondo. Me gusta. Creo que el sitio quedará fenomenal.

Charlene me pregunta qué tal me ha ido en el instituto y yo le hablo superficialmente de Pauline, intentando evitar que note algo raro en mi estado anímico. Después me cuenta que ya ha solicitado los rótulos de la entrada y que mañana llegará la caja registradora y los primeros libros.

— La semana que viene ya podremos abrir — dice, entusiasmada — , y ya he encargado la prensa diaria. ¿No estás emocionada, Maddi?

Asiento y nos fundimos en un abrazo.  
Creo que esto será muy bueno para ella.

## Capítulo 7

### El accidente

Soy masoquista, lo sé, pero cuando me despierto no puedo evitar sentirme un tanto decepcionada.

A una parte de mí le gustaba la idea de que “él” — el monstruo — me estuviera persiguiendo, pero ya han pasado varios días y no he vuelto a gozar de su presencia en el pueblo. Es frustrante, porque de añadido, no he logrado obtener más información sobre su historia en Bolsover. Todo el mundo parece reacio a hablar sobre el tema, incluso Pauline, a la que llevo días agobiando con pequeños comentarios.

Nadie cuenta nada.

Lo único que me dicen — y repiten una y otra vez — es que me aleje de él y huya si me lo cruzo. Como si tuviera la peste, como si tuviera la rabia.

El problema es que no puedo dejar de pensar en él. Quizás porque mi vida es demasiado aburrida y esto sea lo más interesante que me ha pasado en los últimos años, no lo sé. Sea como sea, necesito obtener un poco más de información o si no, sé que acabaré buscándola por mi cuenta.

Cuando bajo a desayunar, Charlene luce una sonrisa brillante y cargada de ilusión. Ya han llegado la mayoría de los pedidos y hoy cerrará los últimos detalles antes de la apertura, así que está muy emocionada.

Me tomo el café de un sorbo y me despido de ella de forma brusca y apresurada porque, desde la ventana de mi habitación, he visto algún nubarrón grisáceo que amenazaba con descargar su contenido sobre Bolsover y no quiero que me pille de camino al instituto, en la bicicleta.

— Puedo llevarte yo, si quieres... — me dice, acompañándome hasta la

puerta.

— No te preocupes, mamá, me da tiempo a llegar antes de que lluevay ayer dijeron que el resto del día estará despejado — respondo de manera acelerada, subiéndome en labici — , así que no tendré problemas a la hora de volver... ¡Hasta luego, mamá!

Charlene frunce el ceño y alza el brazo a modo de despedida.

Al parecer estaba equivocada, porque nada más doblar la esquina de mi calle noto las primeras gotas de agua golpearme el rostro. Como no sé si lograré llegar al instituto antes de calarme entera, decido que lo mejor será saltarme la parada donde Jodie e ir directa para llegar cuanto antes y no tentar demasiado a la suerte. Además, últimamente Matthew siempre está ahí, esperando y acechando para desayunar conmigo.

Me cae bien, sí, pero creo que se ha hecho demasiadas ilusiones y ahora no sé muy bien la mejor manera para frenar el tema.

Pedaleo con toda la fuerza que soy capaz porque presiento que en pocos minutos una tormenta se descargará sobre Bolsover. Cada vez llueve con más fuerza y el cielo ha terminado encapotándose por completo, así que sospecho que tendré que pasar el día empapada de pies a cabeza. Joanna se alegrará de verme con estas pintas, seguro.

Siento un poco de ansiedad apretando mi pecho por la velocidad; porque no estoy acostumbrada a ir tan rápido en la bicicleta. No es una sensación tan desagradable como la que noto cuando me subo a un coche ajeno, pero se asemeja bastante y poco a poco voy poniéndome más nerviosa. La lluvia se intensifica y tres minutos más tarde, ya estoy calada de pies a cabeza y puedo percibir el frío helador traspasando mi ropa.

— ¡Genial! — exclamo cuando una cortina de agua comienza a nublar mi visión.

Cada vez estoy más nerviosa y cada vez pedaleo con más fuerza. Supongo que ya no tiene sentido correr, pero el frío me obliga a seguir con el ritmo actual si quiero mantenerme caliente.

“No tiene sentido que vayas así al instituto”, me digo a mí misma. Y tengo

razón. Pasaré las siguientes horas empapando mi pupitre y tiritando y tardaré todo el día en secarme aunque Pauline me ceda su sitio al lado del radiador. Supongo que alguno de mi clase se patinará con el charco de agua que se forme en mis pies y, además, seré la culpable de un terrible accidente. Tendré un día redondo si no decido dar media vuelta, así que giro el manillar y me preparo para realizar un cambio de sentido con la intención de regresar a casa. Supongo que lo mejor será cambiarme de ropa, secarme el pelo y pedirle a Charlene que me lleve al instituto.

Pero todo ocurre muy rápido y no tengo tiempo para reaccionar.

Giro el manillar sin ser consciente de que tengo un coche detrás, avanzando casi a mí misma velocidad que mi bicicleta, y no le veo hasta que sus luces de cruce me ciegan cuando ya me he interpuesto en su trayectoria. Siento el impacto y el chasis de la bicicleta ceder al mismo tiempo que algo golpea y aplasta mi pierna. Escucho el sonido de las ruedas del vehículo patinando y alzo la mirada; estoy en el suelo, el asfalto abrasa mi piel y el coche da vueltas sin control en la carretera.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamo, justo antes de impactar contra un tercer objeto y de perder el conocimiento.

Aún puedo notar la lluvia sobre mi rostro cuando, poco a poco, vuelvo a recuperar la consciencia. Cae con fuerza, con mucha fuerza. Abro los ojos con lentitud y veo a unos metros de mí la bicicleta que, tras el golpe, parece haber quedado hecha un acordeón.

— ¡Joder, joder, joder! — escucho de fondo una voz ronca y alzo la mirada en su dirección.

El hombre que conducía el vehículo contra el que he chocado está golpeando el capó con los puños y pataleando contra las ruedas; parece realmente rabioso, así que un escalofrío nervioso recorre mi cuerpo.

— El coche no tiene la culpa... — murmuro con un hilillo de voz mientras intento levantarme — , la tengo yo...

Entonces se gira y me observa.

— No puede ser...

Mi corazón se detiene en el acto cuando sus ojos penetrantes y oscuros me escrutan con el rostro torcido en una mueca de odio, rabia y frustración. Se me olvida cómo respirar y tengo que esforzarme por llenar de aire mis pulmones.

— ¿Estás bien? — grita, guardando las distancias.

Estoy tan pasmada que ni siquiera encuentro la manera de mover mis cuerdas vocales para responder.

Es él.

El monstruo.

— No puede ser... — consigo repetir, porque eso es lo único que mi mente se dice una y otra vez.

“No es posible, no puede ser, no es posible...”, así, una y otra vez.

Veo que él aprieta los puños con ira y rabia y se muerde el labio hasta hacerse sangre. Incluso a la distancia a la que nos encontramos puedo ver el hilillo rojizo caer por su barbilla. Tomo una bocanada de aire, asustada, atemorizada.

“¡Oh, Dios!”, me repito continuamente, sopesando si debería salir corriendo del lugar. Pero no puedo. Me duele demasiado la pierna y, al igual que en mi pesadilla, estoy mareada, así que supongo que he debido golpearme la cabeza al caer.

Quiero pensar que todo lo que me han dicho no tiene sentido y de que no debo preocuparme por nada, pero no puedo. Le miro y puedo ver la rabia y el odio impreso en su rostro; ira. Es como si ese hombre estuviera cargado de ira, así que por primera vez empiezo a creer que Matthew tenía razón y que, efectivamente, él es peligroso.

— ¿Estás bien o no? — escupe, rabioso, y entonces empieza a llorar.

No puedo creer lo que estoy presenciando; no tiene sentido su reacción.

¿Por qué llora? ¿Estará herido?



Él se tapa el rostro con ambas manos y se coloca de cuclillas mientras el sonido de un llanto desgarrador resuena con fuerza, alcanzando mis oídos y encogiéndome mi corazón. Por primera vez desde que he abierto los ojos consigo tranquilizarme un poco, pensando que viéndolo de esa manera tan deplorable, no parece tan agresivo ni peligroso como lo era hacia dos minutos.

Aunque una cosa veo clara; ese hombre no está bien de la cabeza. No puede estar sano.

Valoro mi estado, planteándome mientras tanto cómo debo actuar. Empiezo comprobando mi pierna derecha, que tiene el pantalón desgarrado y una parte de la rodilla en carne viva, ensangrentada.

“¡Oh, Dios...!”, vuelvo a gritar en mi fuero interno, impresionada por la visión. Después me llevo la mano a la cabeza y palpo un líquido caliente y viscoso que, verifico después, es mi sangre.

Una cosa es evidente: necesito ir a un hospital a que me vean esa rodilla. Cuando alzo la mirada hacia la bicicleta, aún con el llanto desgarrador de él de fondo, me sorprendo de lo poco dañada que he resultado teniendo en cuenta el estado en el que ha terminado mi medio de transporte.

Casi puedo decir que estoy viva gracias a un milagro.

Vuelvo a mirarle. Sigue en la misma postura, llorando de cuclillas.

— ¿Estás bien? — pregunto, incapaz de entender qué le sucede.

La verdad es que él no parecía herido, pero ahora empiezo a pesar que quizás lo esté y que gracias a los prejuicios que Matthew y el resto de los habitantes de Bolsover han creado en mí, puede que le esté denegando mi ayuda a una persona que, a fin de cuentas, no me ha hecho nada malo y me necesita.

En realidad he sido yo la que se ha interpuesto en mitad de la carretera, frenando para hacer un cambio de sentido brusco sin siquiera comprobar quién venía detrás.

Repito esas dos últimas palabras mentalmente: “venía detrás”. ¿Me estaba siguiendo o era casualidad? Después vuelvo a recriminarme el ser una

estúpida con prejuicios absurdos.

— ¿Estás bien? — repito, un poco asustada.

Incluso yo puedo percibir la ansiedad en mi tono de voz.

Miro a ambos lados de la carretera y compruebo que todo está tranquilo. No viene ningún coche, y si viniese, tampoco podría pasar de largo. El coche de él está taponando el ancho completo de la carretera.

— Por favor, respóndeme... dime algo — suplico, sin saber muy bien qué hacer.

Entonces me acuerdo de que llevo el móvil en mi cartera y alzo la mirada en su busca; está en mitad de la calzada, a unos metros de la bicicleta que ha quedado hecha un acordeón.

Si llego hasta él, podré llamar a una ambulancia para que venga a socorrernos.

— ¡Esto no tenía que pasarme a mí! — exclama, ahora de nuevo, con rabia.

Me quedo callada unos segundos, sin saber muy bien qué responderle.

— ¿Qué ocurre? ¿Te duele algo? — pregunto, pensando que quizás sea corredor y ahora tenga un esguince o algo así, cosa que le impedirá disputar en su gran final olímpica por la medalla de oro.

No se me ocurre nada lógico para entender su reacción y me tengo que recordar que, en realidad, no sé nada de él.

Se levanta y se queda mirándome fijamente. Sus ojos penetrantes ahora están turbios y confusos, dolidos. Cuando camina un paso hacia mí, mi corazón vuelve a detenerse y tengo que hacer grandes esfuerzos para guardar la compostura y que mi rostro no denote el pánico interior que me ha invadido.

— Esto no tenía que pasarme a mí, ¿no lo entiendes? — me dice, ahora con un hilillo de voz —. Podía haberme marchado mientras estabas inconsciente... — murmura, reduciendo aún más la distancia que nos separa —, pero no he podido hacerlo. Me ha podido un impulso y he tenido que quedarme. Pero yo... Yo...

Está sobre mí, tartamudeando.

Ahora puedo ver todas las expresiones que surcan su rostro: odio, rabia, ira y, sobre todo, mucho dolor. Una punzada de angustia oprime mi estómago y tengo que retener las náuseas para no vomitar.

Recapitulo intentando procesar sus palabras: “podía haberme marchado mientras estabas inconsciente”.

— Oh, Dios... — susurro, totalmente presa del pánico cuando él se inclina sobre mí y me sujeta de los hombros.

Me quedo inmóvil mientras me atrapa entre sus brazos porque el horror que recorre mis extremidades ha reducido gran parte de mi movilidad; pero pasados unos segundos el instinto de supervivencia vence y empiezo a removerme en sus brazos. Camina, llevándome en volandas, en dirección al coche.

— ¡Suéltame! ¡Suéltame! — grito, pero el pánico que siento es tan grande que mi aullido casi no llega ni a un susurro.

— Estate quieta — me pide con voz seria, tomando aire — , voy a llevarte a un hospital.

Obedezco, sopesando lo que acaba de decirme mientras sus brazos rodean mi cuerpo con calidez.

“Me lleva a un hospital”, pienso, a pesar de que mis prejuicios no tardan en aparecer; ¿y si es mentira? ¿y si me está secuestrando?

Vuelvo a removerme en sus brazos, pero él me retiene con fuerza, inmovilizándome.

Si le ves, huye.

Es un monstruo.

Es peligroso.

Te va a hacer daño, Madison...

Abre la puerta del copiloto y después me deposita en el asiento con delicadeza, evitando dañarme más. Cierra la puerta y el silencio del vehículo me invade, sacudiendo mis sentidos. Me pitan los oídos y estoy muy mareada; para colmo, no entiendo muy bien qué está pasando y me cuesta

creer que de verdad vaya a socorrerme. A llevarme a un hospital.

Le veo a través de la luna delantera y del aguacero caminando en dirección a mi bicicleta para apartarla de la carretera. La deposita sin esfuerzo en la cuneta, como si no pesase absolutamente nada, y después regresa para recoger mi cartera del asfalto. Cuando se gira para regresar al coche clava su mirada en mí y, al igual que anteriormente, mi corazón empieza a latir arrítmicamente de una forma descompensada.

— Toma — me dice cuando se sube al coche, tendiéndome la cartera —, creo que esto es tuyo.

Asiento y, cuando alzo el brazo para cogerla, no puedo reprimir una mueca de dolor. Él mira con los ojos entrecerrados, supongo que valorando el estado en el que me encuentro.

— El corte de la cabeza no tiene buena pinta — señala, mordiéndose el labio.

— Mi pierna tampoco.

Se inclina un poco sobre mí para valorarla y puedo sentir cómo su cuerpo se tensa. Percibo el aroma dulzón de su colonia, impropia para la masculinidad que desprende.

Se queda callado y después, suspira con profundidad. Cierra los ojos y durante unos segundos se mantiene tumbado sobre el volante sin que yo pueda apartar mi mirada de él. Después reacciona y enciende el motor, pero antes de abandonar el lugar, se arranca con destreza un pedazo de su manga y me lo tiende. Supongo que será para taponar la herida de la cabeza, que noto cómo continúa sangrando, así que lo acepto mientras él introduce la primera marcha y abandona el lugar del accidente.

— Mi bicicleta...

— No creo que pueda tener arreglo.

Su voz es seria, seca, agria.

Me sorprendo escrutándole sin poder apartar la mirada de él; tiene el pelo castaño, los ojos muy profundos y uno de esos rostros que rozan la perfección. Es increíble que no me haya fijado antes en lo guapo que es,

porque salta a la vista. Si no tuviese siempre ese gesto de dolor atravesándole el semblante, casi podría llegar a parecer un modelo o un actor de Hollywood.

— ¿Por qué has dicho que esto no tenía que pasarte a ti? — pregunto ahora que por fin puedo ver todo con un poco más de nitidez.

Siento miedo, sí, pero otra parte de mí está..., entusiasmada.

No es precisamente lo que había estado buscando o esperando, pero es un avance y una buena oportunidad para acallar la curiosidad que me invade desde aquel día que le vi en la cafetería de Jodie.

Él no me responde; aprieta el volante alrededor de sus manos y mantiene la mirada clavada en la carretera.

— Debía tener más cuidado...

— Ha sido culpa mía — me apresuro a replicar, pensando que, en realidad, es así. Todo ha sido culpa mía.

Me mira por el rabillo del ojo y un escalofrío recorre mi cuerpo.

— La culpa siempre es del que va detrás — murmura con un tono de voz seco y cortante — , siempre.

Estoy tan concentrada en los músculos de su brazo, su pelo mojado, su rostro serio y dolorido que casi paso por alto que no estamos siguiendo la dirección al hospital. Me agarro al asiento, asustada, y empiezo a hiperventilar asustada.

— ¡A dónde me llevas! — grito, sintiendo cómo el pánico vuelve a apoderarse de mí de nuevo — ¡A dónde me estás llevando!

Miro hacia la ventanilla para comprobar si el pestillo está puesto. Bien, no lo está. Si esto se complica, podría tirarme del coche aunque estemos en marcha...

— Te estoy llevando a un hospital — repite con la voz serena — , pero no voy a llevarte al de Bolsover.

Me quedo callada, aún sin que el pánico mengüe, sopesando lo que me ha

dicho.

— ¿Por qué?

Él no responde.

— ¡¿Por qué?! — grito más fuerte — , ¿por qué no me llevas al hospital de Bolsover?

Y es en ese instante en el que compruebo que viajamos a más de ciento sesenta kilómetros por hora en una carretera secundaria con una lluvia intensa cayendo sobre nosotros. Pero, sorprendentemente, por alguna razón que no consigo comprender, no siento miedo del coche, ni de la carretera, ni siquiera sopeso la opción de terminar con un hierro atravesando mi cuerpo sin vida en una cuneta. Me siento... segura.

— Porque si vamos al hospital de Bolsover... — comienza, conteniendo la rabia en cada palabra que pronuncia — ..., entonces..., las enfermeras que te atiendan llamarán al jefe de policía Turner...

Se queda callado y yo sigo mirándole, escrutándole, esperando una explicación.

Es increíble lo mucho que puede llegar a transmitir su rostro, su expresión; parece que está sufriendo constantemente, como si le estuvieran torturando.

— ¿Por qué?

Aparta la vista de la carretera unos segundos para observarme.

— No te entiendo — sentencia al final.

— ¿Por qué llamarán al jefe de policía Turner?

Él suelta una risita irónica.

— Porque yo he tenido la culpa y nadie querrá desaprovechar la ocasión de poder verme entre rejas.

“Nadie querrá desaprovechar la ocasión”...

Nadie le quiere en Bolsover.

Bueno, al menos, empiezo a atar cabos y pienso, esperanzada, que quizás este accidente pueda llevarme a ahondar hasta el fondo del asunto.

— ¿Cómo te llamas? — pregunto, un poco más calmada.

El mareo me está proporcionando un efecto sedante y prácticamente no siento dolor en la rodilla derecha.

Él no me responde.

— ¿No puedes decirme tu nombre?

Vuelve a sonreír.

— No deberías hablar conmigo — sentencia, dejándome con la boca abierta.

— ¿Por qué no?

Él sonríe y, después, con un gesto silencioso, me indica que siga apretándome la herida de la cabeza con su trozo de camiseta. Yo obedezco, pero no me rindo.

— ¿No me vas a decir tu nombre?

Veo la duda y la confusión en su rostro.

— Oliver...

“Oliver”, repito en mi cabeza.

Después de todo, el monstruo no parece tan malvado ahora que tiene un nombre.

Es increíble, pero en solo unos minutos ya hemos llegado a un pueblo vecino — que no reconozco — y estamos aparcando frente a su hospital. Oliver — se me hace raro no pensar en él como “el monstruo” o, simplemente, como “él” — continúa tenso, y yo no dejo de sopesar cada palabra que me ha dicho desde que se ha subido al coche.

Cuando el vehículo se detiene abro la puerta dispuesta a bajarme, pero antes de que pueda darme cuenta él ya ha salido, lo ha rodeado y está frente a mí.

— Deja que te ayude, por favor...

Me encojo de hombros y Oliver me envuelve entre sus brazos de la misma forma que lo ha hecho cuando me ha levantado de la carretera. Siento su aliento contra mi cabello y me sorprende al comprobar que ya no tengo miedo; ni siquiera un poco.

Sé que no estoy comportándome de una manera sensata y que después de tantas advertencias debería andarme con más cuidado pero... Me ha traído a un hospital, ¿no? Y eso es buena... señal.

— ¿Necesitan una silla de ruedas? — pregunta un auxiliar que pasa junto a nosotros.

El hombre que me lleva sujeta en brazos asiente y el auxiliar se apresura en busca de una. Mientras me siento en la silla, no puedo evitar sentirme un tanto decepcionada por dejar de estar en sus brazos; me resultaba impresionante que fuera capaz de transportarme sin esfuerzo alguno.

— ¿Cómo te llamas? — me pregunta la chica de recepción.

— Madison.

Ella teclea mi nombre.

— Madison, ¿qué?

— Madison Harvey.

La recepcionista termina de anotar mi número de identificación personal y después nos indica que esperemos en la sala de espera hasta que me citen por megafonía. Oliver empuja la silla y me arrastra hacia allí. Está nervioso; cardíaco, diría yo. Puedo sentir el temblor de sus brazos a través de la silla de ruedas.

— Tienes dieciocho años... — me dice en un suspiro.

Supongo que habrá calculado mi edad gracias a la fecha de nacimiento que le he dado a la mujer.

— Así es — respondo — . ¿Aparento más?

Él se ríe, pero no termino de entender la gracia.



— No voy a decirles que me golpeé con tu coche — suelto de repente, sin siquiera pensarlo antes — , así que puedes estar tranquilo. Y es eso lo que te preocupa, yo...

— En primer lugar, no te golpeaste con mi coche, yo te golpeé a ti.

— Porque me interpuse en tu camino.

Oliver suelta otra risita nerviosa; tiene los ojos acuosos y la mirada perdida.

— Al jefe Turner le encantaría escuchar eso...

Intento comprender a qué se refiere, pero no lo consigo.

— ¿El qué?

— “Oliver Raymond atropelló a la joven de dieciochoaños porque se interpuso en su camino...” — murmura, imitando la voz de un presentador de noticias.

Se me congela la sangre al escucharle mientras rememoro la frase que me ha dicho antes: “nadie querrá desaprovechar la ocasión de verme entre rejas”. Después, mentalmente, repito su nombre y su apellido; “Oliver Raymond”. Al menos ya conozco personalmente al monstruo de Bolsover.

Oigo mi nombre a través de los altavoces de megafonía, indicándome que acuda a la consulta número seis. Sin pedírselo, Oliver empuja mi silla en silencio y cruzamos el pasillo hasta la puerta indicada.

— Te esperaré fuera, por si..., no sé, necesitas algo... — tartamudea con nerviosismo.

Y cuando paso hay un doctor esperándome tras un escritorio.

Se levanta de su asiento para ayudarme y empuja la silla hasta una camilla, a la que sin ayuda, me traslado sola. De reojo vuelvo a mirarme la rodilla, que desde luego, tiene muy mala pinta.

— Veamos... — murmura el doctor, que parece recién graduado en la universidad — , ¿qué te ha sucedido?

Me examina la rodilla superficialmente y, después, se centra en el golpe de la

cabeza.

— Me caí con la bicicleta cuando iba de camino al instituto.

El chico asiente,

— ¿Y quién te ha traído al hospital?

— Un hombre que vio el accidente — cuento con rapidez, evitando entrar en más detalles para que no se percate realmente de la mentira — y que se detuvo a auxiliarme.

El doctor vuelve a asentir.

Continúa examinándome en silencio hasta que termina.

— No tiene mala pinta y todo parece muy superficial — asegura — , pero la quemadura de la rodilla es delicada y llevará un tiempo que se sane por completo. Aunque pareces estar bien, te haré un TAC por si acaso, solo para comprobar que no has sufrido daños después de ese golpe — continúa, señalando mi cabeza — , al que le tendremos que dar un par de puntos.

— Vale...

— Te llevaré a la sala de curas y después pasaremos a realizar el escáner, ¿te parece bien?

Asiento, me traspaso a la silla de ruedas y la empujo hasta la puerta, moviendo las ruedas con mis manos. Me siento mucho mejor y sé que podría caminar, pero no quiero tentar a la suerte y provocar otro accidente, así que decido que voy mejor sentada.

En el pasillo me espera Oliver Raymond y compruebo con insatisfacción que su rostro no se ha modificado en absoluto y continúa inmerso en dolor. Es como si, debajo de su ropa, un millar de agujas estuvieran retorciéndose y clavándose en su piel.

En la sala de curas las cosas no van tan mal como yo esperaba; que te cosan la piel no es tan doloroso si tienes una pierna en carne viva. Sí, ya sé que el médico me ha dicho que todo es muy superficial... Pero... ¡Madre mía! ¡Qué mal aspecto tiene!

Después se centran en la rodilla y tras verla vendada, me siento mucho mejor.

Sé que todo es psicológico, pero así de mal funcionamos mi cabeza y yo.

— ¿Necesitan la silla? — me pregunta el auxiliar.

Me siento mucho mejor, así que niego con la cabeza mientras me levanto para avanzar en dirección al pasillo. Es cierto que sigo dolorida, pero el golpe no ha sido tan malo como parecía al principio.

Alcanzo a Oliver al final de la sala de espera y me acompaña a realizarme el TAC, en silencio. No puedo dejar de pensar en todo lo que Matthew me dijo sobre él y me cuesta creer que una persona tan mal y cruel como me describió esté aquí, conmigo, ayudándome y esperando. Quizás iba de camino al trabajo o quizás tenía que recoger a su madre de una residencia — ¡quién sabe! — , pero lo importante es que sigue aquí.

—¿ Te encuentras mejor? — inquiera mientras firmo el alta.

Asiento, aún horrorizada e impactada por su expresión.

¿Cómo es posible que pasen y pasen las horas y él continúe con ese rostro plagado de... dolor? ¿Qué le pasa?

De vuelta en el coche, vuelvo a sentirme bien; segura. Es una sensación extraña porque desde el accidente de papá jamás había vuelto a confiar en nadie al volante — excepto en Charlene y, en realidad, sucedió porque no me quedó más remedio que acostumbrarme a ello — .

Ninguno de los dos habla y la música está apagada, así que se ha formado un silencio realmente incómodo que no me atrevo a romper.

Hay tantas preguntas que quiero hacerle... Pero por alguna razón no me siento cómoda al expresarlas en voz alta. ¿Se sentiría atacado? ¿Juzgado? ¿Más herido aún? Y digo más porque, sea lo que sea que le esté creando esa mueca en el rostro, es evidente que duele. Puedo notarlo en su expresión; es como si tuviera una espina clavada en el corazón.

— ¿Dónde quieres que te deje? — me pregunta.

Estamos muy cerca de Bolsover, a tan sólo un par de kilómetros.

Sopeso la idea de recuperar mi bicicleta por si tiene algún tipo de arreglo, pero la verdad es que su aspecto era realmente nefasto.

— Puedes dejarme en la calle principal, cerca del banco — le explico, pensando que, seguramente, Charlene se encuentre en la librería.

Nada más darle las señas, su cuerpo se tensa.

— Te dejaré una calle más abajo, si no te importa — replica.

“No es bienvenido en Bolsover”, me repito una y otra vez.

Me muerdo la lengua para no preguntar, pero no puedo; soy incapaz de hacerlo.

— ¿Por qué?

Él aprieta la mandíbula.

— Madison — responde con lentitud, arrastrando cada sílaba de mi nombre — , cuanto menos te relaciones conmigo, mejor. Cuanto menos sepas de mí, mejor.

— No entiendo por qué...

Él sonríe con ironía, como si mentalmente estuviera recordando un viejo chiste que sólo su mente es capaz de entender.

— Porque no soy bueno — sentencia con la voz ronca.

No puedo evitar preguntarme qué significa eso o si lo piensa de verdad. Quizás se lo hayan repetido tantas veces que ha terminado creyéndoselo, no lo sé; pero me resulta muy triste el concepto que tiene de sí mismo.

Detiene el coche y me indica, con un gesto silencioso, que ya hemos llegado. Me aprieto contra el asiento al sopesar mi mañana; estoy sana y salva, no me ha secuestrado, ni asesinado...

— Hemos llegado — añade, apremiándome para que me baje del vehículo.

Ni me quiere retener.

El problema es que no entiendo qué es lo que está mal en él, así que no quiero irme.

— Lo sé — resoplo, sin moverme un solo centímetro.

Él se queda mirándome muy seriamente; quizás intentando comprender por qué continúo en su vehículo.

— Gracias por ayudarme — suelto con brusquedad — , y por haberme traído de vuelta.

Él se encoge de hombros.

— Gracias por no contar que tuve la culpa.

Devuelve la mirada a la carretera y yo me quedo en silencio.

Hay tantas cosas que quiero decirle: ¿por qué todos te odian? ¿Por qué no eres bienvenido en Bolsover? ¿Por qué no desaprovecharían una ocasión para verte entre rejas? ¿Por qué los vecinos se callan si entras en una cafetería? ¿Por qué llorabas cuando me atropellaste? ¿Por qué decías que “no te tenía que haberte pasado a ti”? ¿Qué es lo que te hace tanto daño?

— Lo siento, Madison, pero debo irme ya — concluye sin mirarme, con la vista fija en el frente.

Parece nervioso porque los vecinos nos vean, así que asiento. No quiero complicarle más la vida.

— Gracias por todo, Oliver.

Cojo mi cartera y me bajo del coche sin dejarle tiempo a responder.

Me quedo plantada en la acera observando cómo su coche se aleja. Hasta ahora, no me había fijado en él, pero antes de perderle de vista lo hago; es un Mercedes mate de color gris, de esos que tienen un modelo deportivo y..., caro. Muy caro.

Soy masoquista, lo sé, pero a partir de ahora estaré atenta por si me lo cruzo.

Cuando cruzo el umbral de la librería, me encuentro a Charlene descargando cajas de libros en las estanterías y, para mi desgracia personal, no está sola. El jefe de policía Turner parece tener un especial interés en ella, así que ahí está, ayudándola.

— Hola, mamá — murmuro, anunciando de esa manera mi llegada.

Charlene pega un brinco por los aires, pero el jefe Turner no parece sorprendido.

Cuando se giran hacia mí, el rostro de mi madre se descompone y tiene que taparse la boca con ambas manos para ahogar un grito.

— ¡Por Dios Santo, Maddi! ¡Qué demonios te ha pasado! — exclama impresionada, acercándose hacia mí con cautela para examinarme de cerca.

— No es nada, mamá — replico con rapidez — , parece mucho peor de lo que en realidad es.

Y eso es verdad, porque la gasa de mi cabeza es muy aparatosa. Debajo de ella tan solo hay un par de puntos, nada más.

— ¿Pero qué te ha pasado, hija?

De fondo, el jefe Turner se mantiene en silencio, observando y analizando la escena como si no formase parte de ella y tan sólo fuera un espectador más. Me siento incómoda en su presencia, pero me limito a sonreír y me centro en Charlene.

— De camino al instituto empezó a diluviar y mi bicicleta patinó, pero no es nada, de verdad...

— ¡Oh Dios, Maddi! — exclama Charlene, exagerando más de lo necesario como cabía esperar — . ¿Tú la estás viendo, Scott? ¡Y dice que no es nada!

El jefe Turner camina un paso al frente, escrutándome.

— ¿Quién te socorrió? — inquiera con el tono de voz serio.

Me mira como si pudiera traspasarme la mente y descubrir todo lo que pienso y, la verdad, no me gusta.

— Un vecino de Bolsover que pasaba cerca y me vio caer.

Turner asiente mientras Charlene, aún conmocionada con mi estado, continúa escrutándome de arriba abajo. Después me abraza con delicadeza y me dice que cerrará la tienda para acompañarme a casa.

— No es necesario, mamá — aseguro, deseosa de abandonar ese lugar y

perder al jefe de policía de vista — , puedo ir sola. Me encuentro bien.

Sé que tiene mucho que hacer y que la apertura es inmediata, así que no tiene sentido que me acompañe.

Ella frunce el ceño, sopesándolo unos instantes, y al final niega con una sacudida de cabeza.

— No voy a dejarte sola, Maddi. ¿Y si te desmayas por el camino?

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

— De verdad, estoy bien — aseguro, girando sobre mi propio eje para que me vea desde todos los ángulos y compruebe que estoy entera — , llegaré a casa y te mandaré un mensaje.

Justo en ese instante, un repartidor de prensa aparece en la entrada con una torre de periódicos y revistas. Inmediatamente, el ambiente se impregna con el olor a tinta recién impresa y a papel húmedo que trae el chico en sus manos.

— Está bien, pero avísame nada más llegar y métete en la cama — añade, señalándome con el dedo índice — . No creo que en tu estado debas andar por ahí dando tumbos...

— Está bien — me apresuro a responder, sorprendida por el repentino ataque de madre responsable que le ha dado a Charlene.

Ella se aleja de mí, feliz, para firmar los recibos del repartidor y yo me despido despreocupadamente y salgo del lugar. La verdad es que, siendo sincera, el local está quedando realmente bien.

No he caminado dos pasos cuando escucho la voz del jefe de policía Turner a mi espalda.

—¡ Madison!

Me giro bruscamente y el movimiento me crea un repentino mareo, pero consigo continuar erguida y mantener mi equilibrio a raya.

— ¿Quién era el vecino que te socorrió? — pregunta desde la puerta de la librería.

Supongo que tras él, mamá también estará a la espera de mi respuesta.  
No quiero mentir pero...

— No recuerdo su nombre — suelto encogiéndose de hombros y, antes de él pueda preguntar nada más, continúo caminando — . ¡Dile a mi madre que la veré en casa!



## Capítulo 8

### El gran día

Cuando me despierto vuelvo a estar empapada en sudor.

Al abrir los ojos he dejado atrás otra de mis espantosas pesadillas; aunque esta vez no era Oliver Raymond quien me perseguía, si no el jefe Turner. Es increíble cómo pueden cambiar con tanta rapidez las tornas del juego, ¿no? Un día el malo es muy malo y al día siguiente no lo parece tanto, en cambio, el que antes era bueno...

No puedo dejar de pensar en él.

Una parte de mí siente que he desperdiciado una oportunidad brillante, pero luego recuerdo lo confusa y extraña que me sentía en ese momento y soy incapaz de reprocharme nada.

Escucho los tacones de Charlene aporreando la madera del suelo y me preguntó por qué demonios habrá madrugado tanto — ¡son solo las siete de la mañana y es sábado! — , pero no tardo mucho en recordarme que hoy será la inauguración. El gran día ha llegado, así que Charlene estará hecha un flan y se comportará de un modo irritante e insoportable.

Me incorporo en la cama y compruebo a través de las cortinas que el día ha amanecido despejado, cosa bastante extraña en Bolsover. Quizás sea la cercanía con la bahía y las montañas lo que encierre aquí las nubes, no lo sé, pero lo que sí puedo asegurar es que jamás había visto con tanta asiduidad llover.

Desde aquí, puedo ver los bocetos que realicé la noche anterior antes de dormirme. En uno de mis dibujos, los ojos penetrantes de Oliver Raymond me observan a través de un cristal, en otro a través de una fina llovizna. He dibujado un tercer dibujo donde se puede ver mi antigua bicicleta hecha

pedazos, pero decido que de ése tendré que deshacerme cuanto antes para evitar que Charlene pueda verlo y formarse conclusiones erróneas. Seguro que termina arrastrándome a un psicólogo o algo similar.

Estoy deseando salir de casa y despejarme un poco.

Desde que recibí “el golpe” — me niego a llamarlo “el accidente” porque esa es la manera en la que, tristemente, hemos bautizado el día de la muerte de mi padre. El día del accidente — no he vuelto a pisar la calle, y creo que si no lo hago pronto terminaré enloqueciendo entre estas cuatro paredes.

Salgo de la cama, congelada, y me arrastro hasta el armario para coger una bata con la que abrigarme. Me gusta dormir en pantalones cortos y con camisetas de licra, porque me parece mucho más cómodo que enredarme en enormes pijamas que dan vueltas y vueltas alrededor de mi cuerpo impidiéndome moverme entre las sábanas, así que cuando me paro frente al espejo estoy prácticamente tapada con esos mini pantaloncitos y la camiseta negra de tirantes. Me quedo unos instantes observando los cardenales que me ha dejado el coche de Oliver y después bajo la mirada hasta mi rodilla vendada. Ya me he quitado la enorme gasa de la cabeza y la herida no parece tan grave sin ella, así que dejando de lado los hematomas amarillentos que luzco como ronchones por todo el brazo, mi aspecto es bastante bueno. Quizás, incluso, pueda aprovechar que el cielo está despejado para ponerme una camiseta de manga corta o algo similar.

Me coloco un chándal, me ato bien fuerte la bata y me decido a bajar a desayunar. Supongo que Charlene necesitará una buena dosis de ánimos para terminar de creerse que hoy todo saldrá bien.

— ¿Mamá? — inquiero, nada más abrir la puerta.

— ¡Abajo! — grita, con el timbre de voz tembloroso.

Me arrastro, aún medio adormecida, hasta la cocina.

Necesito varios segundos para entender qué está ocurriendo, porque toda la encimera y buena parte de la mesa está plagada de bandejas con comida; galletas, bocadillos, hamburguesitas, ¡de todo!

— ¿Qué te parece, Maddi? — me dice, con las manos dentro de un puchero

— . ¡He decidido dar un lunch!

Yo me quedo callada, inmóvil, intentando pensar en qué momento dejé de tener una madre normal.

— Pero...

— ¿No te parece una genial idea? — suelta, sin dejarme protestar — , estoy segura de que la gente se parará por curiosidad y... ¡bingo! ¡Caerán en el cebo!

Escondo mi rostro tras ambas manos y me dejo caer, rendida, en una de las sillas que hay frente a ella. No quiero imaginarme el chasco que se llevará si regresa a casa con todas esas bandejas de comida intactas.

Hasta las seis de la tarde aún faltan demasiadas horas, por lo que supongo que el día se convertirá en un calvario.

Comemos sobre la una y después, ya con el lunch preparado para la acción, nos dedicamos a prepararnos y arreglarnos. Charlene se entretiene en la ducha más de lo normal y, cuando llega mi turno, tengo que esperar cuarenta minutos a que se apague la luz del calentador para volver a tener agua caliente. Me visto unos vaqueros, una camiseta azul y unas botas finas, no tan gruesas como las que suelo usar en días de agua. A las cuatro de la tarde ya hemos cargado el coche con el lunch y estamos listas para abandonar nuestra casa.

De camino a la librería, me doy cuenta de que llevo puesta la chaqueta del accidente y de que aún conservo el trozo de camiseta que Oliver me cedió para taponarme la herida. Está sucio, lleno de sangre y pringoso, pero no lo voy a tirar todavía. No sé, quizás incluso, le haga una visita para devolvérselo.

— Oye, Maddi... — murmura Charlene justo cuando está terminando de maniobrar para aparcar el Volkswagen. Sé, por su tono de voz, que ha llegado el momento de la charla anti-nervios — , no te he dado las gracias aún... y, bu..., bueno...

Charlene tartamudea, desubicándose.

— ¿Qué ocurre, mamá? — pregunto, intrigada.

— Ya sé que tú no querías venir a Bolsover — suelta con los ojos cerrados y el rostro cargado de concentración — , que en Londres tenías a Rachel y que todo era más sencillo para ti... Pero, bueno, yo... Necesitaba esto.

Me mira con los ojos acuosos y temo que en cualquier instante pueda ponerse a llorar.

— Mamá, no tienes de qué preocuparte. Me gusta esto — aseguro, dándole unas pequeñas palmaditas en el brazo.

Pienso unos instantes en Rachel y decido que ni siquiera la echo de menos. ¿Por qué iba a hacerlo? No se ha molestado en llamarme para preguntarme qué tal... Suspiro hondo, volviendo a centrarme en Charlene y dando por perdidos tantos años de amistad.

— ¿Te gusta? — inquiera de nuevo, entreabriendo los ojos — . ¿De verdad?

Yo sacudo la cabeza en señal afirmativa y sonrío, justo antes de que ella se lance para abrazarme.

A veces mi madre puede llegar a ser taaaan... pastelosa. Pero en fin, no puedo cambiarla por otra y solo tengo una, así que tengo que quererla tal y como es.

Cuando terminamos de descargar el lunch y de colocar las bandejas, en vez de la apertura de una librería parece que vamos a abrir un bar. Queda tan poco espacio en el interior que al final tenemos que sacar una mesa con comida a la entrada, y mientras lo hacemos, mi madre sonrío como una tonta a todos los vecinos de Bolsover que nos vamos cruzando.

La verdad es que tengo que confesar que la tarde va sobre ruedas y que la inauguración está siendo un éxito. Las primeras personas no tardan en llegar y pocos minutos después la gente se aglomera en la calle, taponando la entrada. Beben, charlan, y para mi sorpresa, el lunch no tarda demasiado en desaparecer. Jodie y Randy acuden con unos cruasanes a modo de detalle y, cuando ya pensaba que Matthew no aparecería, le veo cruzar la acera con Gael y Donald.. Me saluda con el brazo en alto y yo le devuelvo el gesto, mientras me apresuro a buscar un posible escondite para perderle de vista.

Me adentro en la librería. Hay tanta gente en este pequeño habitáculo que las decenas de voces entremezcladas forman una especie de grito inentendible. Me quedo inmóvil unos instantes observando cómo los presentes valoran el gran trabajo que ha hecho mi madre y no puedo evitar henchirme de orgullo por ella. La verdad es que ha quedado genial; todas las paredes están cubiertas de estanterías repletas de libros que, a su vez, están ordenados por géneros y sagas. El escritorio, con sus velas aromáticas, parece un lugar de ensueño; idílico para pasar una tarde de lectura en otros mundos. Cada esquina desprende magia e incita a soñar y creer.

— ¡Eh, Madison! — me saluda Matthew.

Estoy preguntándome cómo demonios ha logrado hacerse hueco y entrar dentro, pero en lugar de preguntarlo en voz alta sonrío.

— ¿Qué hay, Matthew?

El muchacho se encoge un tanto de hombros y me señala la cabeza.

— Tiene mejor aspecto — grita, levantando el tono de voz por encima de los presentes para que pueda escucharle.

— Seguro — respondo, un tanto acalorada.

La situación, la gente, el espacio reducido... Todo me resulta asfixiante. Haciendo un gran esfuerzo por no golpear a la gente, me quito la chaqueta y consigo lanzarla a la silla que hay tras el escritorio de Charlene.

— Estás guapísima — me dice, sin poder ocultar una mirada de aprobación.

— Gracias, Matthew — murmuro, sonrojada.

— Bueno, esto... — continúa, tartamudeando levemente —, yo me preguntaba si el lunes por la tarde tendrías algo planeado.

“Piensa, Maddi, piensa...”, me digo a mí misma. Pero por mucho que piense, no se me ocurre nada.

— Mmmm...

— Hay partido de waterpolo en la piscina municipal — explica con rapidez,

sin darme tiempo a meditarlo — , suelen ser divertidos.

Y como por arte de magia, Charlene aparece en mitad del gentío y se lanza a mis brazos, emocionada, contándome que todo está saliendo genial. Y la verdad es que, pensándolo detenidamente, medio pueblo debe de andar aquí metido; no, tiene razón. No podía salir mejor.

También ayuda que sea sábado y que, por ejemplo Jodie, haya cerrado el restaurante para venir a la apertura. Consigo escaquearme de la sugerencia de Matthew con un “me lo pensaré” y me quedo pegada a Charlene para evitar cualquier conversación posible. Ella es la que habla por las dos, así que yo no tengo que hacer nada más que seguirla como un perrito faldero. El lado malo es que el jefe de policía Turner no se separa un solo segundo de nosotras.

Cuando la gente se marcha, nos preparamos para recoger; Charlene ha hablado con varias amigas — ¡qué capacidad de socialización! — y ha determinado que cenaremos en el restaurante de Jodie. Iremos tras adecentar el local.

Mientras Charlene barre y friega los suelos, yo me mantengo entretenida recogiendo las bandejas, ya vacías, y metiéndolas en bolsas de plástico. Voy cargando el maletero del Volkswagen hasta que todo queda impoluto y, después, decidimos pasear hasta la cafetería de Jodie. Mi madre, que está hecha un flan, no deja de pedirme opinión, preguntándome qué tal ha ido todo.

— Ha sido un éxito, mamá — aseguro por décima vez.

Ella sonrío y da palmaditas como una niña pequeña, incapaz de creerlo.

— ¡Oh, Maddi! — me dice, en la puerta de la cafetería — . ¡No te imaginas todo lo que esto significa para mí!

Yo le devuelvo una sonrisa cargada de ternura.

Sí, me lo imagino. Puedo ver lo ilusionada que está en el brillo de sus ojos.

Entramos y nos sorprendemos, una vez más, de lo abarrotado que se encuentra el ambiente. Jodie ha pasado toda la tarde en la librería así que parece increíble que en menos de una hora la cafetería esté tan llena; es como si los pueblerinos hubieran estado haciendo cola hasta que ella ha llegado y

abierto la puerta. ¿Qué demonios le echa Jodie al café? ¡Es increíble!

Las amigas de Charlene, que más o menos son mujeres de su edad, están sentadas en una mesa del fondo y nos saludan con la mano para indicarnos que nos han guardado el sitio. Puedo ver a Matthew con sus dos guardianes, Donald y Gael, al fondo, sentados en la misma mesa de siempre. También está Joanna con su grupito de amigas y otra cuadrilla de chicos un poco más joven que yo.

Mi estómago ruge, descontrolado, cuando el aroma a hamburguesas y patatas fritas con cátsup ataca mis fosas nasales. Puedo ver a Randy desde la cocina sacando platos a una velocidad vertiginosa, mientras Jodie los sirve en las mesas correspondientes.

Pedimos exactamente lo mismo que el resto de los presentes; hamburguesa con patatas fritas, y después nos sentamos junto a las amigas de Charlene.

No puedo evitar sentirme un poco incómoda cuando empiezan a hablar de sus maridos y mi madre se queda en silencio, pensativa, sin interferir en la conversación. Una de ellas, Karen, se percata del rostro de mi madre y desvía el tema hacia su hijo; pero eso tampoco ayuda demasiado. Charlene me tuvo demasiado pronto, por lo que los hijos de ellas son bastante más jóvenes que yo.

Me doy cuenta en ese instante de que, en realidad, Charlene y yo no somos tan diferentes como pensaba. Simplemente ella se esfuerza más que yo por caer simpática, nada más. Cuando nos dejan la cena frente a nosotras, ambas comenzamos a engullir sin prestar demasiada atención a las demás. Mi madre, por educación, emite algún que otro monosílabo de vez en cuando; pero poco más .

— ¡Oh, no! — exclama Karen, sin poder ocultar una mueca de horror en su rostro.

Las otras dos, que están sentadas frente a nosotras, se giran para poder observar a qué hace referencia. Siento cómo mi corazón se paraliza en ese instante y me cuesta respirar; como si mis pulmones se negasen a llenarse de aire.

Es él.

Es Oliver.

“Respira, Maddi, respira”, me recuerdo.

Una vez más, la cafetería ha quedado paralizada en el tiempo; la gente ha dejado de comer, no habla y el silencio es capaz de cortar el aire. Los rostros de horror, repugnancia, terror y rabia han invadido a los habitantes de Bolsover.

Oliver camina hacia la barra y, de repente, me mira. Siento cómo sus dos ojos penetrantes y profundos se clavan en mí, traspasándome el pecho y el alma. Me siento mareada y tengo que agarrarme a la silla por precaución; para no caer.

“Saluda, Madison, dile algo”, me dice una voz en mi cabeza. Pero todo es demasiado confuso y, para cuando me decido a actuar, el instante ha expirado. Ya no me mira; ahora está frente a la barra esperando a que Jodie le atienda.

— ¡Fuera de aquí! — grita una voz familiar de fondo.

Me giro levemente para comprobar que es Gael, el amigo de Matthew.

No puedo creer que, después de la ayuda que me prestó, no me haya dignado a saludarle; ni siquiera una breve sonrisa. No tenía por qué haberse dado cuenta nadie más que él, ¿no? Pero la presión que siento a mi alrededor es descomunal; como si el grupo de presentes me obligase a sentir odio, al igual que lo sienten ellos.

Me giro hacia Charlene levemente y me sorprende al ver que, al igual que los demás, mantiene una actitud hosca y fría. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando Oliver recoge la bolsa y me lanza otra mirada fugaz. No estoy segura, pero...

Camina hacia el exterior con rapidez, apremiado por las malas miradas que recaen sobre su espalda. Abre la puerta y cuando la cierra, el murmullo de las voces vuelve a recrearse en un tono de desaprobación.

Soy una imbécil y una estúpida por comportarme como ellos, ¿no? Los



siguientes dos segundos parecen eternos para mí; estoy debatiéndome sobre si debo levantarme y seguirle o quedarme sentada donde estoy, comiendo, fingiendo que no sé qué es lo que ha ocurrido.

Y al final, guiada por un impulso, me levanto de la silla de un salto y corro hacia la salida tropezando con varias personas.

— ¿Madison? — pregunta Charlene de fondo, con una nota de histeria en la voz.

El aire frío del exterior golpea mi piel semidesnuda.

Oliver está a unos metros de mí, de espaldas, caminando hacia su coche. No quiero ni siquiera imaginarme cómo debe de sentirse; o peor aún, cómo me sentiría yo en su lugar.

— ¡Oliver! — exclamo, echando a correr hacia él.

No se gira cuando escucha su nombre, así que deduzco que ya sabe quién soy y que se ha sentido decepcionado por mi actitud anterior. Consigo alcanzarle justo cuando se está subiendo a su coche y, como no tengo demasiadas opciones, lo rodeo por la parte delantera para impedirle abandonar el lugar y me subo a él por la puerta del copiloto.

— Bájate ahora mismo.

Su voz es fría, seca y directa. Es una orden.

— Yo... Yo solo... — tartamudeo un poco confusa —, bueno..., quería pedirte disculpas.

Oliver no responde, pero puedo ver de nuevo esa rabia contenida y ese dolor del que es preso en su interior. Alza la mirada hacia el retrovisor central y después la clava en mí.

— Parece que han salido a socorrerte — murmura, sin poder ocultar una sonrisa irónica —, bájate de mi coche, Madison, no te quiero aquí.

Pero yo me mantengo firme, con sus ojos oscuros escrutando mi rostro y un sentimiento de culpabilidad atormentándome.

— No — digo con voz seca.

Oliver abre los ojos como platos, impresionado por mi actitud.

— ¿No? — repite, confuso.

— No — confirmo yo.

— ¿Madison? ¡Madison, vuelve aquí, por favor! — escucho la voz de Charlene en el exterior y siento que, de un momento a otro, moriré avergonzada por ella.

Deslizo levemente la mirada a través del espejo retrovisor y compruebo que, efectivamente, Jodie, Charlene, Matthew, el jefe de policía y Gael están en el exterior. Me pregunto qué demonios harán ahí... Bueno, bien, entiendo que mi madre se interese por mis actos apresurados e incontrolados, pero... ¿Y el resto? ¿Qué interés pueden tener?

— Vas a meterte en problemas, Madison — me advierte Oliver —, y seguramente también me los crees a mí.

Tengo el pulso acelerado y la respiración descompensada.

Sin pensármelo dos veces, abro la puerta del copiloto y asomo la cabeza desde el Mercedes grisáceo para que los presentes puedan verme.

— ¡Espérame dentro, Charlene, tengo que hablar con Oliver!

Odia que la llame por su nombre en vez de llamarla mamá, más aún delante de la gente.

Pero me siento tan avergonzada por su comportamiento que no se me ocurría un modo mejor de evidenciar mi incomodidad con sus actos. Cierro la puerta del copiloto y deslizo, una vez más, la mirada a través del retrovisor central. No parece que tenga intención de cumplir mi deseo.

— ¿Qué estás haciendo? ¿Es que quieres que me lleven detenido?

— pregunta Oliver con el rostro perturbado.

— ¡No! — me apresuro a aclarar —, claro que no.

Recuerdo aquello que me dijo de que “nadie iba a desaprovechar la ocasión de verle entre rejas” y un escalofrío me recorre la columna vertebral.

— ¿Entonces? ¿Qué te pasa?

Suspiro hondo, buscando las palabras precisas para expresarme.

Mientras guardo silencio, me doy cuenta de varias cosas; el coche huele a fresas silvestres y está rematadamente limpio, cosa que me sorprende. Charlene es un desastre con la limpieza.

— ¿Madison? — repite, impacientándose al ver que nuestros espectadores continúan inmóviles.

— Yo solo..., quería disculparme por mi actitud. No debí comportarme así en la cafetería — explico de manera atropellada, con las manos sudorosas.

Y de pronto, Oliver sonrío. No es una de esas amplias sonrisas, sino más bien, una sonrisa de medio lado.

— Has hecho lo correcto, Madison — me aclara con pesar — , no deberías hablar conmigo. No soy bueno para ti.

“No soy bueno para ti”. “No deberías hablar conmigo”.

— ¿Por qué lo dicen ellos? ¿O por qué tú no quieres que hable contigo?

Él se lo piensa.

— Ambas cosas — responde finalmente.

“No te creo”, pienso, pero las palabras se pierden en mi garganta.

Alzo la mirada hacia el retrovisor y veo que mi madre y el jefe Turner están sumidos en un debate; seguramente, pensando si deben venir a buscarme o no. ¡Esto es absurdo! ¡Terriblemente absurdo!

— Yo... — susurro en voz baja, buscando las palabras — , bueno, a mí... me gustaría volver a verte.

— No te entiendo, Madison — replica, desviando la mirada hacia la luna delantera — . ¿Es que eres masoquista o algo así?

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada, pero en el momento me arrepiento pensando que quizás le haya ofendido. Él continúa serio e inmóvil. Y entonces dos golpes secos en mi ventanilla distraen mi atención. ¡Oh, Dios, no puede ser!, pienso, avergonzada, mientras un rubor recorre mis mejillas. Es mi madre, con el rostro repleto de preocupación. Y como no, tras ella, se

encuentra el jefe Turner.

— Vete, por favor, o esto terminará muy mal para mí.

— Yo solo quiero saber..., que volveré a verte... nada más.

Charlene vuelve a aporrear la ventanilla, creando tensión en el ambiente.

Oliver suspira, frustrado, y aprieta las manos alrededor del volante.

— Vete.

Me doy cuenta de lo temblorosa que me siento cuando estiro el brazo para tirar de la manilla de la puerta y salir al exterior. Una ansiedad que hasta ahora había sido desconocida para mí me oprime el pecho y, cuando me bajo, veo cómo sin esperar más de dos segundos arranca y sale disparado calle abajo. Me quedo mirando fijamente el coche grisáceo hasta que al final lo termino perdiendo de vista y después, me giro para prestar atención al cúmulo de reproches que provienen de mi espalda.

— ¡Pero es que te has vuelto loca! — grita Charlene — ¡Qué demonios pasa contigo, Madison!

El jefe de policía y Jodie procuran calmarla mientras que yo, aprieto los puños con fuerza para no saltar en su contra.

— ¿Cómo demonios puedes comportarte de esa manera tan estúpida e irracional, Madison? — grita de nuevo — . ¡Te creía muchísimo más madura y responsable!

Al final, no puedo resistirlo.

Me giro hacia ella pensando que lo mejor será no contestarle; estoy segura de que Scott Turner estaría encantado de vernos discutir. Pero tampoco puedo callarme, no ante esta injusticia. No ante este maltrato que mi madre acaba de presenciar.

— ¿Pero se puede saber qué he hecho, Charlene? — digo, conteniendo el tono de mi voz para no ponerme a gritar como ella — . ¡Oliver sólo es un amigo!

Una exclamación mordaz se forma detrás de nosotras y veo a Jodie taparse la

boca con ambas manos, impresionada.

— Esta tía no sabe lo que está diciendo... — murmura Gael.

Veo por el rabillo del ojo que regresa con expresión rendida al interior de la cafetería, así que quedamos Jodie, Turner, Charlene, Matthew y yo.

— Te dije que no te acercases a él, Madison — me recrimina Matthew con expresión dolida — , te advertí de que era peligroso.

Jodie se acerca hasta su hijo y lo estrecha entre sus brazos, mientras mi madre, confusa, se masajea las sienes.

— ¿Pero qué os pasa con él? — pregunto, intentando no alterarme — . ¿Qué os ha hecho para que le odiéis tanto?

Si me quedo aquí dos minutos más explotaré, así que decido darles la espalda y hecho a caminar calle arriba. Aún estoy en manga corta pero la rabia que corre por mis venas me impide sentir el frío, a pesar de que, a lo sumo, habrá tres o cuatro grados.

— ¡Es un asesino, Madison! — exclama el jefe de policía Turner — . ¡No te acerques a él o tendrás problemas!

Finjo no escucharle y aprieto el paso, aunque en mi mente no puedo dejar de repetir la primera frase de Turner. Un asesino; ¡Oliver es un asesino!

Continúo caminando apresurada calle arriba para perderles de vista, pero cada vez me cuesta más mover las piernas y el peso de mi propio cuerpo comienza a convertirse insoportable.

No puede ser. No puede ser un asesino.

Llego a casa con las manos temblorosas, siendo consciente de que la curiosidad que sentía por él se ha convertido en algo más; en un imán. Algo que me atrae, algo que me atrapa. Pero, ¿cómo puedo creer que es un asesino cuando se ha comportado de esa manera conmigo? Tampoco ha sido el samaritano perfecto, pero desde luego, no parece una persona despiadada y capaz de arrebatarle la vida a otra.

Más bien, lo contrario.

Algo en mi interior me dice que él es esa persona a la que le han arrebatado la vida.

Necesito unos instantes para relajarme y pensar, así que me quito la ropa y me introduzco en la ducha. El agua caliente hace efecto de inmediato, destensando mis músculos y relajándome, aunque cuando me envuelvo en la toalla el efecto desaparece de inmediato.

Me siento..., atormentada. Es extraño, porque en realidad esa persona no debería importarme ni interesarme. ¿Me estoy volviendo loca? ¿Por qué tengo ese especial interés en él? ¿Por qué no me lo saco de la cabeza de una vez por todas? ¿Qué más me da a mí cómo le traten los demás?

Respiro hondo varias veces hasta que, finalmente, me armo de valor para introducir su nombre en las búsquedas de internet: “Oliver Raymond”, y aunque no quiero creer lo que el jefe de policía Turner me dice, compruebo las mil noticias de los periódicos que enlazan su nombre con pesar.

“Oliver Raymond; principal sospechoso del asesinato de su mujer, Katie”.

“Asesinato en Bolsover”

“Bolsover llorará la muerte la joven Katie Raymond”.

Voy deslizando el dedo para pasar de una noticia a otra leyendo entre líneas y superficialmente, incapaz de centrar mi atención en nada específico. En ninguna de esas primeras planas leo que haya sido condenado, tan solo acusado. Doy por hecho que, si está en libertad, es porque habrá salido inocente de todos los cargos, ¿no? Deslizo la yema del dedo por el nombre de Oliver y lo estiro hasta detenerlo en el de su mujer; Katie. Está casado. Bueno, mejor dicho, estuvo casado. ¿Qué edad tendrá? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho? ¿No es demasiado joven para ser un... viudo?

No puedo evitar sobresaltarme cuando la puerta en el piso de abajo se cierra de un portazo. Charlene ya ha vuelto, pero lo último que me apetece es tener que cruzar una sola palabra con ella, así que apago las luces de mi habitación y me introduzco en la cama aún envuelta en la toalla.

Sé que hoy me costará muchísimo conciliar el sueño, pero comienzo a sentir un punzante dolor de cabeza y la oscuridad me alivia.

¿Cómo murió Katie Raymond?, me pregunto, incapaz de centrarme en otra

cosa.

## Capítulo 9

### La búsqueda

Me he despertado a las seis de la mañana, espantada por otro mal sueño. En él, el jefe de policía Turner perseguía a Oliver por un terraplén, intentando darle caza como si se tratara de un animal. No recuerdo cómo terminaba mi sueño, pero veía con claridad a Turner levantar la pistola en dirección a Oliver. El policía apretaba el gatillo y un estruendo ensordecedor resonaba en el mismo instante en el que yo abría los ojos, protegida por las paredes de mi habitación, sintiéndome de nuevo segura en mi hogar.

Han pasado más de quince minutos pero aún no he conseguido estabilizar mi respiración ni levantarme de la cama. Tampoco me apetece mucho encontrarme con Charlene, aunque sé que no puedo quedarme aquí encerrada el resto de mi vida y que algún día tendré que dar la cara.

Me deslizo entre las sábanas, me visto unos vaqueros y un jersey gordito y bajo de forma sigilosa al piso de abajo. Como era de esperar, mi madre continúa durmiendo, así que aprovecho la ocasión para escribirle una nota rápida y decirle que estaré desayunando en la cafetería de Jodie.

¡Uf, Jodie!

En realidad, no me apetece enfrentarme a nadie y sé que hoy seré el blanco de los cuchicheos de todo el mundo. No sólo soy la nueva, la recién llegada, sino que además confraternizo con el asesino de Bolsover. ¡Genial!

Salgo de casa cerrando la puerta con suma delicadeza y echo a caminar calle abajo, entristecida por haber perdido mi bicicleta. Me pregunto si sería capaz de coger el coche y conducir unos metros, tan sólo hasta alcanzar la cafetería



de Jodie... Pero el solo hecho de imaginarme sentada en el asiento del conductor me paraliza, me crea ansiedad.

El domingo ha amanecido encapotado, con un cúmulo de nubes grisáceas sobre Bolsover, como es habitual. El suelo está encharcado y cae una pequeña llovizna que no tiene pinta de que vaya a cesar, así que agradezco haber escogido mis botas de agua para pasar la mañana.

Cuando entro en el local, el aroma de los cruasanes recién salidos del horno me abre un agujero en el estómago. Jodie me observa con una mezcla de recelo y malhumor y no me da los buenos días, pero yo le sonrío igualmente. No he hecho nada de lo que deba avergonzarme, estoy segura de ello. Y me siento orgullosa.

— ¿Café y cruasán? — pregunta, torciendo el gesto en una mueca de desaprobación.

Yo asiento en silencio y cuando me sirve, me alejo hasta una de las mesas del fondo.

Todos me examinan, así que doy por hecho que la noticia se ha extendido por el pueblo con tanta rapidez como la peste. Como una enfermedad contagiosa que va inundando cada cerebro, pudriéndolo.

Estoy convencida de que ninguno de los presentes cree en la inocencia de Oliver; ni siquiera se lo han llegado a plantear.

— ¿Puedo sentarme? — me pregunta Jodie, frotándose las manos en el delantal con cierto desasosiego.

Ha dejado un café en la mesa y, antes de que yo pueda responderle, toma asiento.

Se queda en silencio removiendo el café con lentitud mientras yo la escruto, incapaz de comprender qué puede querer de mí.

— Ya sé que acabas de llegar y que todo esto es nuevo para ti, Madison — me dice con el tono dulce que aplicaría una madre comprensiva — , pero debes tener cabeza y escuchar a las personas que tienen más experiencia que tú.

Clavo mi mirada en sus ojos, pero me mantengo en silencio esperando para ver a dónde pretende ir a parar.

— Nadie te lo ha contado, ¿verdad?

— No.

Ella le da un pequeño sorbo al café y resopla, contrariada.

— No me gusta tener que ser yo quien lo haga, pero si vas a vivir aquí, deberías saber cómo ocurrió...

Se queda unos segundos sumida en un absoluto silencio, recapitulando en su memoria. Después, resopla de nuevo con cansancio y comienza la historia.

— Oliver y Katie comenzaron a salir muy jóvenes, con catorce o quince años. Eran una de esas parejas que llevaba juntas desde siempre, desde niños, así que cuando a los dieciocho años nos dijeron que se querían casar, nadie se sorprendió — explica Jodie, parando de vez en cuando para ordenar sus recuerdos — . Ella pertenecía a una de las familias más importantes del pueblo. Sus padres tenían dinero, propiedades y preparaban un buen futuro para Katie, así que no les agradaba en absoluto la idea de que contrajera matrimonio con él, con Oliver. Él era..., un chico rebelde. Solo tenía a su padre, pero murió poco después de que tuviera lugar la ceremonia. Solía meterse en algún lío que otro, pero después de la boda, los padres de Katie se negaron a continuar pagando los gastos del joven matrimonio y Oliver tuvo que sentar la cabeza y comenzar a trabajar.

Como era de esperar, los Lawrence decidieron compadecerse de ellos regalándoles una buena suma de dinero con la que comenzar su vida, y Katie supo cómo aprovecharlo. Esa chica siempre había sido lista, muy lista... Poco después se marcharon de Bolsover dejando al joven matrimonio a cargo de las propiedades de las que disponían aquí.

Todo parecía perfecto para Oliver; era como si le hubiera tocado, de golpe y porrazo, la lotería — se ríe Jodie, con la mirada clavada fijamente en la pared del fondo — , hasta que un día ella apareció muerta. La habían apuñalado.

Trago saliva con un nudo en el estómago, sospechando que ha llegado la parte poco agradable de toda esta historia.

— ¿Quién? — susurro con un hilillo de voz.

Jodie enarca las cejas con ironía y yo no tardo mucho en comprender que, evidentemente, sí que cree que Oliver es el asesino de su difunta mujer.

— Al principio todos nos volcamos en él. Pensábamos que estaría destrozado y le brindamos todo nuestro apoyo y cariño — suspira Jodie, dolida — . No había una sola persona en este pueblo que no quisiera a Katie; era cariñosa, amable y altruista. Pero poco a poco comenzaron a salir a la luz las pruebas, los hechos... Ella había muerto desangrada en su coche, mientras conducía en dirección al hospital. No había tenido el tiempo suficiente como para llamar a la policía, pero había dejado escrito el nombre de su asesino en la pantalla de su teléfono.

— Oliver...

— Sí, Oliver — me confirma, sin detener su historia — . Aunque entonces se convirtió en el principal sospechoso del caso, no había pruebas suficientes para condenarle, ni mucho menos, así que la investigación siguió su curso. Se barajó la posible idea de que se tratase de un robo, porque la cartera de Katie había desaparecido, así que esperaron a ver si alguien utilizaba alguna de sus tarjetas de crédito, pero eso tampoco ocurrió.

Cuando el caso tomó esa dirección, un vecino de Bolsover realizó una llamada a la policía para avisar de que Oliver Raymond había estado merodeando por el exterior de su barrio a las cuatro de la madrugada y mandaron a un coche patrulla a peinar la zona; ya que, por aquel entonces, Oliver seguía siendo sospechoso del crimen. No le encontraron allí, pero sí que dieron con la cartera de Katie. La había tirado en uno de los contenedores de basura de la zona.

Jodie hace una pausa, esperando por si yo tengo alguna pregunta. Como no es el caso, continúa.

— Las pruebas volvían a señalar a Oliver, y todo terminó de confirmarse cuando la policía descubrió que dos días antes, el joven había sacado dos cuantiosos seguros de vida para él y su mujer. Ahora que había muerto Katie, Oliver Raymond no solo heredaría todas las propiedades que los Lawrence le habían cedido a Katie, si no que, además, cobraría el seguro de vida de su

mujer.

— Pero eso no tiene por qué...

— El juez dictaminó que no eran suficientes las pruebas para condenarlo, así que quedó en libertad. Oliver contrató para su defensa a uno de los mejores abogados del país, claro, así que no le pusieron las cosas demasiado difíciles.

Arranco un pedacito de cruasán y me lo trago, intentando deshacer el nudo que se ha formado en mi garganta.

— En Bolsover todos adorábamos a Katie. Era una buena niña... Una muy buena — murmura con aire soñador Jodie, sin dejar de revolver la taza semivacia de su café.

— ¿Y él? ¿No debería ser inocente hasta que se demuestre lo contrario?

Jodie, que pretende dar por zanjada la charla, se levanta lentamente.

— Es el asesino de Katie. El jefe Turner se desvivió en esa investigación pero, como siempre, el dinero puede comprar cualquier cosa, excepto la inocencia. Oliver pagó por su libertad, pero aquí todos sabemos quién es y lo que hizo, y mientras se quede en este pueblo, nosotros impartiremos nuestra propia justicia.

Vuelvo a tragar saliva, impresionada por la dureza de las palabras de Jodie.

— Tú puedes actuar como quieras, Madison — me dice, endulzando de nuevo su tono — , pero él jamás será bienvenido en Bolsover.

— ¿Y qué fue de los padres de ella? — pregunto, intentando retenerla unos segundos más — . ¿Están en Bolsover?

Jodie niega.

— Todo esto les recordaba demasiado a Katie... así que terminaron vendiendo la casa y marchándose — concluye, evidenciando que ahí se ha terminado la conversación.

La veo alejarse, frotándose las manos en su delantal, para después perderse detrás de la barra y tomarle el relevo a Randy.

Voy haciendo pedacitos el cruasán mientras pienso en todo lo que Jodie me acaba de relatar, pero lo único en lo que mi cabeza reincide es en que “no fue él”. No pudo serlo. Si hubiera sido Oliver el asesino de su mujer, ¿no se habría marchado del pueblo? Se supone que es rico, o al menos que tiene mucho dinero, ¿no? ¿Entonces qué hace aquí torturándose día tras día? ¿Soportando las malas caras y las miradas acusatorias? ¿Los rostros de repugnancia y la ira de algunas personas? No tiene sentido. O al menos, no lo tiene para mí.

Escucho la campanilla de la puerta al fondo y alzo la mirada para descubrir a Charlene entrando con paso sigiloso. Tiene mala cara; está muy pálida y parece no haber pegado ojo en toda la noche. Supongo que habrá venido a buscarme — o al menos con la esperanza de encontrarme aún aquí —, porque pocas veces la he visto salir de casa en chándal. Me ve al fondo y asiente una vez, dirigiéndose en mi dirección. De camino a mi mesa, saluda a Jodie, a Randy y a un par de vecinos más. Tengo la sensación de que la gente la observa con cierta melancolía, como si sintieran lástima hacia ella. ¿Será por mí? ¿Por mi comportamiento de la noche anterior?

— Hola, Maddi — me dice, sentándose a mi lado.

Parece que viene en son de paz, aunque por ahora tampoco puedo estar muy segura.

— Hola, mamá — respondo, cogiendo unos pedacitos de cruasán y llevándomelos a la boca —, ¿qué tal?

Procuro aparentar un tono despreocupado y no entrar en una discusión. Ella tuerce una mueca de disgusto.

— ¿Por qué no has esperado a que me despertase?

Continúo masticando el cruasán con la vista fija en el plato. Pues sí, parece que se acabó la paz. Cuando levanto la mirada hacia Charlene, tengo la sensación de que sus ojos están acuosos. No tiene en absoluto buen aspecto.

— No sé, Maddi... Creo que hay cosas que tenemos que hablar, ¿no?

Yo me lo pienso un instante, aunque tampoco necesito demasiado tiempo.

— No lo creo — concluyo.

— ¡Por Dios, Madison! — exclama, evitando elevar demasiado la voz para no captar la atención de los vecinos — ¡No le conoces de nada!

Y entonces me acuerdo de la sonrisa irónica de Oliver y no puedo evitar imitarle.

— Ya, pero tú tampoco, ¿verdad?

— ¿Y qué quieres decirme con eso?

Aparto el plato con los pedacitos de cruasán que están frente a mí y me levanto.

— Que tú tampoco le conoces, que no sabes si es un asesino o no — replico, levantando un poco el tono de mi voz. Me doy cuenta de que las miradas se vuelven hacia nosotras, pero me es indiferente y continúo — , no sabes quién es, ni cómo es, ni cómo se llama. Te has formado unos prejuicios absurdos cuando tú eres la primera que siempre ha repetido que jamás hay que juzgar sin conocer.

— Maddi...

— No, mamá... — musito, alejándome hacia la puerta.

La llovizna que caía por la mañana se ha ido intensificando. No me apetece, en absoluto, regresar a casa, así que comienzo a caminar sin rumbo hasta que decido ir a la bahía. No dejo de darle vueltas a los hechos que me ha contado Jodie, y aunque sigo confiando — por alguna razón que no soy capaz de explicar — en la inocencia de Oliver, por fin comprendo mejor al resto de los vecinos. Incluso, casi, puedo llegar a entenderles.

Echo de menos mi antigua bicicleta y por primera vez me doy cuenta del tiempo real que ocupa acudir de un lado a otro caminando. Cuando alcanzo el paseo de la bahía, casi es la hora de comer.

Me siento bajo un saliente y me quedo mirando el mar, tranquilo y pacífico. Veo desde aquí una pequeña figura nadando y un escalofrío recorre mis

extremidades al pensar lo fría que debe de estar el agua. Pero ese pensamiento no dura demasiado, porque no soy capaz de concentrarme en otra cosa; sólo en Oliver Raymond. En lo joven que es, lo joven que se casó y lo joven que enviudó. Pienso que ha tirado su vida a la basura y que mientras se quede en este pueblo seguirá auto-torturándose. ¿Y si la verdadera razón de que no se marche es esa? Quizás se sienta culpable, de algún modo, y quiera pagar por ello.

Quiera redimirse.

Veo que la figura sale del agua y camina hacia unas rocas, supongo que para vestirse o coger la toalla. ¡Madre mía! ¡El agua tiene que estar congelada! Y aún así, una parte de mí siente cierta envidia por él o ella. Me gustaría poder desnudarme y lanzarme a la mar a pesar del frío o del miedo que me suponen las corrientes, pero soy demasiado cobarde — en todos los sentidos de la palabra — .

Diez minutos después, la lluvia comienza a intensificarse con fuerza y observo desde el horizonte un grupo de nubarrones negros aproximándose a Bolsover. Estoy convencida de que en las próximas horas se descargará una tormenta sobre el pueblo, así que será mejor que regrese a casa y no tiente demasiado a la suerte. Después de mi paseíto en manga corta de ayer, noto ciertos efectos secundarios que, me temo, podrían transformarse en una gripe si no actúo con precaución.

Me levanto y echo a caminar cuesta arriba, pensando para mí misma que mientras siga viviendo en este pueblo tendré que acostumbrarme a llevar encima un paraguas.

No he avanzado más que unos cuantos metros cuando la tormenta comienza a descargarse sobre mi cabeza, hundiéndome de arriba abajo en tan solo unos pocos segundos. Acelero el paso pero es inútil; llegaré terriblemente calada a casa, así que no tiene sentido correr. Avanzo otros pocos metros más y, de repente, escucho el silencioso murmullo del motor de un vehículo a mis espaldas. Al principio no me giro, pero después me doy cuenta de que ha disminuido la velocidad para no sobrepasarme y no puedo contener la curiosidad.

— ¡Oh!

Me quedo inmóvil clavada en el suelo preguntándome qué demonios hace él aquí. ¿Acaso sí me está persiguiendo? El coche avanza unos metros más hasta detenerse completamente junto a mí, después baja la ventanilla.

— ¿Te has propuesto coger una pulmonía? — me pregunta con una sonrisa... ¿traviesa?

Ni siquiera parece la misma cara del chico atormentado con el que hablé ayer. Me fijo en que su rostro parece más joven, como si sus facciones se hubieran suavizado. Aún tiene cierto horror impreso en el semblante, pero parece encontrarse... mejor.

— Más o menos...

No sé muy bien cómo actuar ahora que sé la historia. Ahora que no estoy en la sombra de la ignorancia.

Él enarca las cejas y me vuelve a sonreír.

— ¿Entonces, no subes?

No respondo; rodeo el coche y me introduzco de manera sigilosa en el asiento del copiloto. Oliver aumenta el nivel de la calefacción y me pregunta si tengo frío. Hasta ese instante no me había dado cuenta, pero él también tiene el pelo mojado.

— ¿Has salido a caminar? — inquiero, sin responderle a su pregunta.

Él niega en silencio.

— A nadar — especifica.

— ¡Oh!

Era él.

No sé por qué no me sorprende...

— Ya no está tan mal el golpe, ¿no? — dice, señalando mi cabeza — . ¿Qué tal la rodilla?

Puedo notar el cambio de actitud que tiene hacia mí, aunque no consigo



explicarme la razón.

— Mejor, mucho mejor — admito.

Él guarda silencio unos segundos, mordiéndose el labio.

Es tan guapo..., que no puedo entender cómo una persona que lo tiene todo puede vivir tan atormentada como él. Le observo ensimismada mientras se muerde su carnosos labio inferior y tengo la sensación de que está debatiéndose consigo mismo.

— ¿Qué ocurre, Oliver? — pregunto.

Aún no me he acostumbrado a pensar en él por su nombre, pero suena... bien.

— Me pregunto si me tienes miedo... — admite, lanzándome una breve mirada.

No puedo evitar volver a recrear su media sonrisa irónica.

— No, no te tengo miedo.

Vuelve esos ojos penetrantes hacia mí, pero no tarda en apartar la mirada. Es como si él fuera un vampiro y yo su sol, ardiente y abrasador. Como si le torturase todavía más el hecho de mi presencia.

— ¿Y tú a mí? — me aventuro.

Se encoge de hombros, aún sin volver el rostro hacia mí.

— ¿Por qué? — continúo, envalentada.

— No creo que me merezca poder estar con gente como tú, Madison — confiesa, hundiendo su semblante en las sombras.

— ¿Y por qué no ibas a merecerlo, Oliver?

No me responde, pero puedo ver cómo el tormento crece en la mueca que expresa su semblante. Tamborileo con los dedos, presa del nerviosismo, encima del salpicadero.

— ¿Qué hacías aquí, sola?

Me encojo de hombros sin saber explicarme; ¿qué puedo decirle? ¿Qué necesitaba pensar sobre lo que le ocurrió?

Al ver mi falta de respuesta, vuelve a poner el coche marcha arriba y conduce sin preguntarme, con la vista fija en la cuesta que asciende hacia el pueblo. Pero en vez de girar en dirección a Bolsover, toma un desvío a la derecha y comenzamos a subir otro pequeño terraplén, rodeado de árboles, arbustos y una espesa vegetación.

La tormenta ya ha comenzado a descargarse con fuerza y ahora los rayos relampaguean en el horizonte, provocando pequeños estruendos de vez en cuando.

Oliver detiene el coche en mitad de un claro que parece insertado sin sentido en la montaña. Me pregunto si yo — o Charlene, mejor dicho — conseguiría meter el coche en ese agujero y sacarlo sin quedarme tirada...

— Suelo venir aquí cuando necesito... pensar.

Las vistas son indescriptibles.

Debajo de nuestros pies, la bahía se abre paso con su oleaje, ahora más salvaje, mientras el cielo encapotado se extiende sin límite. El paseo que rodea la bahía también se puede ver y me fijo en que, desde esta perspectiva, parece una serpiente zigzagueante que comienza a ascender la montaña. Oliver apaga el motor del coche y el funcionamiento de los limpiaparabrisas se detiene, de manera que en muy pocos segundos comienza a emborronarse nuestra visión y nos vemos obligados a contemplar el paisaje a través de un millar de pequeñas gotitas de agua. Pero poco después queda cubierto completamente por una película de lluvia y, aunque no es tan cómodo como observar con el cristal despejado, la vista es buena.

Ahora que el motor está apagado podemos perdernos en los sonidos de la tormenta. Nos quedamos absortos, sumidos en la belleza que nos ofrece la naturaleza hasta que, al final, Oliver rompe el silencio.

— Ayer sabías... — suspira, como si le costase encontrar las palabras — , ayer sabías que te meterías en un lío por subirte en mi coche y..., bueno, parecía darte igual. Parecía que sentías rabia hacia ellos, en vez de hacia mí...

Yo le miro, pero una vez más, él parece incapaz de devolverme la mirada. Por una parte lo agradezco, porque siento que esos profundos ojos son, de alguna manera, demasiado hipnóticos.

— Sentía rabia hacia ellos, sí — aseguro, pensativa, recreando la imagen del jefe de policía de Bolsover en mi cabeza.

Es una mala persona, lo sé, aunque no puedo explicar por qué.

Es como si tuviera una brújula interna que me señalase el interior de los cuerpos humanos, de las almas, y me explicase cuál está limpia y qué otra se ha ennegrecido.

— ¿Por qué?

Puedo ver la confusión en su rostro; el desconcierto.

Quiero que se gire hacia mí para que vea que yo no le juzgo, pero no lo hace. Continúa con la vista fija en el horizonte y, cuando sigo la dirección de su mirada, compruebo que está teniendo lugar una tormenta eléctrica.

— Por lo que te están haciendo — respondo con sequedad, esperando que eso explique mi comportamiento.

Entiendo muy bien lo que Jodie me ha explicado esta mañana pero... ¿Quiénes se creen que son para actuar cómo jueces y verdugos?

— Y supongo que ya te habrán contado lo que yo hice... — susurra en voz muy baja, torciendo una mueca de dolor en su rostro.

— Sí.

Él guarda silencio de nuevo.

Parece que esta conversación es demasiado confusa para Oliver, demasiado difícil de entender. Me gustaría poder hablarle con claridad y explicarle todo lo que sé y lo que siento al respecto, pero tampoco noto la confianza suficiente para hacerlo. Como bien me ha dicho Charlene, no le conozco, y de algún modo prefiero morderme la lengua a arriesgarme y quizás herir sus sentimientos.

— ¿Y bien...?

Y entonces me mira.

Su rostro vuelve a ser un cuadro de dolor y sufrimiento..., tan real, tan expresivo, que siento cómo su ansiedad y su suplicio me traspasan la piel y se convierten en míos.

— Yo... yo no creo lo que dicen — aseguro con la voz firme. No quiero que presienta duda en mí — . No creo que tú seas el culpable.

Resopla, abatido, y vuelve a fijar la mirada en la tormenta eléctrica como si yo no estuviera presente.

Escucho la vibración de mi teléfono móvil y presiento, sin siquiera mirarlo, que se trata de Charlene; así que decido ignorarla conscientemente. Estoy demasiado herida con ella y además, no me apetece estropear este momento.

Es extraño que ahora me sienta bien.

Es como si mi cuerpo sintiera ansiedad por estar a su lado, por saber de él, por entenderle.

Oliver es como un misterio que me pertenece y que me corresponde resolver.

— ¿Tienes miedo de que te secuestre?

No puedo reprimir una risita estúpida ante su pregunta.

— No, no tengo miedo.

Él sonrío levemente. Es una sonrisa fugaz que no dura dos minutos, pero me reconforta verla.

— Está bien... ¡Voy a secuestrarte! — avisa, accionando de nuevo el motor.

Los parabrisas vuelven a funcionar automáticamente, despejando de nuevo nuestra visión mientras Oliver saca el coche del barro accionando la marcha atrás.

— Si te doy permiso, creo que deja de ser un secuestro...

Vuelve a sonreír, y esta vez su sonrisa se amplifica.

Retrocedemos el camino que lleva hasta la subida del pueblo y después, tomamos la salida a la carretera nacional. Me pregunto a dónde me llevará...,

pero no digo nada porque prefiero llevarme una sorpresa.

Mientras conduce, no siento ninguna ansiedad en mí; más bien lo contrario. Oliver me proporciona cierta seguridad que hace que mi estado anímico se estabilice aunque circule a más de ciento cincuenta kilómetros por hora y esté diluviando. Estoy tan relajada, que me distraigo totalmente de la carretera y regreso a la conversación que he tenido con Jodie esta mañana para repasar algunos detalles. Hay una cosa que no entiendo... Ella ha dicho que un vecino llamó de madrugada para decir que Oliver merodeaba cerca y, más tarde, encontraron allí la cartera de su mujer. Después el juez dictaminó que las pruebas no eran concluyentes para condenarle, pero... ¿No había un testigo? ¿Y quién era ese vecino?

Cuando quiero darme cuenta, Oliver está aparcando el coche frente a una de las tiendas de la cadena de "Sport Time". Le miro de reojo y, aunque no vuelve su rostro hacia mí, una vez más presiento que luce esa media sonrisa irónica que tanto me gusta.

— Creo que te debo una bicicleta, ¿no? — pregunta, con tono jocoso.

Parece estar de buen humor y eso me sorprende.

Siento que es... un tiovivo de emociones, y no lo entiendo.

— No me debes nada — señalo con brusquedad, a pesar de que agradezco el detalle — , yo fui la que se estrelló contra su coche.

Él asiente.

— Así fue, pero el culpable siempre es el que conduce por detrás, ya te lo expliqué — asegura, aún con su buen tono de voz — . Si me hubieras denunciado, mi seguro habría tenido que pagar los daños de la bicicleta y los gastos del hospital. Además..., seguramente..., Turner no habría desperdiciado la ocasión para abrir una investigación — añade, con el rostro ensombrecido de nuevo.

Es como si en su interior estuviera teniendo lugar una lucha constante.

— De todas maneras, no me debes nada. Fui yo la que no quiso denunciar...

Ignorándome, desciende del vehículo y camina en dirección a mi puerta para

abrirla.

— ¿No tengo opciones, verdad?

Él niega, divertido, mientras yo me bajo del coche.

— Diga lo que diga, me comprarás esa bicicleta... — murmuro para mí misma.

— Exacto — asegura, todavía de mejor humor que antes.

— Gracias, papá — bromeo, en un susurro.

Oliver es incapaz de reprimir una carcajada y eso revuelve mi interior.

Mientras cruzamos el umbral de la puerta del Sport Time, no puedo evitar preguntarme cómo sería él antes de todo esto. Antes de que su mujer muriera, antes de que todo el mundo le odiara, antes de tener que pelear con la justicia para demostrar su inocencia.

Una pequeña parte de mí, muy de vez en cuando, se pregunta: “¿y si en realidad todos tienen razón y es culpable?” Pero presiento que mi brújula interior funciona bien y, aunque sea solo por una vez, estoy en lo cierto con lo que respecta a su inocencia. Camino absorto a su lado recreando la imagen de Oliver acuclillado, llorando desconsoladamente tras haberme atropellado.

La culpa no le había dejado marcharse sin más, pero sabía que un error como éste, un pequeño accidente del que cualquiera podría haber sido responsable, hubiera marcado otro antes y después en su vida. De nuevo.

¿Qué pensaría la gente? ¿De verdad el jefe Turner abriría otra investigación por algo tan... cotidiano y absurdo? ¿Sería eso suficiente para terminar de remarcar su culpabilidad entre el vecindario de Bolsover?

— Escoge una — me pide, parándose en frente de la sección de bicicletas de paseo.

La verdad es que me da igual una que otra, así que señalo la que tengo en frente con indiferencia.

Él suelta otra pequeña risita y yo no consigo comprender qué es lo que tiene tanta gracia.

— Tienes buen gusto — señala, sonriente, sacando la bicicleta del soporte para arrastrarla hacia la cajera.

Termino de comprender todo cuando Oliver paga en caja trescientas diez libras por la bicicleta. ¡Dios míos! ¡Tres trescientas diez libras es demasiado dinero!

Sé que tiene dinero, sé que cobró la herencia y lo que correspondía al seguro pero... ¡No puedo permitirselo!

Me detengo en seco a pocos metros de la entrada y cruzo mis brazos en jarras. Oliver siente mi ausencia después de caminar un par de pasos y se gira en mi dirección.

— ¿Qué ocurre?

Yo mantengo mi postura, firme.

— Devuélvela, por favor — suplico —, es demasiado dinero. No voy a aceptarla.

Una vez más, la sonrisa se ilumina en su rostro de actor de cine y suelta otra pequeña carcajada.

Apoya el manillar de la bicicleta contra la pared y camina hasta mí, hasta quedar a un paso de distancia.

— Madison, por favor, no seas ridícula... Trescientas diez libras no significan nada para mí — asegura, sin borrar su sonrisa —. Y tú has hecho mucho más de lo que imaginas, de verdad — añade, alargando el brazo en mi dirección.

Esa última frase arrasa con mi firmeza y, al final, me rindo y camino hacia él.

Son las seis de la tarde cuando regresamos a Bolsover.

Mi estómago ruge con ferocidad, porque en todo el día no he ingerido más que cuatro cachitos de cruasán y un café, pero mantengo la compostura para que Oliver no se dé cuenta.

Cuando cruzamos el cartel de “bienvenidos” que da acceso al pueblo, su rostro se ensombrece con dolor y todo su buen humor se esfuma de golpe y porrazo. Me preguntó por qué no abandonará este lugar, por qué no se

marchará de aquí para siempre y dejará toda la pesadilla atrás... Sin duda, es lo que yo haría en su lugar.

Detiene el vehículo a una calle de mi casa y apaga el motor.

— Es lo que tienen los pueblos pequeños — me explica, y no puedo evitar acordarme de Charlene — ..., incluso los desterrados nos enteramos si llega alguien nuevo al pueblo.

Yo asiento, comprensiva, pero me niego a abandonar tan rápido el coche. Sé que cuando llegue a casa no podré dejar de darle vueltas a todo, así que no quiero quedarme sola aún. En realidad, supongo que no deseo que se marche tan pronto...

— ¿Cuándo volveré a verte? — suelto con rapidez, enlazando una palabra con otra atropelladamente.

Él sonríe y presiento que esta vez no se negará.

— Sabes que yo no te convengo, ¿verdad?

— Eso ya me lo han dicho, sí.

— ¿Sabes que te causaré problemas, no?

Yo asiento con una rápida sacudida de cabeza y él suspira.

— ¿Y no quieres preguntarme nada? — añade, dubitativo.

Lo sopeso unos instantes, recordando la conversación que hemos tenido en el mirador de la bahía.

— Sí, solo una cosa...

— Pues suéltala.

— ¿A qué te referías antes... cuando has dicho que... que sí que eras culpable?

Él aguarda, pensativo.

— ¿Acaso puede tener más de un significado?



— Eso creo. Pero no entiendo el que tú le has aplicado...

Sin darse cuenta, Oliver vuelve a sonreír.

— Es increíble que creas tan firmemente en mi inocencia, incluso aunque no nos conozcamos... No tiene sentido — murmura con aire pensativo.

Sospecho que habla consigo mismo, así que le doy unos instantes para que medite. Entre tanto, una vez más, puedo notar la vibración de mi teléfono móvil. Charlene debe de estar impacientándose.

— Y es egoísta por mi parte — añade, ahora con una clara confusión en su rostro — , muy egoísta.

— ¿El qué?

— Querer estar cerca de ti — confiesa, aturdido.

La vibración de mi teléfono móvil se detiene, pero dos segundos después comienza de nuevo. Desde luego, Charlene debe de estar hecha una furia.

— ¿Cuándo volveré a verte? — insisto, consciente de que mi tiempo se agota.

— Voy a nadar todos los días a la bahía — explica con rapidez — . Cada día, sobre las cuatro.

Con eso es suficiente.

Me bajo del coche apresurada y Oliver me sigue para sacar la bicicleta del maletero y dejármela en la acera.

— Te veo mañana, entonces — murmuro, alejándome con rapidez.

— ¡Cuídate, Madison! — añade, aunque una vez más, no comprendo por qué.

## Capítulo 10

### Retroceso

He dormido en pequeños intervalos, despertándome cada pocas horas con un extraño aturdimiento rondándome en la mente. Me siento extraña y desganada, así que lo último que me apetece es enfrentarme a Charlene, a pesar de que sea inevitable.

Ayer, nada más llegar, me apresuré a encerrarme en mi habitación sin mediar palabra. Sé que, de algún modo, fue un comportamiento infantil por mi parte; pero tenía demasiado en lo que pensar y mi cabeza estaba embotellada. Por tanto sé de buena mano que hoy no podré eludir enfrentarme a mi madre.

He alargado un par de minutos más mi estancia bajo las sábanas y acertado mi reparadora ducha; así que me siento destemplada. Me abrigo de arriba abajo, empezando por unos calcetines de lana gorditos y terminando con un gorro en la cabeza. Quizás sea demasiado exagerado para un día como el de hoy — ¡ha salido el sol! — pero prefiero asegurarme a pasar el resto de la mañana tiritando por las esquinas.

Cuando bajo a la cocina, Charlene me está esperando en la mesa, removiendo con aire ausente su café.

— Hola, mamá — saludo, acercándome con cotidianidad a la cafetera para servirme una taza.

Ella no me responde, pero decido que aún así actuaré con normalidad. Me siento a su lado y comienzo a beberme el contenido de mi taza a pequeños sorbitos. Está caliente.

— Venga, mamá...

Y entonces, partiéndome el corazón, se echa a llorar. Al principio es un llanto suave — que aún así me paraliza — , pero después se convierte en una llorera intensa acompañada de pequeñas convulsiones. Me acerco hasta ella y la abrazo con fuerza, en silencio, porque casi prefiero no saber qué es lo que le sucede. Sospecho que, sea cual sea la razón, yo soy la responsable.

— ¡Oh, Maddi! — lloriquea con dramatismo.

Yo la abrazo más fuerte, intentando consolarla lo mejor posible.

— ¿Sabes? Pensé que ahora todo iría bien... que podría... podría pasar... desapercibida — gimotea, tapándose el rostro con las manos — , que tendríamos un hogar... una vida normal...

— Y la tenemos, mamá — aseguro — , todo irá muy bien. Ya lo verás.

Ella niega, sacudiendo la cabeza.

— No irá bien, Maddi — continúa lloriqueando — . ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué no eres capaz de comprenderme?

— Claro que te compren...

— No imaginas lo preocupada que estoy — añade, ahora un poco más calmada — . Sé que a veces te comportas con excesiva madurez, que puedes parecer una madre, pero eso no quita que seas mi hija y que me preocupe por ti.

— Lo sé...

— No, no lo sabes — replica, ahora con tono enfadado — . ¿Por qué me estás haciendo tanto daño, Maddi? ¿Por qué lo estropeas?

Suspiro, agotada, sabedora de cómo terminará esta conversación.

Charlene me intentará hacer sentir culpable, yo terminaré pidiéndole perdón y ella... Ella seguirá haciéndome sentir culpable.

— ¡Imagínate! ¡Mi hija subiéndose al coche de un asesino mientras todo el pueblo la señala!

Me quedo helada al escucharla y no puedo evitar lanzar una mirada cargada

de espanto.

— Oliver no es un asesino... — replico, ahora tan enfadada como ella finge estar — , así que deja de comportarte como ellos, por favor, mamá.

— ¡Oh, Madison! ¡Que no hayan podido condenarle por falta de pruebas no significa que no sea el asesino de esa pobre joven!

— Estás hablando igual que el jefe Turner... ¿No puedes pensar por ti misma?

Ella niega, apartando su taza de la mesa.

— Estoy hablando desde mi perspectiva, Maddi... ¿Es que no lo ves? ¿Por qué crees que todo el pueblo le tiene miedo?

Hastada por el rumbo que ha tomado la conversación, me levanto de la mesa.

— ¡No puedes ser la abogada de todos los casos perdidos, Madison! — me grita, persiguiéndome hacia la entrada — . ¡Tienes que pensar en nosotras!

Supongo que se sorprende al verme subida en la bicicleta nueva, lista para marcharme, pero está tan enfadada y concentrada en su causa que ni siquiera me pregunta a ver de dónde la he sacado.

— ¡Aléjate de él, Madison, por favor! — grita, caminando unos pasos hacia el jardín — . ¡Hazlo por mí!

No vuelvo la vista atrás. No quiero hacerlo.

Mientras conduzco hacia el instituto soy incapaz de sacarme de la cabeza el daño que puede llegar a hacer la presión social, más incluso, si cabe, en un pueblo como éste. Me repugna pensar que formo parte de él, pero todavía me asquea más el hecho de que mi madre haya caído en sus redes, sin dar una oportunidad, sin decidir qué escoger o qué pensar. Simplemente se ha dejado guiar por los demás como si fuera una ovejita en un corral. Y lo que más me aterra de todo esto es que cualquiera podría ser él, que en un futuro, yo podría convertirme en ese Oliver Raymond que nadie quiere cerca.

Nada más cruzar las puertas principales del instituto puedo sentir lo diferentes y cambiadas que están las cosas — también por aquí — . Cuando

cruzo los pasillos hacia mi aula, las voces del alumnado disminuyen de volumen hasta prácticamente rozar el murmullo de un cuchicheo. Siento todas las miradas clavadas en mi espalda, como si volviera a ser ese primer día en el que todos se preguntaban: ¿quién es esa desconocida? Y termino de comprender lo mal que se ha puesto la cosa para mí cuando me cruzo con Matthew y finge no verme, evitando mi saludo.

Me resigno y me siento en mi pupitre, pensando que Pauline será diferente a ellos. Sé que ella tampoco tiene en gran estima a Oliver Raymond — lo que me hace ver la importancia que tuvo el caso del asesinato para todos los presentes — , pero sospecho que es un poco más inteligente que la media de mis compañeros y que no me juzgará a la ligera.

¿Qué pensarán de mí? ¿Qué opinión tendrán?

En realidad, casi prefiero desconocer la respuesta.

La clase de matemática comienza y yo me hundo en el asiento, disgustada, al comprobar que hoy Pauline faltará a las clases. Lo más probable es que haya cogido esa gripe de la que todo el mundo habla — supongo — , así que me paso el resto del día sola y aburrida, arrastrándome por los pasillos ante las silenciosas miradas de acusación.

Al menos, esta tarde veré a Oliver.

Sé que es un consuelo absurdo — ¡ni siquiera comprendo por qué es un consuelo! — , pero me hace sentirme un tanto mejor conmigo misma. Esta situación me obliga a comprender lo mal que lo ha tenido que pasar año tras año, sin nadie con quien hablar, sin nadie que confíe en su palabra. Sin que nadie crea por un segundo en su inocencia.

Cuando llega la hora de la última clase me siento tan disgustada que no consigo encontrar las fuerzas suficientes para arrastrarme hasta el aula y soportar una hora de historia. Sin pensarlo demasiado, me dirijo a la biblioteca del instituto y enciendo el ordenador que queda libre; los otros dos están ocupados por alumnos.

Tecleo “Oliver Raymond” en el buscador, sintiéndome como una espía traidora en el instante en el que los enlaces a las noticias empiezan a reproducirse uno detrás de otro. Hay tanto material, qué no sé por cuál de todos empezar.

Treinta minutos después compruebo que en la mayoría de las noticias pone lo mismo y, en un par de ellas, puedo ver una foto de Oliver y otra de su... mujer. Era preciosa, con unos ojos tan intensos como los de él. No me sorprende en absoluto que se casaran tan jóvenes, pues hacían muy buena pareja.

Sin quererlo, un extraño nudo aprieta mi estómago y me sorprende al comprobar que estoy... celosa. Me cuesta procesarlo, porque no tiene el más mínimo sentido, pero sí. Me siento celosa de ella, de su belleza, de la vida que escogió compartir con él y de todo lo que tenían. En una de las fotografías que salen juntos puedo intuir, por el gesto cariñoso de Oliver rodeando la cintura de ella, lo enamorados que estaban; y entonces comprendo su actual estado. Su rostro repleto de dolor, como si constantemente estaría siendo torturado. Su expresión, sus ojos...

Logro revisar la mayoría de los resultados antes de que suene el timbre de salida y me descubro formándome la historia sin cabos sueltos en mi cabeza, tal y cómo la prensa la contó en aquel entonces.

Katie Raymond murió desangrada por una puñalada, aunque logró alcanzar con vida su vehículo y comenzar a conducir en dirección al hospital más cercano. La cartera de la víctima desapareció en ese momento, ya que cuando hallaron su cuerpo sin vida en el vehículo, no estaba. En el teléfono móvil había logrado teclear el nombre de su marido y, en un principio, los investigadores creyeron que se debía a un intento de llamarle a modo de despedida, o quizás para pedirle que la socorriera. La versión cambió cuando se produjo una llamada anónima de un vecino diciendo que habían visto merodear al sospechoso por las calles paralelas a su vivienda; y entonces hallaron la cartera ensangrentada, tirada en la basura. ¿Y si había escrito el nombre de Oliver para señalar a su asesino? Los investigadores empezaron a creer que esa era la versión más precisa, pero cuando se llegó a un juicio, no se pudo demostrar nada. No había arma, tan sólo pruebas circunstanciales. Como no, Oliver no tenía cuartada. Pero todo eran conjeturas que su abogado no tardó en desacreditar.

Arrastro la yema de mi dedo por una de las fotografías de Katie, de nuevo sintiéndome levemente celosa de ella.

¿Quién te mató, Katie? ¿Quién lo hizo? Le pregunto, pero la chica de la

fotografía no me devuelve ninguna pista. Una cosa es más que evidente: el asesino de la joven continúa suelto en algún lugar y espero, por mi bien, que se mantenga muy lejos de Bolsover.

Cuando me levanto de la silla del ordenador me tiemblan las piernas. Es una sensación muy extraña que jamás había sentido antes; una mezcla de miedo, impotencia, rabia, celos y dolor.

¿Acaso soy yo la insensata por creer tan firmemente en su inocencia? ¿Quizás mi madre tenga razón y me esté comportando como... una loca? ¿Una pirada?

Pero es que lo siento dentro; sé que Oliver no es el asesino de su mujer.

Poco a poco estoy perdiendo la cabeza.

Al salir al exterior no me sorprende que haya comenzado a caer una leve llovizna. No sé qué es lo que tiene Bolsover, pero en este maldito pueblo — que inevitablemente estoy comenzando a odiar — no deja nunca de llover.

Antes de subirme en la bicicleta, le escribo un mensaje de texto a Charlene para que sepa que hoy llegaré más tarde de lo normal a casa. Supongo que, después de la discusión de esta mañana, no le sorprenderá en absoluto.

Empiezo a conducir cuando mis ojos chocan con Joanna y su grupito de seguidoras. Me sorprende al comprobar que me siguen mirando con el mismo desdén de los días anteriores, aunque presiento que ya no me ven como una amenaza, ni como una competidora.

Despejo mi cabeza, obligándome a concentrarme en el gélido viento que azota mi rostro y que balancea los árboles a mi paso. No me planteo dos veces hacia dónde dirigirme y, cuando llego al cruce principal de Bolsover, giro a la izquierda para bajar en dirección a la bahía.

Quiero verle.

Necesito verle.

Como si fuera una droga que poco a poco me está robando la razón y la poca cordura que conservaba.

Aparco la bicicleta en el paseo y me acerco hasta la rocas para observar el oleaje, tan revuelto y agitado como mis propios sentimientos. Me alegro de haberme abrigado excesivamente esta mañana, porque ahora el frío se siente más intenso y fuerte; sobre todo aquí, junto al mar.

Diviso a Oliver nadando de un lado a otro de la bahía, dando grandes brazadas y manteniendo un ritmo rápido y constante. Mientras le observo, absorta, pienso en la diferencia de edad que mantenemos. “No es tanto”, me digo, “en realidad, ni siquiera son diez años”. Al menos, me consuela saber que desde fuera no se vería extraña nuestra amistad si tan solo se tratase de eso; de una diferencia de edad mínima.

Sale del agua, y yo contengo instintivamente mi respiración mientras repaso con la mirada sus firmes pectorales y su esbelto cuerpo. Es masculino, fuerte, alto... intenso. Tan intenso como su mirada.

Me saluda con una media sonrisa y le devuelvo el gesto. Después se aleja un par de metros en dirección al siguiente saliente de rocas; supongo que para vestirse.

— ¿Cómo ha ido el día? — inquiera con una sonrisa curva, como si conociera la respuesta de antemano.

Yo me encojo de hombros.

— Supongo que como otro cualquiera... — miento — . ¿Y el tuyo?

En ese momento me doy cuenta de todo lo que no sé y quiero conocer de él. ¿A qué se dedica? ¿Cómo pasa sus días? ¿No tiene familia? ¿Nadie? ¿Absolutamente nadie? ¿No tiene amigos? ¿No existe otra persona en el mundo — a parte de mí — que crea en su inocencia?

— Supongo que como otro cualquiera — bromea, aún con la sonrisa impresa en el semblante.

Me fijo en su cabello mojado y un escalofrío recorre mi cuerpo al pensar en las gélidas aguas del mar. Sí, yo también estoy calada por la lluvia, pero



supongo que no es la misma sensación.

— ¿Te apetece pasear? — pregunta, señalando el paseo zigzagueante que desde el mirador se antoja una serpiente.

Yo asiento y me levanto para seguirle.

Poco a poco el ambiente se va relajando, como si cada minuto que pasásemos juntos todo se convirtiera más sencillo y práctico.

— No creí que fueras a venir... — murmura, aparentemente avergonzado por su error — . Creí que... bueno, que alguien acabaría chantajeándote o algo así.

Y en realidad, hasta cierto punto, tiene razón; así ha sido.

— No soy fácil de persuadir.

— Lo sé, ya lo estoy viendo — ríe, un tanto desgano.

Tengo que apresurar mis pasos para poder seguirle el ritmo, pero no me importa.

— ¿Todavía no me crees cuando te digo que te terminarás metiendo en problemas?

— Sigo opinando exactamente igual que ayer.

Al final del camino nos detenemos, y para entonces la llovizna ha menguado considerablemente. Es extraño pensar que hace pocos días me encontraba exactamente en este lugar junto a Matthew sin sentir nada en mi interior y que, hoy, aquí, ahora, a su lado, noto cómo la naturaleza me envuelve, me abraza, y el tiempo se paraliza. Todo parece... mágico, a pesar de las circunstancias y de que esto sea, más bien, una quedada a escondidas.

— Sea lo que sea que estés viendo en mí, Madison, te estás equivocando...

Alzo la mirada para tropezarme con la suya, avergonzada e insegura por partes iguales.

— Te veo a ti, creo... — respondo, sin pensar en las palabras que pronuncio.

Ni siquiera entiendo por qué me he obsesionado así con él o por qué me siento tan cómoda a su lado. Es como si el mundo fuera un enorme y gigante puzle y la pieza que me corresponde hubiera aparecido frente mí. Lógicamente, sé que le espantaría si le dijera esto. Creo que, incluso, empiezo a espantarme a mí misma.

— ¿Y qué quieres de mí?

El sonido del viento agitando los árboles provoca un leve aullido, como si se tratase del triste silbar de una sirena extraviada.

— Conocerte — confieso, entrecortada.

Siento cómo el rubor sube hasta mis mejillas y me tengo que esforzar por seguir mirándole, con la cabeza alta. Me puedo imaginar la escena desde fuera, como si nos estuviese observando desde el exterior; el paseo zigzagueante, el mar revuelto de fondo, el viento soplando, los árboles agitando sus ramas, el silbido leve pero triste del aire y nosotros ahí, en mitad del paisaje, como si nos hubiéramos integrado por completo en la bahía.

— Pues dispara... ¿qué quieres saber de mí?

Sé con certeza la pregunta que está esperando, pero es la única que no me interesa porque creo conocer muy bien la respuesta.

— ¿Quién es Oliver Raymond?

Lo medita unos instantes y puedo ver cómo, una vez más, la mueca de sufrimiento vuelve a expandirse por su rostro como una gigantesca cicatriz que, con los años, solo va empeorando.

— ¿Quién es Madison Harvey? ¿Qué hace una chica como ella en un lugar como este?

Yo sonrío, pensando que mi respuesta también es tan complicada como la suya.

— Lo suponía... — murmura con esa media sonrisa que, de pronto, tiene la capacidad de detener los latidos de mi corazón.

Echamos a caminar en silencio, sin hacernos más preguntas, y cuando el

paseo vuelve a llegar al final del otro extremo, nos trasladamos a la arena. El tiempo pasa con tanta rapidez que ni siquiera sé la hora que es hasta que miro el reloj.

La conexión que poco a poco se va formando entre nosotros es extraña. Tengo la sensación de que él se sujeta a mí como si yo fuera su salvavidas; la única esperanza de su inocencia. Ese presentimiento, a su vez, me hace sospechar que no queda nadie en su día a día, en su vida. En cambio, yo no termino de comprender exactamente qué es lo que necesito de él ni por qué anhelo tanto su compañía.

— Cuéntame algo sobre ti que nadie más sepa — le pido tras un rato de silencio, esperando absurdamente que una pequeña confesión pueda amplificar el vínculo que se está formando entre nosotros.

Él se queda en silencio y, entonces, comprendo que a pesar de su juventud, estuvo casado en un pasado. Supongo que no quedarán muchos secretos que haya sido capaz de salvaguardar en su interior, sin compartírselos con ella. Con Katie. Con la mujer que amó y que, sospecho, todavía ama.

— Escribí un poemario cuando mi padre murió — confiesa, sorprendiéndome.

Alzo la mirada hacia su rostro, incrédula, y corroboro que es cierto al ver el rubor que se ha extendido por sus mejillas.

— Cuéntame tú...

Me lo pienso unos segundos.

No tengo demasiados secretos, porque compartí casi todos mis temores y miedos con el psicólogo que me trató tras la identificación de mi padre. Me lo pienso unos instantes y, tras armarme de valor, escupo;

— Jamás creí que el amor a primera vista existiera.

Él me mira con los ojos abiertos como platos y, de pronto, se echa a reír como un loco. Como si le hubiera contado el chiste más gracioso que jamás hubiese escuchado. Como si en realidad, mi secreto no fuera una indirecta confesión.

Al final, sin entender muy bien sus razones, termino uniéndome a sus carcajadas por lo pegadiza que resulta su risa. Es sincera, abierta, libre. Y diez minutos después continuamos así, riéndonos como locos, como si de esa manera nos transformásemos en pájaros libres capaces de extender sus alas y salir a volar.

Cuando el crepúsculo comienza a teñir las primeras nubes de un anaranjado oscuro comprendo la hora tardía que es. Charlene estará preocupada y supongo que, a su vez, también herida. Suspiro exasperada al pensar que la tarde ya ha alcanzado su fin y que ha llegado la hora de regresar a casa.

Oliver me lanza una breve mirada y comprende, sin necesidad de que se lo diga, que ha llegado el momento de la despedida. Nos levantamos de la arena y caminamos hasta el paseo, donde tengo aparcada mi bicicleta a unos pocos metros de distancia de su coche.

— Te puedo llevar... — propone, pensativo.

Sacudo la cabeza.

— No es necesario, de verdad — me apresuro a responder —, me vendrá bien hacer un poco de ejercicio — bromeo.

Puedo ver de nuevo esa media sonrisa en su rostro y me tengo que concentrar para seguir respirando. Puedo oler el aroma de su fragancia, de su ropa, de su pelo mojado... Está tan cerca de mí, que casi puedo tocarle. Tan sólo tendría que elevarme unos centímetros de puntillas para que mis labios chocasen con sus carnosos y sensuales labios; pero no lo hago. No lo hago porque es una locura y porque... puedo notar que aún ama a Katie. Lo veo en sus ojos.

Quizás eso sea lo que me gusta de él; que por fin he encontrado un ejemplo de amor sincero que ni siquiera la muerte ha podido separar. Tal vez, si él me devolviera el beso... el hechizo y mis sentimientos hacia él se esfumarían.

— Ten cuidado, Madison — se despide, alejándose de mí hacia el vehículo.

Según se separa de mi cuerpo, mis músculos se relajan.

— ¿Te veré mañana? — grito.

Aunque ya sé la respuesta.

Sé que, después de un día como el de hoy, no se negará.

— ¡Aquí estaré!

La confusión me invade por completo en el instante en el que me subo a la bicicleta y empiezo a pedalear en dirección a mi casa. Casi me siento hasta mareada.

¿Es cierto lo que le he dicho? Siento... ¿Un enamoramiento? ¿Pero acaso sé yo lo que es el amor? Supongo que no. Quizás tan solo sea una obsesión pasajera, uno de esos caprichos que tantas veces vi en mis compañeras de instituto de Londres.

Aparco la bicicleta en el jardín y me apresuro a pasar al interior; estoy totalmente congelada. Veo, nada más abrir la puerta, que las luces de la sala están encendidas, lo que me indica que Charlene ya ha regresado de la librería.

— ¡Hola! — saludo, un tanto desganada, justo antes de apresurarme hacia la cocina.

Me ruge el estómago y me muero de hambre.

Enciendo el fuego y saco unas pechugas de pollo de la nevera; no me apetece complicarme ni pensar demasiado, así que voy a lo sencillo.

Charlene no tarda en aparecer en la puerta y su rostro no refleja, en absoluto, felicidad.

— ¿Dónde has pasado la tarde, Madison?

Estoy a punto de responderle una grosería del estilo: ¿a ti qué te importa? O si no, ¿desde cuándo te preocupas por mí? Pero ya tengo demasiados pensamientos merodeando en mi cabeza como para empeorar mi situación con Charlene y sumar una preocupación gratuita.

— Fui a pasear a la bahía — respondo con indiferencia.

Mi madre sopesa mi respuesta de una forma silenciosa y cauta.

Cuando saco las pechugas del fuego, le pregunto a ver si quiere cenar y me responde que no, así que me siento en la mesa y comienzo a engullirlas en silencio, muerta de hambre.

Charlene toma asiento frente a mí y me escruta, incomodándose.

— Madison... — comienza, con un tono suave y lento — . Te conozco bien — añade, dubitativa — , y sé por qué estás haciendo esto.

Yo alzo la mirada sin comprender a qué se refiere.

— Haciendo... ¿qué?

Sé que he caído en su juego, pero quiero saber a dónde quiere llegar con todo esta conversación.

— Sé por qué estás intentando ser amiga de ese chico, de Oliver Raymond.

Puedo notar la repugnancia en su tono de voz cuando pronuncia el nombre de Oliver. Suspiro agotada. No estoy dispuesta, después de una tarde tan buena como la que he tenido, a seguir por esta rama.

— Déjalo ya...

— No es tu padre — escupe con rabia — . Él no es como tu padre.

No puedo evitar lanzarle una mirada desafiante. ¿Qué hace? ¿Por qué hace eso? ¿Por qué está intentando comparar a papá con Oliver?

Trago el pedazo de pechuga que tengo en la boca antes de levantarme, dispuesta a abandonar la cocina.

— Por favor, Madison, escúchame... él no es inocente — continúa, persiguiéndome mientras coloco el plato en el interior del horno — ... Él no es papá.

Es suficiente por hoy.

La esquivo y me dirijo de forma apresurada a mi habitación, con los ojos inundados en lágrimas.

Me aseó con rapidez y me tumbo en la cama, aún sin poder controlar ni

comprender mis sentimientos. ¿Acaso Charlene tiene razón? ¿Quizás sea eso lo que vea en Oliver? ¿Lo que tanto me obsesiona de él?

Mi padre también fue considerado el culpable del accidente, porque dio positivo en alcoholemia tras el análisis de sangre. Y resultó no serlo. Él no era culpable..., él solo... había bebido un poco, nada más. Él no mató a esas tres personas.

Siento cómo la confusión se extiende en mi interior y, cuando me quedo dormida, continúo preguntándome si Charlene puede estar en lo cierto al sacar esa conexión.

# Capítulo 11

## A tu lado

¿Cómo es posible que no pare nunca de llover en Bolsover?

Los días van pasando y no tardo demasiado en darme cuenta de que tendré que buscar un medio de transporte un poco más apropiado que la bicicleta o al final, terminaré por coger una buena neumonía que me mantendrá en cama varias semanas. Y no quiero eso.

Estoy cubierta por el paraguas, en el umbral de la puerta de casa. Al otro lado de la carretera, puedo ver el Volkswagen esperándome. Está mal aparcado, rebasando la línea blanca que delimita con el carril de circulación. Supongo que Charlene llegaría tarde y no se molestó mucho en perfeccionar su estacionamiento.

Camino unos pasos hacia él y la ansiedad aumenta paralelamente a la distancia que se reduce. No puedo hacerlo...

— Sí puedes — me digo a mí misma, armándome de valor.

Supongo que sí. Claro que puedo.

Todo el mundo lo puede hacer; incluida yo. ¿Acaso no lo había hecho con anterioridad? Hasta el día del accidente jamás me había creado la más mínima controversia conducir. Así que... puedo hacerlo.

Puedo hacerlo...

Puedo hacerlo...

Pero por mucho que me lo repita no terminaré de creérmelo hasta verme en el volante. Me acerco hasta la puerta del piloto y la abro con parsimonia,



alargando los instantes previos a la conducción. Mis extremidades ya han comenzado a temblar antes de que pueda abrocharme el cinturón, así que tardo varios segundos en encajar la anilla. Acciono el contacto, después piso el embrague con la pierna temblorosa y arranco el coche.

Me tiembla tanto la pierna que en pocos segundos he perdido el control de ella y el coche se ha calado. Supongo que no lograré llegar muy lejos hasta que no me relaje. Tengo que estar tranquila y concentrar todos mis sentidos en la carretera.

Suspiro, aspiro y vuelvo a repetir el proceso hasta que mi respiración fluye con normalidad. Alzo ambas manos frente a mi rostro y me quedo observándolas fijamente hasta que mis dedos dejan de temblar convulsivamente.

Puedo controlarme...

Puedo hacerlo...

Repito el proceso. Presiono el pedal del embrague, meto la primera marcha y arranco el motor. Siento la vibración del coche a mi alrededor y la ansiedad vuelve a crecer, pero consigo mantenerla lo suficientemente a raya como para ir soltando poco a poco el pedal del embrague y conducir en primera.

¡Oh, Dios, el coche se mueve! ¡Lo estoy haciendo!

Intento continuar concentrada, recordando aquellas clases que recibí hace tiempo en la autoescuela. No son de mucha ayuda, pero rememoro que entonces también me sentía hecha un flan — aunque tener cerca a un profesor con pedales para frenar el coche en caso de emergencia ayudaba bastante más que conducir en solitario — .

He metido segunda, voy a cuarenta kilómetros por hora y ya he dejado mi calle atrás. No falta demasiado para llegar a la bajada del cruce y tomar la desviación que me dirige a las afueras, hacia mi instituto. ¡Guau, es increíble! ¡Lo estoy haciendo!

Los nervios que siento tampoco son para tanto... Es decir, sí, estoy nerviosa, claro. Pero puedo controlarme.

Cuando entro en la recta del instituto me envalentono y meto la tercera marcha, dejando que el coche coja la velocidad suficiente como para pasar los cincuenta kilómetros por hora. Cualquiera pensaría que soy un caracol en la carretera, pero yo me siento muy orgullosa de mí misma y de mi logro. Esto es más de lo que jamás imaginé. Mi respiración se acelera a causa de la adrenalina.

Unos metros más y habré llegado.

Mantengo las manos firmes colocadas en el volante, pero la lluvia comienza a intensificarse y tengo que desplazar mi mano derecha hasta la ruleta que acciona el funcionamiento de los limpiaparabrisas. Los coloco en la segunda posición y vuelvo la mano al volante con rapidez.

La lluvia cada vez es más fuerte y mi visión va emborronándose. Intento controlar mis nervios, que ahora sí aumentan con desmesura.

— Solo un poco más...

Pero tengo que accionar la máxima velocidad de los limpiaparabrisas porque las nubes no dejan de descargarse, sin darme tregua.

¡Oh, Dios!

Esto se está complicando mucho más de lo que pensaba.

Presiono el embrague, pero mi pierna vuelve a temblar convulsivamente y no consigo disminuir la marcha.

Freno, freno, freno. Tengo que frenar.

Piso el pedal de freno pero no me he dado cuenta de que había dejado la palanca de cambios en punto muerto. El coche, ante tantas órdenes sin sentido, pega un patinón y las ruedas comienzan a desplazarse sin control. Estoy tan asustada que por unos segundos levanto las manos del volante, pensando en cuál es la mejor manera de actuar. Pero el coche no se detiene, está dando vueltas sobre sí mismo.

Vuelvo a agarrar el volante y lo giro completamente en dirección contraria a la que se está desplazando el vehículo. La suspensión rebota con fuerza y

después, abandonamos la calzada. Cierro los ojos cuando veo el árbol contra el que nos vamos a estrellar. Tiene un tronco grueso, firme, que está dispuesto a recibir el impacto sin inmutarse y a defenderse con sus puntiagudas ramas. Una de ellas traspasa la luna delantera, al mismo tiempo que el morro del Volkswagen se estrella contra el tronco, hundiéndose. La rama continúa avanzando en el interior del vehículo, como una espada, dispuesta a llevarse todo por delante hasta que me alcanza. Me atraviesa, hundiéndose en mi pecho, destrozándome la caja torácica, rompiéndome las costillas y desgarrando mis pulmones. Siento el borboteo de mi sangre, perdida, ascendiendo por mi garganta hasta inundar mi boca.

Me estoy muriendo...

Me estoy muriendo del mismo modo que se murió papá...

El pitido de la alarma del coche resuena por todas partes. Pocos segundos después, el airbag explota con un efecto demasiado retardado. Puedo ver a través de la ventanilla un vehículo detenerse en la calzada, pero tengo los segundos de vida contados, quizás con suerte lleguen a sumar un minuto, así que no merece la pena gastar energías en gritar y pedir ayuda.

El dueño del vehículo se acerca a mí, corriendo, apresurado y asustado por partes iguales. No le reconozco hasta que abre la puerta del piloto y cierra su cuerpo sobre el mío, con sus ojos penetrantes tan asustados como confundidos.

— No te mueras, Madison... — suplica, con los ojos encharcados — , no te mueras, por favor.

Pero tengo la garganta y la boca tan ensangrentadas que mis cuerdas vocales han dejado de funcionar, no puedo responderle.

Veo cómo él saca su teléfono móvil para llamar a una ambulancia, pero yo levanto la mano con la poca fuerza que alberga mi organismo con la intención de detenerle. Oliver esquiva mi gesto y se lleva el aparato a la oreja.

— No te mueras, Madison — repite, muy asustado — . Tienes que decirles que no ha sido mi culpa, por favor... — suplica con un hilillo de voz — , tienes que vivir para contarles que yo no he sido...

Pero entonces todo se vuelve negro y el mundo desaparece.

Me levanto en mi habitación con el corazón desbocado, el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Intento relajarme y me repito a mí misma, una y otra vez, que tan solo ha sido una pesadilla. Un mal sueño, nada más.

De todas maneras, es imposible que mi vida termine así, porque en la vida real jamás me atrevería a coger los mandos de un vehículo. Ni siquiera en un caso desesperado e inverosímil.

Pero lo que más me turba de este sueño, lo que más me aterra de él, es pensar que esa fue la manera en la que mi padre murió. No era una rama, pero era un metal afilado que se incrustó en su cuerpo sin piedad. ¿Sufrió?

Suspiro, levantándome de la cama y dirigiéndome a la ducha. He tenido toda la noche para darle vueltas al asunto, para preguntarme si realmente siento algo por Oliver, si tan sólo se trata de una obsesión o si es el hecho de que le juzguen injustamente lo que me ha llevado hasta él. No es lo mismo que ocurrió con papá, en eso Charlene se equivoca. Él no estaba para soportar el acoso y la culpabilidad, murió en paz y dejó de sufrir en el instante en el que su corazón dejó de latir. Quienes lo sufrimos fuimos nosotras; a las que señalaron fueron a nosotras. Éramos la familia del conductor borracho que arrebató vidas inocentes.

Y después, a pesar de que se demostró su inocencia y se señaló como único culpable al conductor del camión que perdió el control, nada cambió. Todos nos seguían señalando, acosando, marginando.

Quizás eso sea lo que más rabia me dé de todo esto; que Charlene esté buscando una manera de justificar mi comportamiento hacia Oliver cuando, desde luego, el único comportamiento que no es justificable es el suyo.

Me arrastro hasta la puerta y de reojo me quedo observando el dibujo que pinté la noche anterior. Esta vez ya no son solo sus ojos los que he pintado, si no su rostro, sus rasgos, sus facciones, pero sobre todo, su dolor. Es increíble la angustia que puede llegar a transmitir.

Intento pensar en las clases y concentrarme en algo productivo, porque sé que

no puede ser sano estar constantemente cavilando sobre él, sin conseguir sacármelo de mi cabeza ni un solo segundo. Mientras bajo las escaleras hacia la cocina, me doy cuenta de que aún no le he preguntado a Charlene qué tal le fue la apertura oficial de la librería y si recibió suficientes clientes. Me siento un poco culpable por haberme olvidado de algo tan importante, pero cuando veo su cara malhumorada se me pasa la culpabilidad. Ella es la única razón de mi enfado — y supongo que, también, de su propio enfado — .

— ¿Café? — me pregunta, sirviendo una taza.

— Por favor.

Me siento en la silla más alejada a ella y empiezo a jugar con el mantel para mantenerme entretenida. No tiene sentido que estemos así, en una guerra continúa, así que decido ser yo la que dé el primer paso hacia la paz.

— Mamá, ¿qué tal va la librería? ¿Está funcionando bien?

Ella duda, pero al final no consigue resistir una sonrisa de orgullo propio.

— ¡Genial! — exclama, dejando la taza frente a mí — . Ayer vendí todos los periódicos que me trajeron y unas cuantas revistas de actualidad. Creo que si sigue así la cosa, nos irá bien...

Ensancha una amplia sonrisa que le devuelvo instantáneamente.

— Me alegro mucho — respondo con sinceridad.

— Incluso... — añade, con un tono de voz expectante — , creo que incluso podrías pensar en buscar una universidad para el año que viene, Maddi. Podríamos permitirnosla.

Prefiero no entrar en ese tema de conversación ahora que el ambiente se ha relajado, así que asiento con una leve mueca de optimismo y después me bebo el café de un trago.

La verdad es que la universidad no es una de mis prioridades ahora mismo, así que prefiero no planteármelo por ahora. Sé que el tiempo se va agotando y que si me decido por ir más adelante tendré que apresurarme con las solicitudes y arriesgarme a que no me las acepten, pero así será.

Ahora mismo, a pesar de la manía que le estoy cogiendo a Bolsover, quiero quedarme aquí. No solo por Oliver — o mejor dicho por mi repentina obsesión hacia él — , si no por Charlene. Por mucho que intente fingir que todo marcha bien, sospecho que nada más quedarse sola se derrumbaría. Lo he visto con mis ojos y sé lo mucho que me necesita.

Me levanto de la silla con rapidez y me acerco para darle un beso en la mejilla. Éste es el modo que tengo de decirle que por mi parte todo está bien; espero que sepa cómo aprovecharlo.

Ella me devuelve el gesto y sonrío levemente.

— Oye, Maddi... — murmura, lanzando una mirada hacia el jardín — . ¿De quién es esa bicicleta que estás usando?

— De Pauline, mi compañera de clase — me apresuro a responder, feliz por haber tenido la respuesta planeada desde hace tiempo — , ella va al instituto en coche, así que no la usará hasta que llegue el verano.

— ¡Vaya! ¡Qué simpática!

Charlene parece complacida con la respuesta, así que yo me apresuro a salir de casa.

Voy con tiempo, por tanto podré pasar por donde Jodie a por un par de cruasanes que mantengan a raya este hambre voraz que me posee. Ayer tan solo mordisqueé unas pechugas y eso, en realidad, no debería considerarse bajo ninguna circunstancia una cena. Cuando pedaleo con agilidad para pasar por delante del Volkswagen un escalofrío recorre mi cuerpo. Definitivamente, jamás me atreveré a tocar un volante. Lo tengo claro.

La cafetería de Jodie y Randy está hasta arriba de gente. El aroma a café recién molido y a bollería horneada ataca mis fosas nasales, abriéndome todavía más el agujero de mi estómago.

A diferencia del día anterior, todo parece haberse tranquilizado un poco. La gente no se vuelve a observarme como si fuera un bicho raro, cosa que agradezco, y Jodie me trata con la misma amabilidad que siempre. Aprovecho que voy con unos minutos de adelanto para devorar allí mismo un cruasán y me llevo el otro en una bolsa para la hora del almuerzo.

Cuando me dispongo a abandonar el local, mis ojos chocan contra los de Gael. Me está observando con rabia, odio, pero sobre todo con arrogancia. No es una sensación agradable, así que retiro la mirada con rapidez y abandono el lugar sin despedirme de nadie. ¿Pero qué demonios le pasa a ese chico conmigo? ¿Qué se supone que le he hecho yo? Supongo que tiene algo que ver con mi amistad con Oliver, pero... Se comporta de un modo demasiado extraño.

Descubro que a pesar de que el ambiente en la cafetería de Jodie se ha relajado, en el instituto todo sigue igual. Los adolescentes, al parecer, son menos comprensivos que los adultos.

Al menos, me alegra comprobar que Pauline se encuentra bien y ha retomado las clases. No es muy habladora, como bien sabía de antes, pero intercambiamos un par de comentarios sobre el fin de semana y me doy cuenta de que aún no han llegado los cuchicheos y rumores sobre mí a ella. Y si así ha sido, como poco, lo disimula genial.

El resto del día transcurre con notable normalidad. Charlene me envía un mensaje a la hora del almuerzo y me pregunta si después de las clases me pasaré por la librería. Sé que como buena hija debería hacerlo y que ella agradecería mi ayuda o, al menos, mi compañía, pero le respondo que no. No necesito pensármelo mucho para que la imagen de Oliver reaparezca en mi mente y mi obsesión le gane el pulso a mi moral de buena hija. Saber que dentro de unas horas volveré a estar a su lado es demasiado tentador, demasiado embriagador.

Lo sé, empiezo a pensar que estoy perdiendo la cabeza totalmente por él.

Después del almuerzo aún me aguardan dos largas horas seguidas de historia y una de biología. Intento atender y prestar atención — voy lo suficiente atrasada en materia como para tener que aplicarme seriamente —, pero mi imaginación vuelve a ser más fuerte que mi responsabilidad y, minutos después de que el profesor empiece a hablar, me descubro cavilando lo que posiblemente me deparará el futuro.

Creo que, casi con seguridad, he descartado la idea de marcharme a la universidad, pero a una pequeña parte de mí le aterra la vida que me vaya a poder entregar el pueblo de Bolsover. Es evidente que Oliver seguirá estando

ahí, así que... ¿Qué pasará? ¿La gente me dejará de hablar cuando descubran que me mantengo en contacto con él? ¿Me ignorarán del mismo modo que lo hacen con Oliver? ¿Es eso, realmente, lo que quiero para mi futuro? Y para el de Charlene, claro.

Al final el profesor Looping termina haciéndome una pregunta y pillándome desprevenida. Tartamudeo confusamente intentando encontrar una respuesta válida, o al menos pasable, pero no hay manera. Me mira con mala cara y decido que, el resto del tiempo, me mantendré concentrada y dejaré de fastidiarla.

La hora de biología transcurre con una parsimonia inhumana, pero cuando el timbre resuena es música para mis oídos. Me apresuro a abandonar el instituto, feliz, a pesar de las malas caras de Matthew. Continúa ignorándome, y aunque debería de darme exactamente igual, me duele un poco haberle perdido como amigo. Supongo que la influencia de Donald y Gael habrá tenido algo que ver en sus miradas cargadas de odio.

Al salir al exterior compruebo que el sol brilla.

Desde que nos hemos mudado no había tenido la oportunidad de disfrutar de un buen día como éste, así que mi humor mejora — todavía más — y decido que sea lo que sea que me depare la tarde, disfrutaré de ella. Quiero hacerlo.

Pedaleo con rapidez, dejando que el viento despeje mis pensamientos y mis temores. Es increíble que cada día vuelva a disfrutar con esta sensación, a pesar de lo repetitiva que pueda parecer. La libertad que me transmite es indescriptible, aunque sé que en algún momento tendré que investigar los horarios y las rutas de autobús que conectan con Bolsover y dejar aparcada mi bicicleta.

Estoy bajando la cuesta a gran velocidad, con la vista fija en la mar. Intento localizar a Oliver nadando, pero me llevo una decepción cuando compruebo que no está en el agua. Quizás hoy no haya venido, quizás mi confesión del día anterior lo haya terminado por espantar.

Siento cómo mi corazón se acelera repentinamente mientras aparco la bicicleta, pero nada más divisar aparcado al fondo su Mercedes grisáceo, se relaja y retoma su ritmo habitual.



— Ey... — saludo, un tanto ruborizada.

Él se gira hacia mí y me sonrío brevemente, antes de volver a retomar su postura original. Está sentado en las rocas, con la mirada muy fija en la marea.

El cielo está tan despejado que de lejos veo a un par de transeúntes que se han animado a salir a caminar, cosa que me decepciona. Quería estar a solas con Oliver...

Me siento a su lado y clavo la mirada en el horizonte.

— Hoy tambiénhas venido... — susurra, aunque no sé si habla consigo mismo.

Parece realmente sorprendido.

— No me rindo fácilmente.

Medita unos segundos mi respuesta y después suelta una risita.

— ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? — inquiero, con mayor confianza.

¡Es que todo resulta demasiado sencillo cuando estoy a su lado!  
Como si nuestra relación fuera natural...

— No entiendo tu respuesta, por eso me río — señala, girándose hacia mí por unos segundos —. ¿No me rindo fácilmente? ¿Acaso vas a sacar algún premio por esto?

Puedo ver sus facciones, su pelo castaño, sus ojos profundos y... menos dolor. Es como si poco a poco su angustia fuera disminuyendo, y eso me hace feliz.

— Puede que sí... o puede que no — bromeo, aunque él no vaya a entenderlo.

¿Por qué anhelo tanto su compañía? ¡Oh, Dios, ni siquiera me entiendo a mí misma!

— Me ha sorprendido no verte en el agua... Creí que te encontraría nadando.

— Te estaba esperando a ti... — murmura en voz baja — , aunque he dudado de si vendrías.

Mientras escucho su sedosa voz, dejo que los rayos de sol golpeen mi piel y me calienten el cuerpo. Tengo una de esas horribles pieles blanquecinas que no consiguen broncearse ni siquiera para el final del verano, aunque lo compenso con mi melena rubia oscura, que no necesita demasiados cuidados para que quede bien. Supongo que todo no podía ser perfecto.

— ¿Me esperabas? — repito, confusa.

Esta vez Oliver se gira por completo hacia mí.

Su sonrisa se ensancha con rapidez y sus ojos relampaguean con... ¿diversión?

— He pensado que quizás te apetecía nadar conmigo... — dice, sin borrar su pícaro sonrisa.

Mi corazón vuelve a perder su ritmo original y puedo sentir mis pulsaciones descompensadas en mis sienes. Me ruborizo al pensar que no tengo bañador y que, en tal caso, tendría que nadar en bragas y sujetador. Intento recordar el conjunto que me he puesto esta mañana, pero no lo recuerdo; supongo que habré cogido lo primero que he pillado del armario. Pensar que me verá en ropa interior es demasiado vergonzoso, aunque el hecho de encontrarme en el mar, semidesnuda, junto él, hace que la balanza se iguale repentinamente.

Mis pensamientos, tan impropios y poco habituales en mí, provocan que un repentino rubor ascienda por mis mejillas. No puedo verme, pero sospecho que debo de parecer un tomate con brazos, o algo similar.

— ¿Estoy equivocado? ¿No te apetece?

Niego rotundamente, aún pensando si tendré la valentía suficiente para desnudarme.

— Entonces, ¿a qué esperamos? — pregunta, levantándose de un salto.

Se aleja unos pasos hasta las rocas y comienza a desabrocharse la chaqueta con agilidad. Bajo ella, viste un jersey fino y una camiseta de manga larga. Está quitándose los vaqueros cuando yo todavía continúo inmóvil en la roca,

sentada, observándole. Y cuanto más le veo, más perfecto siento que es y más me avergüenzo de mí misma.

— ¿Vamos? — inquiera, ya en bañador.

Decido levantarme y hacer uso de mi valor.

Puedo sentir su mirada en mi piel mientras me voy desnudando con parsimonia, prenda tras prenda, hasta terminar en bragas y sujetador. Me alegra comprobar que he escogido un conjunto negro que no dice nada a mi favor, pero tampoco en mi contra.

Oliver echa a correr en dirección al mar y yo le sigo con las piernas temblorosas, hecha un flan.

— No soy muy buena nadadora — confieso, justo cuando llegamos a la orilla.

— No me alejaré demasiado de ti — replica, guiñándome un ojo.

El agua está congelada, tanto que corta la piel.

Me pregunto aún qué estará pensando Oliver “sobre mí” y sobre “mi cuerpo” y cuando quiero darme cuenta el nivel del agua me llega por la cintura.

Él tiene sus músculos tensos cuando me lanza una breve mirada, justo antes de engullirse bajo el agua con agilidad. Veo cómo comienza a dar brazadas y decido que lo mejor será intentar seguirle el ritmo. ¡Pero qué locura! ¿Cómo voy a hacerlo, si no recuerdo la última vez que nadé? ¿Si el agua helada entumece mis extremidades? ¿Si mis brazos se mueven con lentitud?

Veo cómo se va alejando y aumento mi ritmo, intentando acompasar mi respiración con los movimientos para soportarlo y no rendirme con tanta facilidad. Cuando saco brevemente la cabeza, entre brazada y brazada, compruebo que me está esperando a unos pocos metros y me relajo instantáneamente, agradecida.

— ¿Por qué, Madison? — me pregunta cuando le alcanzo — ¿Por qué estás haciendo esto?

No necesito que especifique a qué se refiere. Lo sé. No entiendo por qué no me rindo a la opinión de la gente, por qué no le señalo con un dedo y le acuso

de ser un asesino. Porque no tengo una mirada cargada de odio para él.

— No lo sé... — respondo, confundida — . Yo tampoco lo entiendo.

Oliver aprieta la mandíbula con fuerza, pero esta vez no aparta la mirada de mí. Nos separan tan pocos centímetros que desde aquí, puedo ver la pequeña postilla que se ha formado en su labio, justo en el mismo lugar en el que se hizo sangre cuando me atropelló.

— ¿Lo que dijiste ayer... era cierto? — inquiera de nuevo, de una forma cada vez más atropellada y entrecortada.

Tampoco necesito preguntarle a qué se refiere esta vez. Se refiere a lo último que le dije — o mejor dicho, que le confesé — ; a aquello de que por primera vez creía en el amor a primera vista.

— Tampoco lo sé... Yo... — suspiro hondo sin dejar de mover las manos y las piernas para mantenerme a flote — ..., al principio solo sentía curiosidad, quería saber por qué se comportaban así contigo... Pero después empecé a sentirme más confundida, porque necesitaba verte. Porque no podía parar de pensar en ti.

Estoy hablando en pasado aunque sé que debería decírselo en presente. ¡No consigo sacarle de mi cabeza!

— ¿Y qué es lo que quieres de mí? — me pregunta con la voz seca, firme.

Me mira tan fijamente que siento que puede traspasarme con esos ojos oscuros.

— A ti... te quiero a ti.

Y entonces siento sus brazos rodeando mi cuerpo por debajo del agua y apresándolo contra él. El calor de su torso desnudo me provoca un escalofrío que recorre sin pausa mi columna vertebral, estimulándome. Sus dedos se deslizan por mi piel y poco a poco asciende a través de mis costillas hasta llegar a mis hombros. Continúa subiendo hasta dar con mi rostro y lo aprisiona entre sus manos con suavidad y delicadeza.

Siento cómo el mundo se detiene, o se acelera, o yo qué sé. Ni siquiera soy

realmente consciente de dónde estoy o cómo hemos llegado a esta situación. Se acerca a mi rostro y aprieta sus labios carnosos contra los míos, provocando que un millar de mariposas echen a volar en el interior de mi estómago, aleteando sin descanso para revolverme las entrañas. Aprieta con más fuerza mi cuerpo contra él y entonces me rindo, enroscándome a su cadera y dejando que él sea el encargado de mantenernos a flote a los dos.

El beso se acelera, intensificándose, como si necesitara saborearme totalmente. Yo continúo ciñéndome a su cuerpo hasta encontrar la postura exacta en la que encajo en él, como si fuéramos dos piezas del mismo puzle. Como si él fuera una parte de mí en este momento.

Oliver desciende sus manos lentamente, liberando mi rostro, para deslizarlas hasta mis pechos. Es en ese momento en el que termino de enloquecer por completo y me doy cuenta de que, instintivamente, me estoy frotando con él. Pidiéndole más. Suplicándole que me haga suya con breves y desesperados movimientos.

— ¡Oh, Dios, Madison! — exclama, liberando mis labios de los suyos por unos segundos.

Siento la sal de la mar en mi boca, pero estoy tan concentrada en Oliver, que me da lo mismo. Por unos segundos me pregunto a mí misma qué es lo que estoy haciendo y sí realmente estoy dispuesta a llegar hasta el final, pero después despejo esos pensamientos y dejo que la naturaleza siga guiándome. Todo fluye, todo tiene que ser como está siendo. Explora mis pechos con mayor entusiasmo y aprisiona mis pezones entre sus dedos hasta hacerme gritar de placer. Me alegra saber que estoy enganchada a él, porque si no presiento que me ahogaría. El éxtasis es tan grande, tan intenso...

¡Jamás había experimentado nada parecido!

Cuando ya ha terminado de jugar con mis pechos, continúa descendiendo lentamente hasta llegar a mis bragas. Siento cómo aparta con destreza la tela y, de pronto, un dedo se hunde en mi interior sin previo aviso; entrando y saliendo, tomando lo que quiere y necesita. Gimo, gimo, y grito desesperada. El placer hace que mis sentidos sean más intensos y a su vez, queden anulados. Cuando saca el dedo de mi interior, se entretiene jugando con mi clítoris hasta que al final sus movimientos se detienen por completo.

Vuelve a atacar mi boca, pero yo aún quiero más. Quiero sentirle. Quiero tenerle. Quiero que sea mío y quiero ser suya. Estoy a punto de pedirselo, de suplicárselo, de rogárselo, cuando su estaca se clava en mi interior, partiéndome en dos.

Chillo tan salvajemente que Oliver se detiene, totalmente hundido en mis entrañas.

— ¡Más, más! — suplico, agitándome contra él de una forma desesperada.

Y entonces él me obedece.

Sale de interior y vuelve a entrar, y yo noto tal placer que arqueo mi espalda mientras sigo sus movimientos, recibéndole, exigiéndole que continúe mientras poco a poco el agua en el que estamos se va emborronando.

Abro los ojos impresionada por el cúmulo de sentimientos y sensaciones que me están albergando y me encuentro con la mirada de Oliver. Ahora su rostro no expresa dolor, ni angustia, ni malestar. Tan solo ternura, placer y algo que no soy capaz de identificar. Recibo con más fuerza sus movimientos hasta que mi interior se contrae, provocando que todo mi cuerpo estalle en placer, gozo y un deleite sin igual.

Me dejo caer sobre él, sin darme cuenta de que está soportando el peso de ambos cuerpos desde hace un buen rato. Intento hacer que mis extremidades me obedezcan y dejen de temblar para apartarme, pero es complicado, están demasiado entumecidas.

— Lo siento... — murmura Oliver, con un hilillo de voz prácticamente inaudible.

Intento girarme hacia él, pero tiene el rostro escondido en mi cabello, detrás de mi hombro.

— ¿Qué ocurre?

Me gustaría decirle que lo que acaba de ocurrir ha sido... ¡Guau! ¡Increíble! Pero supongo que sonaría demasiado penoso para él — dada mi falta de experiencia —. Puede, incluso, que no lo haya disfrutado de la misma manera que yo.

— Oliver, ¿qué ocurre? — repito, asustándome un poco.

No me responde, así que empiezo a impacientarme.

Intento zafarme de su abrazo para lograr mirarle a la cara, pero él se resiste y me aprisiona con fuerza contra su cuerpo.

— ¡Suéltame! — exclamo, agitándome entre sus brazos.

Instantáneamente, como si mis peticiones fueran órdenes para él, obedece y se aleja de mí. Intenta girarse antes de que pueda verle el rostro, pero lo hace tarde. Está llorando y su semblante vuelve a encontrarse hundido en dolor y angustia.

¿Tan malo ha sido? ¿De verdad?

— ¿Qué ocurre?

Sin girarse hacia mí, responde.

— Esto no tenía que haber pasado...

Es casi un susurro, pero yo siento como si me hubiera gritado hasta dejarme sorda.

— ¿Có...cómo? ¿Por qué?

— No tenía que haber pasado jamás... — repite, dolido, justo antes de echar a nadar.

Aunque intenté frenarle, sus brazadas son demasiado grandes y técnicas para poder alcanzarle, así que me quedo en el mismo sitio, confundida, intentando comprender qué he hecho mal.

Necesito varios minutos para reaccionar y echar a nadar, y cuando lo hago, me siento aturdida y vacilante. Mis movimientos son muy torpes, así que tardo más de lo normal en llegar hasta la orilla. Es como si estuviera nadando a contracorriente.

— ¡Oliver! — grito con fuerza, llamándole.

Para entonces él prácticamente ha alcanzado las rocas donde tenemos la ropa.

Los transeúntes que antes caminaban por el paseo ahora están en la playa, paseando. Me sonrojo pensando lo que puedan haber imaginado de nosotros, pero en el fondo me es indiferente.

— ¡Espera, por favor! — exclamo, alcanzándole.

Él se gira hacia mí y me doy cuenta de que sigue llorando.

Las lágrimas se deslizan por sus mejillas sin descanso, y esa imagen es capaz de hacer mil añicos mi corazón. Es increíble porque, de alguna manera, casi me duele más verle así a él que ver llorar a Charlene. Quizás sea porque a Charlene jamás la perderé, quizás porque no entiendo el origen de esas lágrimas... no lo sé.

— ¿Qué ocurre? ¿Qué he hecho mal? — pregunto de nuevo con el corazón en un puño.

Entonces deja de llorar y sonrío con ironía.

— ¿Cómo puedes preguntar qué has hecho mal? — repite, dolido y furioso al mismo tiempo — . ¡Yo soy el que ha hecho las cosas mal!

Alza la voz un poco más de lo normal, llamando la atención de los paseantes. Soy consciente de que nos están observando y de que esto podría transformarse en la próxima comidilla de los vecinos; aunque no me importa lo más mínimo. Necesito entender qué es lo que ocurre.

— Y... ¿qué has hecho mal? — pregunto dubitativa, pensando que para mí ha sido realmente asombroso.

Oliver borra la sonrisa irónica de inmediato y me sujeta por ambos brazos.

— Todo, Madison. Todo lo estoy haciendo mal — comienza, hablando con demasiada rapidez — . No debería haberte hablado jamás, ni haber dejado que esto llegara tan lejos... No debería haber soñado que alguien en este mundo podía volver a amarme, aunque fuera de una forma puramente inocente. No debería haberte querido volver a ver, ni debería haber sentido miedo de que no aparecieras.

Hace una pausa para tomar aire.

Siento que mis ojos se van encharcando poco a poco, adquiriendo un aspecto



bastante similar a los suyos.

— No debería desearte, no debería estar aquí, a tu lado — añade, ahora un poco más calmado, pero con el rostro empapado en dolor y lágrimas — . No debería de haber hecho nada de lo que he hecho, ¿lo entiendes, Madison? ¡Por qué no es justo para ti!

— Pero... yo... lo quería... — tartamudeo, confundida.

— Y la razón por la que no debería haberlo hecho no se basa en nuestra edad, ni en nuestra posición social, ni en ninguno de esos absurdos clichés por los que la sociedad te dice que: ¡no deberías! — grita, más alto, más rabioso — . ¿Sabes por qué no debería haberte besado jamás, Madison? ¿Por qué no debería haberte dirigido la palabra jamás?

Yo me quedo callada. Me da pánico responderle, saber el “por qué”.

— ¿Quieres saberlo? — chillaba, levantando aún más el volumen de su tono de voz.

Sacudo la cabeza en señal negativa porque no quiero escucharlo. Porque no quiero dejar de verle y que todo esto haya terminado aquí.

— No debería haberte deseado — comienza, ahora en un tono de voz más bajo, pero también más dolido — , porque jamás te podré corresponder... Porque hace tiempo que perdí mi alma y porque estoy muerto. Soy una cáscara vacía, Madison, un cuerpo sin vida...

— No lo eres... — murmuro bajito, incapaz de entender a qué se refiere.

Él vuelve a sonreír.

¡Otra vez con esa maldita sonrisa irónica!

— Y tú eres demasiado joven para tirarlo todo por la borda...

No me da tiempo a responderle cuando me suelta y me da la espalda. Estoy aún procesando todo, pensando qué puedo decirle, intentando comprender algo de lo que él me ha dicho a mí, cuando veo que comienza a recoger su ropa con celeridad.

— ¿Te marchas? — pregunto, alarmada, con un breve timbre de histeria en

mi voz — . No te marches, Oliver, por favor.

Pero él no me responde.

Echa a caminar con rapidez en dirección a las escaleras; supongo que para llegar a su coche. Yo ni siquiera me molesto en recoger mi ropa porque sé que si me entretengo, no llegaría a tiempo para retenerle.

— ¡Para, por favor, para!

Me mira y puedo ver la duda y el dolor impregnando su mirada.

— Lo siento, Madison — musita, antes de subirse en el Mercedes.

La situación es demasiado surrealista para encontrarle un sentido, así que me quedé ahí, inmóvil, observando cómo maniobra y se marcha en su coche.

Tengo ganas de gritarle y perseguirle, pero no lo hago. Me rindo y me echo a llorar desconsoladamente, sintiéndome una estúpida irremediable mientras el frío azota mi cuerpo con fuerza.

Alzo la mirada acuosa hacia el cielo y compruebo que ya se ha encapotado por completo, llevándose cualquier rastro de los rалlos de sol que antes fulguraban en él.

Diez minutos después consigo reaccionar y me acerco a las rocas para vestirme. Aún tengo la mente un tanto entumecida por el frío, pero procuro recrear la conversación que acabamos de tener para buscarle algún sentido.

¿Qué es lo que le ha hecho reaccionar de esa manera tan brusca? ¿Qué es lo que le ha espantado?

Puedo entender su forma de pensar y lo acusado y señalado que debe sentirse por todo el mundo. Recuerdo eso que ha dicho de que “no debería haber pensado que alguien más podía volver a amarle” y siento unas cuerdas apesando mi pecho, oprimiendo mis pulmones. Siente que no me merece; que me hará daño.

“Estoy muerto” “Soy una cáscara... sin alma”.

Recordar cada una de sus frases hace que mis entrañas se desgarran.

Me quedo mirando el mar fijamente varios minutos y no me doy cuenta de

que el tiempo va transcurriendo con celeridad, sin descanso, hasta transformarse en horas.

La capota de nubes que se ha formado hace rato sobre mi cabeza ha comenzado a descargar un leve sirimiri, anunciando que en pocos minutos la lluvia se intensificará. La luz también se ha ido apagando y el día ha comenzado a anochecerse con demasiada rapidez.

Me calzo los calcetines y las botas y me apresuro a recoger mi bicicleta, aún con los pensamientos surcando mi mente a mil por hora. No entiendo cómo un instante tan maravilloso como el que he vivido hoy puede haber culminado con un final tan desastroso.

Cojo la bicicleta y empiezo a empujarla a mi lado, caminando cuesta arriba. Estoy demasiado cansada como para subir pedaleando esta cuesta tan infernal, así que tendré que llevármela acuestas.

Cuando llego a casa estoy empapada de pies a cabeza, Charlene está muy enfadada y, para rematar, me duele cada célula que alberga mi cuerpo.

## 12

### El extraño

Prácticamente me he pasado la noche en vela, así que cuando abro los ojos y veo que son las seis y diez de la madrugada sé que no lograré volver a conciliar el sueño.

Mi obsesión hacia Oliver, después de lo de ayer, no ha disminuido. Quizás, en todo caso, haya aumentado.

Que Charlene esté enfurruñada conmigo por lo poco que le estoy apoyando y ayudando en la librería tampoco ayuda demasiado. Y si a todo eso le sumas su constante persecución para que me aleje del “asesino de Bolsover”, peor aún.

Me levanto de la cama y me dirijo a la ducha.

El agua caliente no es tan reparadora como de costumbre, pero me ayuda a sentirme un poquito mejor. Me niego a creer que no volveré a ver a Oliver; así que me digo a mí misma que nada más salir de la última clase acudiré a la bahía. Sé que decepcionaré, una vez más, a Charlene. Pero necesito verle. Es una necesidad que por mucho que quiera, no logro controlar. Si no está, puede que vaya a la librería — o puede que lo busque desesperadamente — .

Me visto pensando en lo culpable que se siente; casi hasta creer que no se merece ni un ápice de felicidad. No es justo. Sé que buena parte de ese remolino de sentimientos tienen que ver con el fallecimiento de su esposa, pero el otro pedazo restante se reduce al maltrato que le están infringiendo los vecinos de Bolsover.

“Estoy muerto, no tengo alma...”

¿O quizás...? ¿Puede qué...? Sacudo la cabeza de inmediato,

recriminándome mis morbosos sentimientos. Pero, ¿y si en realidad es culpable? ¿Y si siente que después de cometer ese crimen hubiera perdido su alma? ¡No! ¡No tiene sentido! Prácticamente no le conozco, pero sé que él no es así; no veo maldad en su forma de actuar.

Antes de salir de casa, le dejo a mamá una nota en la cocina: me he despertado pronto, desayunaré donde Jodie. Te quiero, Maddi.

Supongo que se enfadará igualmente; y todavía más cuando esta tarde no aparezca por la librería. Me consuela pensar que es mi madre y que por mucho que le pese no tendrá más remedio que perdonarme, ¿no? Al menos eso creo.

Las calles, aún iluminadas por las farolas, me sorprenden con un silencio sepulcral. Me pregunto si la cafetería estará abierta tan temprano y decido, independientemente de la respuesta, arriesgarme. Lo último que me apetece es desayunar con Charlene.

Una fina llovizna humedece mi rostro mientras pedaleo calle abajo. Intento pensar en el precioso amanecer que se refleja entre los nubarrones del cielo, pero últimamente no consigo concentrarme en nada. Esa pequeña peculiaridad que tenía para captar los detalles que me rodeaban se ha perdido desde el instante en el que pisé Bolsover — o mejor dicho, desde el primer instante que vi a Oliver —. Examino el anaranjado que se filtra entre el celaje, luchando por no quedarse atrás y tener un pequeño momento de gloria, pero sin ser capaz de disfrutar plenamente de ello. Mientras mi cabeza tan sólo repite: estoy muerto. No tengo alma. Soy una cáscara vacía.

Me quedo pasmada al detectar unos gritos nada más girar la esquina que da a la calle de la cafetería de Jodie. El alboroto se acentúa cuanto más me acerco al local, y cuando detengo la bicicleta en el exterior, diviso el origen de semejante escándalo en el interior. Un hombre, o mejor dicho, un joven de edad similar a la de Oliver, grita psicóticamente mientras se estira del largo cabello que llega hasta sus hombros. Su rostro está descompuesto, recordándome a la escena que Munch dibujó en “El grito”. La ansiedad que expresa es tan fuerte que me detengo, asustada, preguntándome si no debería dar vuelta atrás y abandonar el lugar.

Puedo ver cómo Jodie intenta calmarle, suplicándole que se siente en una de

las mesas del fondo. Mientras Randy parece enfrascado en preparar en tiempo record un té o algún tipo de infusión detrás de la barra.

Toco brevemente la puerta y Randy, que es el que más cerca se encuentra de ella, me indica con un gesto que pase al interior.

El chico detiene su grito y me escruta de hito a hito, mirándome con los ojos saltones y fijos.

— ¡TÚ! — grita, señalándome con el dedo índice — . ¡TÚ ME DIJISTE QUE ME MARCHARA!

Yo me quedo muda, preguntándome si le conozco o si podría haber coincidido en alguna otra ocasión con él. Tal vez en el supermercado o algo así...

— Ella no te dijo nada, Logan, tienes que calmarte.... Venga, tranquilo...  
— susurra Jodie con voz melosa, acariciándole suavemente la espalda.

Randy me indica con otro gesto silencioso que tome asiento en la barra y yo obedezco con el paso tembloroso.

— ¡TODO FUE POR TU CULPA! — continúa, señalándome — . ¡TÚ ME ENGAÑASTE! ¡ME DIJISTE QUE ME MARCHARA DE ALLÍ Y NO VOLVIERA JAMÁS!

Se me forma un nudo en el estómago al ver que continúa recriminándome algo, algo que yo no recuerdo y que, evidentemente, jamás sucedió.

— Yo no... — comienzo, pero nada más ver su expresión me detengo.

Si antes su mueca resultaba espantosa, ahora es todavía peor. Nada más escuchar mi voz ha torcido su rostro en un gesto antinatural, como si algo externo le poseyera.

— Yo no quería irme... yo no quería irme... — gimotea, lloriqueando en los brazos de Jodie como un niño pequeño.

— No pasa nada, cariño — le calma la dueña del local — , tu tía no tardará en llegar...

— ¡No es ella! ¡No es ella! — exclama de nuevo, señalándome.

Parece haberse dado cuenta de su error, lo que no sé si resulta aún más confuso.

— Tranquilo, Logan... No pasará nada... Estarás bien, ya lo verás...

Randy me acerca un café a la barra.

— ¿Estás bien? — me pregunta, escrutando mi expresión.

Yo me apresuro a responder y él se acerca más a mí.

— El pobre chico no está muy bien de la cabeza... — me cuenta en un susurro para que ellos no puedan escucharnos — . Tuvo problemas con las drogas y después, bueno... se quedó bastante mal.

— ¿Y su familia? — pregunto, confusa.

— Ahora vendrán a buscarle. Ha debido de escaparse del centro psiquiátrico en el que lo tienen ingresado. Pobre Logan...

Se me encoge el alma al verle, y por algún motivo, la imagen de Oliver me viene a la cabeza. No encuentro la similitud exacta, pero algo en ese chico me recuerda a él. Tal vez su rostro cargado de culpa y dolor, o tal vez... No lo sé.

Me tomo el café en silencio, mojando en la taza el cruasán calentito que Randy acaba de sacar del horno. El muchacho de detrás, Logan, parece haberse calmado y se está tomando su infusión en silencio. Me quedo pasmada cuando veo un borrón en el suelo y comprendo que son mechones de pelo que se ha arrancado de cuajo en su ataque de histeria y vuelvo a tragar saliva, intentando deshacer el maldito nudo que se ha formado en mi estómago. Sé que me costará sacar de mi cabeza esa imagen de él, con el rostro descompuesto al estilo de “El grito” mientras me señalaba con el dedo índice de manera acusatoria, con rabia e ira.

Escucho el resonar de la campanilla de la entrada y me giro para observar a los recién llegados. El nudo de mi estómago me estrangula más las entrañas cuando mis ojos chocan con Gael, el amigo de Matthew, y la que parece ser su madre — o al menos, eso diría yo por el parecido que tienen — .

— Randy... — saluda la mujer, caminando sin detenerse hacia el fondo de la

cafetería.

Me siento una intrusa, pero no me muevo de mi lugar.

La mujer me lanza una mirada mordaz y yo la ignoro, centrando mi atención en los restos de cruasán y en el café de mi taza.

— Muchas gracias, Jodie — susurra ella, agarrando de ambas manos a la dueña de la cafetería — , gracias por haberte hecho cargo de todo.

Jodie sacude la cabeza con una sonrisa.

— Ya sabes que no es nada, mujer... ¡Cualquiera hubiera hecho lo mismo!

Gael, mientras, se mantiene al fondo, en la puerta, resignado en un segundo plano. Vuelvo a girarme hacia él y no tardo en apartar la mirada, espantada, cuando comprendo que me está observando con la misma rabia e ira con la que se centraba anteriormente en Oliver. Ato cabos y llego a la conclusión de que Logan, el psicótico, debe de ser el primo de Gael. Supongo que no significa nada especial, pero también doy por hecho de que a Gael no le debe haber hecho demasiada gracia que yo estuviera aquí para presenciar la escena.

Me gustaría decirle que no diré nada, que no soy la clase de persona que va por ahí cotilleando sobre asuntos ajenos... Pero la hostilidad que se ha formado entre nosotros es tan patente que no me atrevo a abrir la boca en su presencia.

— Adiós, Randy — se despide la mujer, arrastrando del brazo al pobre muchacho.

Agacho la mirada, avergonzada por mi presencia, y contengo la respiración hasta que la campanilla tintinea indicando que ya se han marchado.

Jodie vuelve a colocarse detrás de la barra, frotándose las manos contra su delantal con sumo nerviosismo. Debe de haber sido duro para ella porque su rostro, tan expresivo como siempre, delata el mal trago que ha pasado.

— ¡Pobre chico! ¡Pobre chico! — exclama, afligida.

Randy asiente en silencio, apagando la radio que estaba encendida de fondo. El local se sume en un silencio perturbador, tanto, que comienza a crearme



mal estar. Decido terminarme el contenido de la taza de un trago y despedirme de ellos para abandonar el lugar cuanto antes. Jodie parece tan ensimismada que ni siquiera se percata de mi despedida.

Antes de coger mi bicicleta, compruebo en mi reloj de muñeca que voy sobrada de tiempo, así que me tomo con calma el trayecto hacia el instituto. En estos instantes, mi cabeza es un torbellino de escenas, ideas, suposiciones y vivencias. Un cóctel sin sentido demasiado perturbador.

Las clases transcurren con normalidad, lo que es de agradecer. Cuento cada minuto que falta para que resuene el timbre de salida porque necesito, desesperadamente, acudir a la bahía en busca de Oliver.

Pauline tampoco colabora mucho en lo que a distracción se refiere; supongo que los rumores sobre mi relación con el asesino han debido llegar hasta ella y, aunque mantiene una actitud agradable hacia mí, soy consciente de que está procurando que no se la vea interactuar demasiado conmigo.

Cuando termina la clase de literatura, salgo escopetada como alma que lleva el diablo para recoger mi bicicleta. No llueve, lo que es de agradecer. Comienzo a pedalear con rapidez y ansia, deseando llegar cuanto antes al lugar. Es como si, de pronto, mi cuerpo estuviera conectado al suyo por un cable y necesitara alcanzar el otro extremo de él para sentirme... bien. Completa. ¡Viva!

Esa es la palabra... ¡Viva!

Me cuesta entender que Oliver diga que está muerto, sin alma, cuando es capaz de crear tanta controversia en mis sentimientos y pensamientos. A veces me imagino lo sencillo que resultaría expresarse si en vez de tener que decir las cosas en voz alta, pudieran leer mi mente, mis pensamientos. Sería como leer un libro y no tendría la necesidad de rebuscar las palabras adecuadas para mostrartodo esto que siento — principalmente porque mis pensamientos no suelen tener demasiado sentido lógico — .

Voy tan rápido, que puedo percibir el silbido que provoco en el viento al avanzar a gran velocidad. Me lanzo cuesta abajo sin pensarlo, deseosa de que la maldita cuesta llegue a su final y el mar se extienda ante mí. Puedo imaginar el Mercedes grisáceo aparcado en el parking y a Oliver nadando en

la bahía, así que pedaleo con más y más fuerza. Más rápido. Más intensamente.

Hasta que alcanzo el final. Estoy tan concentrada en buscarle a él, a su coche o a cualquier otro signo o pista que me indique su presencia que me olvido de frenar. Soy consciente de que tan solo unos metros me separan de las rocas y clavo ambos frenos, procurando mantener la distancia y detener el aparato al tiempo para no caer. Patino y salgo disparada hacia delante, estrellándome de lleno contra el asfalto. Mi cuerpo retumba contra el suelo y escucho un chasquido que sospecho, proviene de alguno de mis huesos. Un dolor agónico recorre la rodilla en la que tengo la quemadura y mi cabeza da vueltas y más vueltas mientras vuelvo a abrir los ojos.

Estoy sola. Aquí no hay... nadie.

No está.

Preciso de varios minutos para asimilarlo y, cuando logro hacerlo, me invade una tristeza tan abrumadora que me olvido por completo del dolor del golpe. Todo me da vueltas, aunque dudo que sea un efecto secundario del impacto.

Me estoy debatiendo sobre si debería quedarme aquí, esperándole... Pero algo en mi interior me dice que no vendrá; que lo de ayer fue una despedida. Un adiós.

Me pongo de pie — haciendo un gran esfuerzo — , y vuelvo a subirme a la bicicleta. Soy consciente del dolor cuando comienzo a pedalear y cada parte de mi cuerpo reacciona, recriminándome el maltrato al que últimamente le tengo sometido.

Conduzco sin sentido, demasiado apabullada y atosigada hasta que me descubro en el pueblo de Bolsover, sin saber muy bien hacia dónde deberíadirigirme. Me gustaría plantarme en su casa y apalea su puerta hasta que me reciba, pero sé que eso no me dejaría en demasiado buen lugar — y, además, tampoco sé dónde vive — .

Al final, termino acercándome a la librería para saludar a Charlene. Supongo que me servirá para mantenerme entretenida y firmar, de algún modo, la paz oficial con ella.

— ¡Oh, Dios mío, Maddi! — exclama, impactada, observándome de hito a hito.

Me miro de arriba abajo sin entender su reacción y compruebo que, tras la caída, mis ropas han terminado completamente embarradas. ¡Genial!

— Me he caído con la bicicleta... — le cuento, un tanto desganada.

Intento sonreír y mantener una actitud positiva, pero me cuesta demasiado.

— Ese trasto terminará dándome algún disgusto, Maddi... — refunfuña, colocándose detrás del escritorio —, quizás deberías de devolvérsela a tu amiga antes de que terminemos teniendo un disgusto.

Yo sonrío, sin responderle.

No me apetece entrar en otro de sus debates.

— ¡Mamá! ¡Esto está genial! — exclamo, maravillada por su buen aspecto.

Pensaba que en unos días Charlene terminaría convirtiendo el espacio en una leonera, pero debo admitir que se le está dando muy bien.

Me entretengo con ella la tarde entera, colocando algunos estantes y quitando el polvo a otros. Mi presencia no ayuda demasiado, porque no estoy de humor para gastar bromas y mantener conversaciones con los clientes que entran a cotillear, pero al menos hago acto de presencia. Supongo que de este modo no podrá recriminarme mi falta de interés en su negocio.

A las siete, una hora antes de que Charlene eche el cierre, decido marcharme a casa. Estoy demasiado cansada y siento los músculos de mi cuerpo excesivamente agarrotados como para mantenerme de pie.

La ducha me recibe con las manos abiertas y el agua calma el dolor. Tengo algunas zonas de mi cuerpo amoratadas por la caída, pero en general estoy bien. La quemadura de mi rodilla también ha mejorado, así que no debo preocuparme por mi estado físico. En cambio, mi estado mental se encuentra hecho un verdadero desastre, sumido en un caos total.

Me pongo el pijama y lavo rápidamente los platos que hay en el fregadero para que Charlene no pueda echarme en cara, tampoco, mi falta de

colaboración.

Después me tumbo en la cama, demasiado cansada para realizar ninguna tarea más... Aunque sé que, a pesar de mi cansancio, hoy tampoco lograré conciliar el sueño.

## 13

### Ave Fénix

Parece que las pesadillas se han convertido en algo habitual.

A pesar de sufrirlas cada noche, sigo despertándome igual de sobresaltada que al principio. El sudor empapa mi camiseta y las sábanas de mi cama, así que me escabullo entre ellas para salir al frío y después las arranco del colchón y las dejo hechas una bola en una esquina, para que no se me olvide tirarlas a lavar antes de marcharme al instituto.

Me doy una ducha y me visto, pero antes de bajar a desayunar me quedo observando con detenimiento la pintura que realicé la noche anterior. Esta vez no se trata de Oliver, si no de un ave. Un ave mitológico que extiende sus alas entre el fuego, ocupando cada centímetro de espacio que hay en la página. Los trazos del dibujo son tan reales e intensos que me cuesta creer que haya salido de mí, de mis manos, de mi cabeza. Es como si lo hubiera dibujado en mitad de un profundo trance que ahora no soy capaz de recordar.

— Ave Fénix... — murmuro, repasando sus salvajes y ardientes alas con la yema de mis dedos.

Pero... ¿por qué he dibujado un Fénix?

Pienso en la historia mitológica que encerraba esta magnífica criatura, con sus lágrimas curativas y su capacidad de renacer de sus propias cenizas después de arder y desaparecer del mundo... Su capacidad de sobrevivir a todo, incluso a pesar de terminar reducida a polvo.

“Estoy muerto...”

Puedo escuchar la voz de Oliver como si me estuviera hablando en este

mismo instante. Se me forma una pelota en la garganta y me cuesta tragar saliva al pensar en él. Solamente imaginar que no quiere volver a verme me crea una ansiedad insoportable.

— ¿Maddi? Llegarás tarde... — me apresura Charlene, sirviéndome el café.

Me distraigo de mis pensamientos y sonrío a mi madre, que parece encontrarse de mejor humor que los días anteriores.

— No te preocupes — replico, revisando el reloj de mi muñeca — , voy bien de tiempo.

Parece que haber ayudado en la librería el día anterior ha tenido su efecto positivo en ella.

Me bebo el contenido de la taza de un trago y me apresuro escaleras arriba para calzarme las botas. No sé porqué, cuando estoy a punto de abandonar mi habitación, regreso una última vez para coger el dibujo del fénix y meterlo en mi cartera, doblado por la mitad.

Tengo pensado acudir al instituto hasta que me subo en la bicicleta y entonces algo en mi cabeza hace “click”, desbarajustando mis habituales planes. Necesito volver a verle, no me importa el modo en el que lo consiga y me sorprende al comprobar que es una necesidad tan exigente como respirar para seguir viva.

No he pedaleado más que unos cuantos metros cuando algo que desentona en el paisaje me obliga a reducir la velocidad de la bicicleta, accionando el freno trasero. Está tan quieto y tan inmóvil ahí, que casi parece haberse sintetizado con su alrededor; como si se tratase de una figura de mármol y no de una persona de carne y hueso.

Es Gael.

Estoy a punto de saludarle brevemente con la cabeza cuando detecto su mirada hostil, su rostro furioso y expectante. El nudo que anteriormente tenía formado en la garganta oprime mis cuerdas vocales hasta que suelto un pequeño chillido de espanto, atemorizada por la actitud del muchacho. Es extraño, porque nada más pasarle de largo echo la mirada atrás y veo que comienza a caminar en mi misma dirección, como si tan solo me hubiera

estado esperando y su quehacer en el lugar hubiera dejado de tener sentido. Acelero el ritmo de pedaleo para perderle cuanto antes, mientras despejo mi cabeza de su visión e intento relajarme. No tiene razones para estar furioso conmigo, ¿verdad? O bueno, quizás sí que las tenga — a su manera, al menos — . Que el día anterior presenciase el ataque de su primo no debió de hacerle demasiada gracia, menos aún cuando su actitud hacia mí ya era lo suficiente desagradable después de que descubriera mi relación con Oliver Raymond.

Vuelvo la mirada hacia detrás y compruebo que le he perdido de vista, así que suspiro aliviada centrando mi atención en las cosas más importantes que ocupan mi lista de prioridades. Oliver. Tengo que encontrarle.

¿Cómo podría averiguar dónde vive?

Tengo bastante claro que los vecinos de Bolsover no están dispuestos a colaborar conmigo, así que tendré que ingeniármelas por mi cuenta.

Aparco mi bicicleta frente a la cafetería de Jodie y me siento en el mismo taburete que cada mañana. Jodie me sonrío y sin preguntarme, me sirve un café con leche y dos cruasanes calentitos — uno envuelto para llevar, claro — .

— ¿No vas a llegar un poco tarde al instituto? — inquiera, frotándose las manos en el delantal y comprobando el reloj de pared que está colgado sobre su cabeza.

Yo también reviso el reloj superficialmente.

— Puede — respondo risueña, mientras ella apoya ambos codos sobre la barra, frente a mí — , pero era eso o pasarme la mañana muerta de hambre.

— Te entiendo — responde Jodie, guiñándome un ojo — . No le diré nada a Charlene... ¡Palabra!

Suelto una pequeña risita apurando los pozos de café que quedan en mi taza. La cafetería está sorprendentemente vacía, de manera que el ambiente invita a relajarse.

— Jodie... — pregunto con precaución — , el chico de ayer... ¿era el primo

de Gael?

La dueña del local tuerce una mueca en señal de disgusto, aclarándome que ese tema de conversación no resulta de su agrado.

— ¿Por qué lo preguntas? — me responde a la defensiva, sospechando de mi repentino interés.

Yo me pienso un par de segundos si responderle con sinceridad o no.

— Supongo que..., bueno, creo que no le hizo demasiada gracia verme aquí, ayer..., ya sabes...

Ella asiente.

— Supongo que quizás no, pero tampoco fuiste testigo de nada inusual — repone, encogiéndose de hombros.

— ¿Ocurre muy a menudo?

— De vez en cuando, sobre todo durante esta época. Cada vez que puede se escapa del centro y aparece rondando por las calles de Bolsover. El pobre muchacho ha sufrido demasiado..., sí, demasiado.

Estoy a punto de preguntarle por qué, pero entonces el jefe de policía Turner aparece en el establecimiento, escrutándome de hito a hito. No le soporto, pero me obligo a fingir una sonrisa de amabilidad y a parecer agradable.

— ¿Lo de siempre, Scott? — pregunta Jodie, dirigiéndose a la máquina de café.

— ¡Por favor! — exclama el policía, sentándose junto a mí.

De repente, siento ansias por abandonar el local cuanto antes, así que comienzo a engullir el cruasán que me queda sobre el plato, deseosa de perder a ese hombre de vista.

— ¡Hasta luego, Jodie! — grito, levantándome de un salto.

Echo a caminar hacia la puerta, apresurada, cuando noto su fría mano caer sobre mi hombro, reteniéndome. Me giro con lentitud, evitando que los



nervios me traicionen.

— ¿Madison? — pregunta con un tono de voz frío.

Trago saliva antes de responder.

— ¿Ocurre algo, jefe Turner?

Él me devuelve una sonrisa cargada de condescendencia.

— En realidad, quería decirte que tu herida está mucho mejor... — murmura, señalando mi cabeza — , es increíble lo rápido que te has sanado.

Yo asiento, manteniendo — no sin gran esfuerzo — mi fulgurante sonrisa falsa en el rostro.

— El médico que te cosió hizo un gran trabajo...

Puedo apreciar el sarcasmo en su tono de voz, pero me cuesta entender a dónde quiere llegar con esta conversación.

— Seguro... Debo irme, jefe Turner.

— Sí, claro... — me dice, despidiéndose con un guiño de ojo — . Nos vemos muy pronto, Madison.

Abandono la cafetería con paso acelerado, sin siquiera volver a girarme para despedirme de Jodie por segunda vez. ¿Pero qué diantres le pasa a ese hombre? Es como si tuviera algo contra mí, un as en la manga que está reservándose para aplastarme en cualquier momento. A pesar de que no tenga ningún sentido, sé que no me tiene en estima.

Me subo en la bicicleta y compruebo, antes de lanzarme calle abajo, que Scott Turner continúa con la vista clavada en mí, sonriendo. Le devuelvo el mismo frío gesto y aparto la mirada sin poder evitar un intenso escalofrío, similar a un mal presentimiento.

Decido que ni Gael ni el jefe de policía perturbarán mis planes, al fin y al cabo, no he resuelto hacer novillos sin ningún motivo.

Estoy a punto de caer al suelo cuando, al pasar por delante de la casa de

cultura de Bolsover, clavo los frenos sobre el mojado asfalto haciendo derrapar la bicicleta.

¿Para qué necesito la ayuda de los vecinos teniendo un registro de las propiedades de Bolsover? No puedo evitar darme una palmadita mental a mí misma por mi astucia mientras me apresuro con nerviosismo al interior del edificio.

Asciendo hasta el último piso tropezando con mis propios pies y saludo a la recepcionista cuando accedo a la biblioteca municipal.

¿Por dónde comienzo?, me pregunto, mirando las enormes estanterías que se abren paso frente a mí. El olor a polvo y a libros usados ataca mi nariz, haciéndome sentir de alguna manera como en casa.

Camino unos pasos al frente con poca decisión, arrastrando la yema de mi dedo índice a través de los nombres con los que se ha bautizado cada sección de estantes.

— ¿Puedo ayudarte en algo?

La voz de la joven a mi espalda me sobresalta, haciéndome pegar un pequeño respingo al girarme hacia ella.

— Yo..., esto... — empiezo, entrecortada — , estoy buscando el registro de tierras y propiedades de Bolsover.

Supongo que mi petición no suele ser demasiado habitual, porque la chica frunce el ceño y me observa de hito a hito. Es joven, tendrá tan solo un par de años más que yo, lo que de alguna manera me hace sentir confianza en mí misma.

— Entonces tendrás que pasar a la sala de ordenadores — especifica, señalando el lugar con un gesto — . Hace tiempo que se informatizaron los registros y la administración lleva todo a través de ellos.

Yo asiento, apresurándome al lugar con rapidez.

Parece que soy una ladrona a punto de cometer un crimen o algo similar. Una parte de mí lamenta estar rebuscando la dirección de Oliver de esta manera y otra parte aún más grande se pregunta qué pensaría la gente si tuviera conocimiento de mis sentimientos y mi comportamiento hacia él.

Seguramente, Charlene y yo tendríamos que abandonar el pueblo con lo puesto, escopetadas.

— ¡Perdona! — vuelve a exclamar la chica, pillándome desprevenida — . Soy nacida en el pueblo de Bolsover y esto no es demasiado grande — asegura, riéndose tontamente — , así que seguramente pueda ayudarte yo misma.

Me giro hacia ella y sopeso su propuesta en silencio.

— Si quieres, claro... — añade, avergonzada por su atrevimiento.

Unos segundos más tarde, acepto.

Al fin y al cabo, terminaré antes si ella me echa una mano.

— Estoy buscando la vivienda de Oliver Raymond — susurro en voz muy bajita, evitando que nadie más pueda escucharme.

Creo que no hay nadie presente a nuestro alrededor, pero decido ser precavida por si acaso.

La chica de la biblioteca abre los ojos como platos, escrutándome. No puedo identificar la expresión de su rostro, pero me apuesto el almuerzo a que, como mínimo, se siente sorprendida. Me gustaría saber qué se le estará pasando por la cabeza...

— ¿Eres periodista? — pregunta, dubitativa.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación, pero de la misma me arrepiento.

Supongo que todo hubiera sido más sencillo si yo le hubiera respondido que “sí”, porque ahora tendré que explicar mi interés personal en Oliver Raymond.

— ¿Y por qué quieres visitar a ese hombre?

Suspiro aliviada al comprobar que su tono de voz no delata ningún tipo de odio, tan solo curiosidad.

— Necesito hacerle unas preguntas sobre su seguro del coche — miento con rapidez, improvisando lo mejor que soy capaz — . Le di un pequeño golpe hace poco y creo que no anoté bien sus datos en aquel instante...

Ella duda.

— Soy nueva en el pueblo — concluyo, dedicándole una sonrisa agradable — . Me llamo Madison.

— Gina — responde, alargando su brazo.

Le estrecho la mano con confianza, analizando la extraña mueca que muestra su rostro.

— Verás... No sé si sabes la historia de Oliver... — dice entrecortadamente — . Bueno, supongo que no es asunto mío, pero creo que deberías de conocerla si vas a ir a su casa y eso.

Yo me encojo de hombros.

— Sí, escuché lo del asesinato de su mujer y que él fue sospechoso en la investigación antes de quedar absuelto del crimen — me apresuro a aclarar — . Supongo que debe de ser horrible saber que el asesino sigue por ahí suelto y no sospechar ni siquiera quién puede ser...

Cuando añado esto último, Gina se encoge de hombros.

También cree que Oliver es el asesino; aunque le está costando decidir si debe replicarme o no.

— En realidad, no hubo pruebas concluyentes para condenarle y su abogado se dejó la piel en desmontar cada hecho en su contra — susurra en un hilillo de voz, prácticamente en mi oreja — . Pero en Bolsover todos sabemos que él es el asesino.

El nudo de mi garganta, que se ha extendido hasta mi estómago, me aprieta con más fuerza. Me cuesta respirar al escuchar una acusación tan grave ser pronunciada con tanta ligereza.

— Lo siento, Madison, no pretendía asustarte — añade al comprobar la expresión de horror que debe de transmitir mi rostro — , y tampoco pretendo juzgarle con dureza, ¿sabes? Sé que todo el mundo se merece el beneficio de la duda, pero Oliver Raymond no sólo destrozó la paz que reinaba en Bolsover, también arrebató muchas vidas.

“Muchas vidas...”, pienso, consternada. Es increíble que ni una sola persona crea en él. Que nadie dude.

— Imagínate lo que significó para los padres de Katie Lawrence que el asesino de su hija terminara en libertad, decidido a continuar en Bolsover...

Por primera vez, descubro el apellido de soltera de Katie.

Me quedo en silencio, esperando a que Gina añada algo más que pueda ser de mi interés.

— Ellos no podían seguir viviendo aquí, claro... Podían encontrarse en la panadería, en el supermercado o algo similar. No iba a ser plato de buen gusto para ellos y él no parecía decidido a marcharse, así que tuvieron que huir.

— ¡Vaya! — respondo, prácticamente sin voz.

— Y si no tenían poco con todo eso, terminaron perdiendo a su otro hijo.

— ¿Murió?

Ella sacude la cabeza.

— No, pero casi hubiera sido lo mejor... tuvieron que encerrarle — añade, sumida en sus pensamientos — . En fin, Madison, ¿sigues queriendo saber dónde vive?

Yo me apresuro a responderle que sí silenciosamente, incapaz de pronunciar una sola palabra, y Gina comienza a garabatear algunas palabras en un cacho de papel.

— Buenasuerte — dice, tendiéndomelo.

Acepto las referencias y me despido con la mano, intentando dibujar una sonrisa que no se plasma en mi cara.

Bajo las escaleras con el papel bien aferrado en mi puño, aún procurando digerir las palabras que Gina acaba de decir. Cuando abro la puerta para salir del edificio me sorprende con una leve llovizna y un cielo encapotado; como suele ser habitual en este pueblo.

Reviso las indicaciones que Gina me ha escrito. Oliver debe de vivir en una de las casitas que hay a las afueras de Bolsover, muy cerca de la carretera que da acceso a mi instituto. Estoy pensando que a pesar de la lluvia no debería de tardar más de siete minutos en estar ahí cuando me doy cuenta de que mi bicicleta ha desaparecido.

— ¡No puede ser! — resoplo, incapaz de procesar que alguien en Bolsover haya sido capaz de robarme la bicicleta.

¿Pero quién demonios podría querer una bicicleta? No tiene el más mínimo sentido. Me digo a mí misma que era nueva y que muchos adolescentes suspirarían por una bicicleta tan cara, pero aquí, en un pueblo como éste... No lo entiendo. No tiene sentido.

Supongo que no me queda más remedio que caminar hasta allí, a pesar de la lluvia y de la distancia. Aferro la cartera entre mis brazos, protegiéndome del frío con ella, y agradezco en el alma no haberla dejado enganchada en el cestillo de la bicicleta. No tengo nada de verdadero valor, pero el dibujo del ave fénix ha adquirido un significado especial para mí y no me gustaría que me lo arrebatasen antes de tiempo.

Alcanzo la carretera principal congelada, empapada y con la mandíbula tensa para que los dientes no me castañeen. Hay varios desvíos que dan hacia esas casitas de las afueras y decido arriesgarme y echar a caminar por el primero, rezando que de alguna manera estén interconectados por si me he confundido. Lo último que me apetece es desandar el camino y volver a empezar.

La lluvia se acentúa cuando doy con la vivienda número tres.

Me quedo paralizada en la entrada del sendero que conduce hasta el porche de la casa, intentando asimilar aquello que mi vista tiene delante: es un jardín envuelto en miles de flores de todos los colores, rodeado de pequeños arbustos y esbeltos árboles de los que trepan enredaderas cuyos tallos son decorados por pequeñas y bellas madreselvas. El aroma de todas esas flores inunda mis fosas nasales mareándome por momentos y haciéndome creer que, en realidad, me encuentro viviendo un sueño; un cuento de hadas o algo similar.

El jardín conduce hasta un pequeño porche de madera; desde aquí puedo

atisbar que en su interior, resguardado por un toldo blanco, hay una mecedora y un banco junto a una mesita.

Camino un paso al frente; decidida a aventurarme en aquel mágico lugar a pesar de sentirme como una intrusa. A mi derecha está el Mercedes grisáceo de Oliver, lo que indica que se encuentra en casa a pesar de que desde mi posición no pueda avizorar ninguna luz en el interior de la vivienda.

La madera del porche ruge, quejándose del peso de mi cuerpo. Me deslizo hasta la puerta de forma sigilosa, arrastrándome avergonzadamente hasta llegar a ella. Cuando alzo el brazo para llamar al timbre siento una sensación similar a la de millones de hormigas paseándose por mi cuerpo. Quiero sacudírmelas de encima, pero sé que tan sólo se encuentran en mi mente.

Toco el timbre y la melodía resuena.

Contengo la respiración.

Mis nervios se acentúan.

Un segundo, dos segundos, tres segundos...

Escucho unos pasos al otro lado de la puerta y el ladrido de un can. ¿Oliver tiene perro? ¿De verdad eso ha sido un perro?

Me giro hacia el jardín, intentando volver a contemplar el número 3 sobre el buzón de la entrada para asegurarme de que estoy en el lugar correcto. Estoy convencida de que nadie en su pleno juicio podría considerar un asesino al propietario de este mágico entorno, pero supongo que ninguno de los habitantes de Bolsover bajó hasta aquí para darle el pésame a Oliver cuando Katie murió.

Vuelvo a percibir los pasos y las patitas del can correteando al otro lado, aunque esta vez parecen alejarse de la puerta.

“¿No va a recibirme?”

Ese pensamiento es lo suficientemente fuerte como para hacer regresar mi ansiedad. Vuelvo a golpear el timbre con mi puño, esta vez con más desesperación de la que me gustaría mostrar. Los segundos se convierten en

minutos y se hacen eternos, silenciosos y dolorosos.

— ¿No pien...en...sas abrir la puerta, Oliver? — pregunto, alzando mi voz.

El frío que recorre mis huesos me obliga a tartamudear levemente, pero yo me esfuerzo en mantener mi tono de voz firme.

— ¡No voy a marcharme! — grito, enfurecida, pensando que en algún momento tendrá que salir y enfrentarse a mí.

Me siento mareada, tengo frío y estoy confundida.

Ni siquiera entiendo mi comportamiento, así que comienzo a sospechar que estoy perdiendo la cabeza.

Camino hasta las escaleras y me siento resguardada de la lluvia, justo debajo del toldo. Saco la cartera, intentando distraerme y mantenerme ocupada y comienzo a garabatear en un papel cuando veo el dibujo del fénix sobresaliendo al exterior.

“Estoy muerto”, “soy una cáscara vacía”.

Sus palabras resuenan en mi cabeza con tal realismo que me da la impresión de que con tan solo estirar el brazo podría rozarle. Arranco el dibujo de la cartera y vuelvo a caminar hasta la puerta, aún con esa sensación de estar vigilada.

— ¡Por favor, Oliver...! — grito, esperando apelar a su bondad — . ¡Ábreme, por favor!

Estoy a un centímetro de deslizar el papel por la ranura que queda bajo la puerta cuando, pensándomelo mejor, regreso para coger un lapicero.

**“Todos somos capaces de renacer, incluso cuando nos hemos convertido en ceniza y polvo”.**

Lo doblo por la mitad, dejando la frase en la cara superior, y ahora sí lo deslizo por la ranura. Puedo sentir su presencia al otro lado de la puerta.



— Sólo quiero volver a... hablar contigo.

Contengo mi respiración, a pesar de que mis pulmones luchan por hincharse y llenarse de aire, y el tiempo queda suspendido hasta que escucho los engranajes de la cerradura cediendo al giro de la llave.

— No te entiendo, Madison — me dice con su expresión contrariada y su voz sedosa.

Me quedo petrificada y ensimismada en sus profundos ojos oscuros, pero al final consigo reaccionar.

— Te dije que era testaruda.

— Y estúpida — añade con seriedad.

— Puede ser...

Me observa de hito a hito y tengo la sensación de que está intentando acceder a mi mente, traspasándome con su mirada.

— También masoquista.

Yo me encojo de hombros, incapaz de reprimir una breve sonrisa.

— Y poco inteligente.

— Puede ser... — repito, ahora con la sonrisa más amplia.

— ¿Y por qué tendría que abrirle la puerta de mi casa a una chica testaruda, poco inteligente, masoquista y estúpida?

Necesito dos segundos para encontrar la respuesta correcta.

— Porque me mereces.

Él lo sopesa, pero al final se hace a un lado para dejarme pasar.

Un pequeño cachorrito de Beagle se lanza corriendo a saltar en mi pierna agitando su rabo con nerviosismo y felicidad. Le acaricio la cabeza, aún incapaz de creerme que Oliver tenga una mascota, y el pequeño perrito me devuelve el gesto con más lametones.

Alzo la mirada cuando paso al interior y la sorpresa es tan grande como con el jardín; el interior de la vivienda sigue siendo un verdadero cuento de hadas, decorada con colores cálidos, madera y tonos beige y rojizos.

— Pasa al salón, encenderé la chimenea — me dice, escrutándome de hito a hito.

A pesar de no haberme mirado en un espejo, sospecho que mi aspecto debe de ser realmente penoso. Siento el peso de mi ropa empapada en cada movimiento que realizo, así que me lo pienso dos veces antes de sentarme en el sofá.

— Te traeré algo seco...

Mientras se aleja puedo ver que aún conserva mi dibujo en sus manos.

Reviso la estancia con curiosidad, prestando atención a los objetos de los estantes. Arriba, justo encima de la chimenea, hay tres enormes trofeos que — por sus formas y figuras — sospecho que son de Oliver, de campeonatos de natación. No veo fotografías, ni siquiera de Katie o de él. Paseo mis ojos por cada rincón en busca de algún detalle llamativo, pero todo es sencillo y personal.

— Toma... — murmura, entregándome varias prendas.

Al principio pienso que pueden pertenecer a su mujer, pero nada más desdoblarlas comprendo que son suyas — lo que me resulta tranquilizador —.

Veó cómo asciende un leve rubor a sus mejillas cuando comienzo a desnudarme y a deshacerme de las ropas mojadas hasta quedar en ropa interior. No tiene sentido que me vaya al baño a vestirme, porque ya me ha visto desnuda.

— Yo... siento... — comienza, entrecortado, desviando la mirada hacia el suelo — , siento mucho... como me marché. El otro día... las maneras y...

— No importa — respondo, recordando el perfecto momento que viví a su lado y lo rápido que se esfumó.

Me termino de colocar el chándal que me ha dejado; a pesar de lo grande que

me queda, es calentito y estoy cómoda con él. Me remango los puños y me enrosco la cinturilla para subir el pantalón.

— Es que no entiendo qué ves... en mí — suspira.

— Un hombre del que me he enamorado.

Escupo las palabras sin pensar, sin repetirlas en mi cabeza.

No soy consciente de lo mal que ha debido de sonar para él hasta que sus ojos se posan sobre mí.

— ¿Por qué, Madison? No sabes quién soy...

— No puedo saberlo porque no me dejas conocerte, Oliver.

— Pero sabes lo que ellos dicen. Sabes lo que piensan.

Sí, claro que lo sé.

— Pero creo en tu inocencia — afirmo, sosteniéndole la mirada con firmeza, evitando que ningún atisbo de duda pueda empañar mi afirmación.

Alza el papel con el dibujo del ave fénix, mostrándomelo en alto.

— Yo no podré renacer de mis cenizas, Madison...

— Sí que...

— No lo entiendes, ¿verdad? — me corta, sin dejarme terminar — . El día que la perdí a ella algo en mi interior se murió, pero después..., simplemente fui sepultado y condenado en vida.

No lo dice, pero entiendo que se refiere al trato que recibe de los ciudadanos de Bolsover y a la soga que le han colgado alrededor del cuello.

— ¿Y por qué no te marchas?

— No puedo irme sin... sin...

Las palabras se pierden en su interior y su rostro se desgarró, empapándose en lágrimas. Camino un paso hasta quedar frente a él y alzo los brazos para rodearle de manera dubitativa, pero después lo aprieto con fuerza y lo

estrecho contra mí misma.

El llanto de Oliver se acentúa y yo puedo sentir su dolor liberándose a través de los poros de su piel. Sus lágrimas empapan mi clavícula y su grito de desesperación inunda el salón. En ese instante, las lágrimas curativas del ave fénix acuden a mi mente y creo que, quizás, si consigue sacar todo lo que alberga al exterior pueda curarse, pueda sentir... pueda amarme.

Cuando el llanto concluye alza su mirada y puedo ver el dolor inhumano que se esconde tras ella. No soy capaz de decir nada, porque antes de poder abrir la boca sus gruesos labios se han posicionado contra los míos, haciendo que mi corazón se paralice en el instante.

Cuando se aparta brevemente de mí, puedo ver la vergüenza, entremezclados con otros miles de sentimientos, impresa en su rostro.

— Empieza una nueva vida, Oliver... — susurro en voz baja, acariciándole con mis dedos su mejilla, impregnándome de su suave y lisa piel — . Hazlo.

— ¿Vendrías conmigo?

No necesito pensar la respuesta.

— Lo haría.

Él sonríe lentamente, sin dejar de mirarme, y alza su mano para apoyarla sobre mi rostro, de manera que nuestros gestos quedan reflejados el uno en el otro.

— Lo suponía... — dice, entristecido — . No te merezco, Madison... No merezco nada ni a nadie.

— Tienes que irte, tienes que creer y tienes que decidir continuar — respondo con un hilillo de voz — . No puedes dejar que todo termine así, Oliver... Eres demasiado joven.

Su media sonrisa irónica vuelve a cruzarle el rostro.

— No me iré — concluye, apartándose unos centímetros de mi cuerpo para poder sentarse en el sofá.

Ambos nos quedamos observando el crepitar del fuego de la chimenea,

pensativos. Intento comprenderle y pensar como él, pero...

— No puedo marcharme sin saber quién fue, Madison — murmura con seriedad — . Alguien tiene que pagar por lo que sucedió...

— ¡Oh! — exclamo.

Entiendo.

Ahora, por fin, lo entiendo.

— Pues déjame quedarme a tu lado, Oliver, déjame ayudarte a renacer, a volver a vivir.

En vez de responderme, se gira hacia mí para valorar el peso de mis palabras. Estoy hablando sin miedos y con el corazón abierto, liberando todo lo que he sentido desde que llegué al pueblo de Bolsover, así que no me arrepiento y continúo.

— Yo quiero estar aquí, contigo... Y no tengo miedo de nada ni de nadie, ni me importa en absoluto qué piensen de mí.

— No te mereces esto...

Alzo una mano, vacilante, para posarla sobre su brazo.

— ¿Y tú sí? ¿Acasotú te mereces este sufrimiento? — pregunto con dolor, fijándome en la expresión apenada que reflejan sus facciones.

— No lo sé...

— Déjame escoger, por favor — suplico, intentando evitar que vuelva a apartarme de su vida — . Déjame quedarme a tu lado...

No soy muy consciente de mis propios movimientos; lo único que sé es que me mueve el instinto y, quizás, también la pasión del momento. El tenerle aquí delante por fin, rindiéndose a mí, permitiéndome estar a su lado.

Me encantaría poder expresarle cada pensamiento que ha cruzado mi mente desde que pise este maldito lugar, hacerle saber que casi todas mis decisiones se movieron en torno a él, a su nombre, a su historia. Como si Bolsover me hubiera atraído hasta su núcleo para reunirme a su lado, para cruzarme en su

camino.

Cuando quiero darme cuenta estoy sobre él, sentada delicadamente en su regazo. Oliver está quieto como una estatua, observando y valorando mi forma de actuar. Pero yo no quiero pensar y tampoco quiero seguir hablando. Quiero sentirle, quiero que volvamos a ser llamas, que nuestros cuerpos vuelvan a unirse y que no sea necesario decir nada para saberlo todo.

Hundo mis labios contra los suyos, presionándolos con ansia, esperando a que el responda a mi ataque. Y lo hace. Abre su boca y desliza su lengua para conquistarme, invadiendo todo el espacio que puede. Rodea mi cuerpo con sus brazos y me presiona contra él, mientras un suave y sensual baile de caderas empieza a apoderarse de mí con lentitud. Deseándole. Ansiándole. Queriéndole. Pidiéndole más. Mucho más.

Recorre mi figura con las manos temblorosas y después tira de mi camiseta para sacármela por la cabeza. Me sorprende comprobar que ya no siento inseguridades ni miedos de ese estilo; simplemente estoy hambrienta, deseosa.

— Madison, yo... — comienza, deteniendo por un breve instante sus movimientos.

Pero yo no dejo que continúe, porque sé que él sí siente temor; aunque no sea relacionado con su aspecto, con su físico o con agradarme a mí.

Sé que le asusta a dónde pueda conducirnos esto, lo nuestro. Sé que le asusta pensar que soy demasiado joven. Sé que le asusta imaginar que en un futuro no me podrá corresponderme.

Pero yo sé que él es como el ave fénix, que renacerá...

Y que yo estaré allí para verlo.

Me levanto de su regazo y tiro de su mano para que me siga y se ponga en pie. El sonido de nuestros besos se mezcla con el crepitar de la chimenea creando un instante tan mágico como ese jardín que hay en el exterior. Me aprieto contra él, pero me detiene y me separa de su cuerpo para observarme y, después, desnudarme.

Me desea. Puedo sentirlo en sus manos ardientes y en sus besos

desenfrenados. Lo transmite mientras deja caer mi pantalón con delicadeza, acariciándome las piernas hasta terminar de rodillas frente a mí. Un escalofrío nervioso eriza mi piel cuando me besa el vientre y poco a poco va descendiendo hasta mi sexo, para después arrancarme la ropa a bocados.

Nos tumbamos frente al fuego y a pesar de la falta de ropa y del frío que sentía minutos antes, solo puedo percibir la calidez y el ardor del instante. Contemplo ensimismada cómo se va desnudando con lentitud sobre mí, dejando al descubierto sus esbeltos y perfectos pectorales, su clavícula marcada y tensa, sus fuertes brazos, su ancha espalda. Tengo que tragar saliva para deshacer el nudo de mi garganta mientras Oliver se cierne sobre mi cuerpo y vuelve a robarme otro beso apasionado y sensual, antes de descender acariciando mis curvas, repasándome de principio a fin. Mis extremidades reaccionan a sus caricias con un breve espasmo y yo me apresuro a abalanzarme sobre él, haciendo girar nuestros cuerpos a través de la alfombra sobre la que nos encontramos hasta detenernos frente a sofá con el sonido de nuestras carcajadas de fondo.

El silencio vuelve a reinar cuando sus ojos penetrantes y sinceros se posan sobre mí, haciéndome temblar. Oliver se apresura a besar mi cuerpo y yo disfruto del húmedo contacto de su lengua sobre mi piel hasta que se clava en mi interior, obligándome a gritar y retorcerme de placer. Puedo sentir un millón de mariposas revoloteando en mis entrañas y es una sensación tan placentera e irreal que no sé si echarme a llorar o gritar. Los movimientos son sensuales y prácticos, naturales, como si fuéramos dos piezas que encajan perfectamente al estar juntas. Y cuando el éxtasis nos alcanza sacudiéndonos en placer, puedo verme reflejada en su mirada.

Y lo único que veo es... pasión, ternura y esperanza.

Mucha esperanza.

## Capítulo 14

### Intrusos

Todo es muy sencillo cuando estoy a su lado.

De pronto, mi ansiedad desaparece, mis preocupaciones se esfuman y lo único en lo que es capaz de concentrarse mi mente es en la belleza que transmiten sus manos cuando rodea las mías con cariño, envolviéndolas de forma protectora.

Quizás todo tenía que ser así; tal y como está siendo.

Puede que el destino sea más real y más sabio de lo que imaginamos y me haya traído hasta aquí para ponerme en su camino. Aunque no lo llegaré a saber nunca con certeza, yo he decidido aferrarme a esa opción — por mucho que él se niegue a creerlo o pretenda huir — .

El tiempo se ha convertido en algo totalmente relativo para mí.

Cuando estoy a su lado, todo pasa demasiado rápido. Parece que las agujas del reloj cogen carrerilla y se aceleran, como si durante horas hubiesen estado guardando energía extra.

Sonríó mentalmente, pensando que éste sí que ha sido el día más maravilloso de mi existencia.

Aún seguimos en la alfombra, tapados levemente por una manta mientras observamos cómo la madera se consume atrapada y retenida por las llamas chispeantes.

— ¿Podrían meterme en la cárcel por esto? — pregunta Oliver, sin dejar de acariciar mi espalda desnuda con su dedo, formando pequeños círculos.

— ¿Por acostarte conmigo?

Él niega con una sonrisa socarrona en el rostro.

No le veo, pero puedo sentirla.



— ¿Por... amarme? — titubeo al decir la palabra, preguntándome cuál será su reacción.

Pretendía que la pregunta sonase jocosa, pero la he entonado con demasiado sentimiento como para que él pueda interpretarla así.

— No — me responde cortante — , tampoco me refería a eso.

Detiene las caricias por unos segundos, pero después continúa.

— ¿Entonces...?

Oliver besa mi espalda con cariño antes de responder.

— Por retenerte aquí mientras deberías de estar en el instituto — dice, riéndose con naturalidad.

Por primera vez desde que he entrado en esta casa reviso mi reloj de muñeca, regresando a la realidad y comprendiendo que ahí afuera me sigue esperando algo diferente a esto.

— Hace rato que tendría que haber salido del instituto... — puntualizo, dándome cuenta en ese instante de que Charlene estará furiosa, esperándome.

Pero no quiero marcharme.

No quiero separarme de él.

No quiero tener que esperar a un nuevo día para estar en sus brazos.

Oliver presiente mis pensamientos y se desenchaja de mi cuerpo, activándose.

— Te llevaré a casa — musita, levantándose para vestirse.

Yo le imito, aunque desganada.

Mientras me pongo mi ropa — que gracias a Dios se ha secado por completo — , le relato el robo de mi bicicleta. Parece tan sorprendido como yo, aunque no hace comentarios al respecto.

El Beagle de Oliver, que se llama Fox, nos despide cuando salimos al porche. En el exterior ha comenzado a anochecer y las farolas ya se han encendido, iluminando los rincones más oscuros de Bolsover.

Él conduce con tranquilidad y confianza, y supongo que eso es lo que

consigue transmitirme a mí, porque la ansiedad habitual que debería sentir en un coche no muestra ninguna señal de estar presente.

— Déjame una calle más abajo, por favor... — musito distraída, contemplando lo adormecido que parece el pueblo.

Él me lanza una mirada de soslayo y presiento que de alguna manera ha podido interpretar mal mi petición.

— No me apetece darle explicaciones a Charlene — puntualizo.

Y aunque no hace ningún comentario al respecto, parece más relajado con mi afirmación.

Detiene el vehículo en la calle que le indicado y ambos nos miramos, sin saber muy bien la mejor manera de decir adiós. Quizás sea porque ninguno lo desea pronunciar; porque en el fondo los dos deseamos que esto sea un “hasta luego”.

— Te recojo aquí mañana, sobre las ocho... — me dice, sin volverse hacia mí — . ¿Te parece bien?

Tardo unos segundos en comprender a qué se refiere.

— ¿Para llevarme al instituto?

Él asiente con rapidez.

— Aunque si prefieres que te lleve otra persona, lo entenderé...

— ¡No, no! — le interrumpo, intentando controlar mi emoción — . Me parece bien, me parece... muy bien.

Dibuja una breve sonrisa antes de besarme la mejilla y pronunciar un, casi inaudible, “buenas noches”.

Pero yo no soy capaz de bajarme del coche porque, cuando voy a abrir la puerta, le veo a través de la ventana. Tiene la mirada fija en nosotros y una vez más, parece totalmente integrado a lo que le rodea. Está tan inmóvil que cuesta creer que realmente sea una persona, a pesar del odio y del rencor que transmiten sus ojos.

— ¿Madison...? — inquiera Oliver, inclinándose para observar a través de mi cristal.

¿Está ahí por mí? ¿Me está esperando? ¿Qué diantres pretende?

Gael, envuelto entre las sombras del jardín y levemente iluminado por los resquicios de la farola más cercana, mantiene su vista fija en el coche.

— Gael... — murmura Oliver, tensándose instantáneamente.

— No entiendo...

Pero antes de que pueda responder ya ha vuelto a poner el coche en marcha y se desliza calle arriba, en dirección a mi casa.

Puedo sentir mi corazón desbocado palpar con fuerza al ver las luces azules del coche patrulla del jefe de policía Turner en mi jardín, pero mi reacción no es nada comparándola con la de él. Frena el vehículo de una estocada, tensándose y apretando con fuerza el volante.

— ¿Entro contigo? — me pregunta.

No puedo imaginarme qué demonios puede querer Turner, pero sé que sea cual sea la respuesta, no es buena. Más aún después de nuestro pequeño encuentro de esta mañana.

— Tranquilo, no pasa nada — aseguro, saltando del asiento al exterior — . Te veo mañana...

Él asiente.

— Buenas noches, Madison...

No me quedo esperando a que el coche se aleje porque la curiosidad que siento respecto al policía me vence. Mientras cruzo el jardín, una pequeña parte de mí se estremece al pensar que Turner pueda encontrarse aquí porque Charlene haya sufrido un accidente o algo similar, pero tampoco tiene sentido. Me hubieran llamado y no tengo ningún mensaje en el teléfono móvil.

No tengo tiempo suficiente para abrir la puerta cuando Scott Turner aparece en el umbral, con una sonrisa maquiavélica en el rostro.

— Buenas noches, Charlene... — le dice con dulzura, obligándome a contener las arcadas.

Mi madre me lanza una mirada asesina y después se vuelve hacia el jefe de policía.

— Gracias por todo, Scott.

“Scott”, repito en mi mente, sorprendiéndome de que se tuteen.

¿Tanto ha prosperado la amistad entre ellos?

Procuro esquivar la escena haciéndome paso al interior, pero no llego muy lejos antes de que Charlene me cierre el paso.

— Creo que tienes varias cosas que explicar, ¿no, Madison?

¿A qué se referirá?

¿A Oliver? ¿A mi ausencia escolar?

— Supongo que tú lo sabes mejor que yo, ¿no, mamá? ¿Tengo algo que explicar? — exploto, girándome hacia ella — . ¡Me parece increíble que el jefe de policía de Bolsover tenga que andar detrás de mis talones, cuchicheando con mi madre sobre lo que hago o dejo de hacer!

— ¡Scott solo se preocupa por nosotras! — me contraataca, sin dejarme subir a mi habitación.

Ha sido un día estupendo y lo último que me apetece es esto.

Suspiro hondo, controlando mi respiración y calmándome.

— ¿Qué es lo que quieres saber, mamá? ¡Pregúntamelo claramente y déjate de rodeos! — propongo, exasperada.

Charlene me mira con intensidad y puedo presentir en el gesto de su rostro que está a punto de echarse a llorar.

— ¿Quién te hizo esas heridas, Maddi? Empieza por ahí — murmura en voz muy baja, con los ojos ya empañados.

Me señala la brecha de la cabeza y yo frunzo el ceño, dubitativa, sin comprender a qué se refiere...

— Me dijiste que te caíste de la bicicleta y que un vecino te llevó al hospital, pero Scott ha preguntado esta mañana y no hay ningún...

— ¡Genial! — grito, histérica, incapaz de controlarme — . ¿¡Así qué me está espiando!? ¡Esto es increíble! ¡Cómo si yo fuera una delincuente!

No le doy opción a responderme, porque eso último me ha superado con creces y ha agotado mi paciencia.

Me dirijo a mi habitación con paso acelerado y cierro la puerta con sonoridad, de forma dramática. Sé que todo podría ser mucho más sencillo si me marchase de aquí — o si al menos le amenazase con hacerlo — , pero no lo veo justo para ella.

Mi madre, simplemente, se está dejando guiar por la persona equivocada. Nada más.

Me pongo el pijama y apago las luces para meterme en la cama.

Estoy agotada, tanto física como mentalmente, así que esta noche ni siquiera me apetece dibujar. Cierro los párpados con fuerza intentando concentrarme en la maravillosa tarde que he pasado junto a Oliver y deseando que esos sean mis únicos recuerdos de hoy, que nada consiga eclipsarlos.

La discusión con Charlene o la imagen de Gael observándome también aparecen en la oscuridad, pero yo me esfuerzo por alejarlos de mí. Lo único que deseo con todo mi alma es volver a estar en esa alfombra, tumbada entre sus brazos con la calidez y las llamas de la chimenea de fondo.

## Capítulo 15

### Significado

Es extraño despertarse sabiendo que nada volverá a ser como el día anterior. Me pasó la mañana del día de la mudanza a Bolsover y también me está ocurriendo hoy, cuando he amanecido pensando que una vez la gente me vea con Oliver en el instituto, o en el pueblo, nada volverá a ser igual. Pero no me importa.

Tengo la certeza de que estoy actuando de la mejor forma posible — o al menos de la mejor manera que mi conciencia es capaz —, y con eso me basta y me sobra.

Me levanto un poco adormecida, pero termino de despertarme con una ducha más fría de lo normal. Después me visto unas mayas gorditas y un vestido de lana que no he utilizado desde que llegamos aquí, y como aún me sobra tiempo, termino cepillándome el cabello más de lo normal y maquillándome superficialmente. La imagen que me devuelve el espejo me agrada, así que bajo al piso de abajo para desayunar con Charlene.

Estoy tan ensimismada en mis propios pensamientos, que no recuerdo la discusión del día anterior hasta que entro en la cocina y la veo con cara de pocos amigos, sentada en la mesa.

No es la persona más apropiada para darme un sermón de madre preocupada, aunque sé que lo está pasando muy mal.

Me siento en la mesa con aire pensativo y finjo no haber visto su rostro desagradable cuando le dirijo la palabra.

— Me caí de la bicicleta y Oliver Raymond paró para ayudarme. Me llevó al hospital más cercano a Bolsover — suelto de sopetón — . Buenos días, mamá.

Ella levanta la mirada, aturdida por mi repentina explicación. Se queda pensando unos segundos antes de responderme.

— ¿Y por qué no al de Bolsover? Tenemos un hospita...

— ¿Acaso importa? — interrumpo, levantándome de la mesa a por café.

Supongo que hoy no pararemos a desayunar donde Jodie, así que lo mejor será que me lleve algo de comida para el almuerzo. Le doy un pequeño sorbo a la taza de café y después me dirijo a la nevera para investigar su contenido y termino decidiéndome por una naranja y un par de mandarinas. Tanto cruasán diario empieza a tener efectos indeseados en mis caderas.

— ¿No vas a desayunar dónde Jodie? — inquiera, malhumorada.

— Hoy no... — le respondo entre tragos, acabando con los restos de la taza.

Me despido de ella dándole un fugaz beso en la cabeza y antes de salir, le recuerdo que a pesar de todo la quiero.

Sé que las cosas entre nosotras se complicarán aún más después de que Oliver y yo aparezcamos públicamente juntos, así que lo mejor será apaciguar las aguas mientras aún tenga capacidad para hacerlo.

Charlene, enfurruñada, me responde que ella a mí también a regañadientes y se despide alzando la mano.

Hoy no llueve.

No creo que aguante demasiado tiempo sin llover, pero por ahora el cielo se mantiene despejado. Camino apresurada calle abajo para llegar cuanto antes al punto de encuentro con Oliver; preguntándome si ya estará allí esperándome. Reviso mi reloj de muñeca para asegurarme de ir con el tiempo suficiente. Sí, llegaré unos minutos antes, incluso. Pero cuando voy a doblar la esquina hacia abajo, mi vista choca con la de Gael. Está en el jardín del día anterior, esperándome — supongo — . Nada más verle mi corazón se acelera, intuyendo las malas intenciones que debe de tener hacia mí.

Resuelvo cambiarme de acera y aumentar mi velocidad; prácticamente estoy

corriendo. Cuando le estoy pasando de largo, tuerzo la cabeza para observarle. No, no puede ser. Ha echado a caminar en mi dirección, cambiándose de acera para perseguirme. Puedo sentir los latidos en mis sienes, los nervios recorrer mis extremidades. ¿Pero qué es lo que pretende? ¿Qué quiere de mí? ¿Atacarme?

Llegaré antes que Oliver al punto de encuentro, así que tendré que pasarlo de largo. Pienso que quizás consiga rodear la manzana y dar la vuelta, perdiendo de vista a Gael. Acelero el paso y corro lo más deprisa que puedo mientras mi cabeza intenta entender qué es lo que está sucediendo y qué pretende conseguir de mí ese chico, pero entonces le veo y detengo la carrera, relajándome.

— ¡Oliver! — exclamo a pocos metros de él, desacelerando mi paso y calmando mi agitada respiración.

Acabo de comprobar que no estoy en buena forma, en absoluto.

Vuelvo la mirada atrás y soy consciente de que ha dejado de seguirme y se ha esfumado — aunque eso tampoco me sirve de ningún consuelo — .

— ¿Qué ocurre? — me pregunta, estrechándome entre sus brazos.

Por alguna razón, me siento como en casa cuando me rodea y me aprieta contra su pecho. Mi rostro debe de expresar verdadero pánico, porque Oliver ha comenzado a mecarme de manera tranquilizante.

— Es Gael... hoy también estaba esperándome.

Él guarda silencio unos segundos, sopesando mi respuesta.

— No creo que te estuviera esperando a ti, Madison — responde con sequedad, sin denotar ninguna emoción al respecto — . Creo que venía a por mí. Me la tiene jurada desde hace tiempo.

— ¿Por qué? — inquiero, contrariada.

— Rencillas familiares... — bromea, aunque su rostro no transmite ni un ápice de humor.

Rodeamos el coche juntos y Oliver abre mi puerta para que me suba en el



interior. Después regresa a su asiento y pone en marcha el vehículo, mientras su última frase aún da vueltas en mi cabeza. “Rencillas familiares...”

Pero, ¿qué parentesco puede tener Oliver con él? Estaba convencida de que no le quedaba familia viva, aunque tampoco me extrañaría que después del asesinato le hubiesen repudiado.

Oliver desliza su brazo hasta dar con mi mano y conduce de esa manera, sin retirar la calidez de su piel contra la mía. Es como si por fin se hubiera resignado a creer que merece una segunda oportunidad, a confiar en mí.

— No estoy seguro de tener un fénix en mi interior — me dice, como si pudiera leer mi mente — , pero te prometo que lo intentaré, Madison. Merece la pena hacerlo... por ti.

Yo trago saliva ante su declaración.

— Aunque no lo creas, Oliver... tú eres el ave fénix — le contradigo, mirándole de reojo — . Fui capaz de percibirlo en tu profunda mirada la primera vez que nos cruzamos..., y ahora estoy más convencida que nunca de ello.

— ¿No te preocupa lo que piense la gente?

Yo sacudo la cabeza con rapidez en señal de negación.

— Nunca me ha preocupado su opinión... ¿Por qué debería importarme ahora?

El recuerdo de mi padre vuelve a aparecer en mi mente y puedo sentir la dureza de aquellas duras acusaciones contra él. Contra mi familia. Contra mi difunto héroe.

— No será fácil... Ya has visto cómo me tratan.

Sí, lo he visto. Y sí, sé que no será fácil.

— Esto no será para siempre, Oliver... — aseguro, girándome por completo para contemplar su reacción — . Algún día se descubrirá el culpable y entonces... Entonces podremos empezar de cero.

— Podremos... — repite, haciendo hincapié en mi plural.

El coche se detiene y soy consciente de que ya hemos llegado a mi instituto. Puedo ver todas las miradas que hay a nuestro alrededor clavadas en nosotros, analizándonos a través de las lunas.

No me quiero marchar..., aunque sé que debo hacerlo.

— Oliver, ¿qué parentesco tienes con Gael?

Él suspira y supongo que había estado intentando evitar esa pregunta.

— Era el primo de... Katie.

Puedo sentir el dolor en su voz al pronunciar el nombre de su mujer y eso me encoge el alma, porque presiento que jamás podré competir con el amor que él le procesa a ella.

— Entonces... — susurro para mí misma, atando cabos — , ¿el chico loco es el hermano de... Katie?

Desvió la mirada hacia Oliver y lo encuentro con el ceño fruncido, escrutándome.

— ¿Conoces a Logan? — pregunta con seriedad.

Yo asiento, aún confusa.

Tiene sentido.

Tiene sentido que Gael odie tanto a Oliver.

Al fin y al cabo, cree de verdad que él fue el responsable de la muerte de su prima y del enloquecimiento de su primo. Incluso de la marcha de sus tíos. Esa parte me encaja a la perfección, pero aún no comprendo qué tiene ese chico contra mí.

— ¿Y tiene algún parentesco con Scott Turner?

Oliver no puede evitar una carcajada ante mi pregunta; aunque después se torna serio.

— No, ninguno. Scott Turner me odia por razones muy diferentes

— concluye, sin apartar la mirada de mis ojos — . Nada que tenga que ver con la familia, simplemente con el trabajo. Supongo que todas las miras estaban puestas en él y que esperaba atrapar al asesino de Katie, aunque se equivocaba de... persona.

El timbre que avisa sobre el comienzo de la primera clase resuena. Estamos bastante lejos del edificio, pero aún así se escucha a la perfección.

— Debo irme — anuncio, apresurada, cogiendo mis pertenencias.

Oliver me atrapa de un brazo para impedir que me baje del coche y estira de mi cuerpo para acercarme a él. Cuando posa sus carnosos labios sobre los míos todo mi mundo da vueltas y la realidad deja de existir. Rodeo su cuello con mis manos, pegándome más a él, ansiando tener más de su sabor. Unos segundos después, me aparta para tomar aire entre pequeñas risitas.

— Vete, llegarás tarde — susurra en voz baja, muy cerca de mi rostro.

Mi piel responde con un escalofrío.

— Tienes razón... te veo luego.

Pero una vez más, cuando estoy a punto de bajarme del vehículo, tira de mí y me retiene. Me giro para averiguar qué es lo que reclama ahora, pero me topo con que su rostro tan solo denota preocupación hacia mí.

— Tengo que pedirte una cosa, Madison... — me dice con seriedad — . Por favor, no hagas más de detective. Déjalo..., por favor.

Yo busco una respuesta que nos satisfaga a ambos.

— No me meteré en problemas, si es eso lo que te preocupa — replico, bajándome del coche sin darle tiempo a replicar.

Echo a caminar apresurada, siendo consciente de que no hay una sola persona que no me escrute con curiosidad o me mire con repugnancia. Es una sensación extraña y, aunque pensaba que no me iba a afectar, es peor de lo que imaginaba.

Alcanzo mi aula jadeante y me encuentro con Pauline en la entrada; pero ni

siquiera ella me saluda. Me deslizo hasta mi pupitre, repitiéndome una y otra vez que “no pasa nada” y que “esto terminará pronto”, pero me cuesta mantener la calma cuando los cuchicheos y las acusaciones empiezan a resonar en murmullos a mi alrededor.

Todos nos hemos sentado, menos Pauline, que continúa quieta en la puerta esperando al profesor. Le lanzo una mirada inquisitiva pero ella retira la vista y me ignora, fingiendo no verme. Como si me hubiera vuelto invisible, como si ahora yo también fuera una extensión del propio Oliver y de su acusación. Escucho los pitidos de varios teléfonos y alzo la cabeza para ver a través del hombro de mi compañero más cercano. Creo que nos han debido de sacar alguna fotografía en el parking y que la están reenviando, aunque no puedo estar cien por cien segura de ello.

Da igual. No importa.

El profesor Bennet, el encargado de impartir nuestra clase de literatura, atiende la petición de Pauline en la puerta, entre susurros y cuchicheos. Después se acerca hasta mi pupitre y yo siento que el corazón me estallará de un momento a otro.

¿Qué ocurre ahora?

— Señorita Harvey, ¿le importaría sentarse en la mesa del fondo?

Yo miro la mesa, después al señor Bennet y después a Pauline.

Esa sería la silla de mi compañera, pero sospecho sobre qué puede ir todo este asunto, así que asiento y me muevo al pupitre continuo al mio.

— Gracias, señorita Harvey.

El profesor Bennet coge la mesa que he dejado libre, la separa de la mía dándole un pequeño tirón y, después, observa a Pauline con cara de pocos amigos.

— ¿Podemos empezar ya la clase o tiene alguna petición más?

Ella niega y camina para sentarse en la mesa, a varios centímetros de distancia de mí.

Tengo que reprimir una carcajada ante lo absurda que puede llegar a ser la

gente y hacer grandes esfuerzos por prestar atención a la clase. No me lo esperaba de Pauline, aunque después de su comportamiento de estos últimos días, tampoco me extraña.

El resto de la mañana va transcurriendo con normalidad y consigo sobrevivir a todas las miradas asesinas que me lanzan. En realidad, uno termina acostumbrándose a este tipo de cosas — al igual que Charlene y yo nos acostumbrados en Londres — .

En el descanso reviso mi teléfono móvil y compruebo que tengo tres llamadas perdidas de Charlene. Estoy intentando contactar con ella, sin resultado, cuando me encuentro de bruces con Matthew.

— ¡Ah, hola! — saludo al ver que se para frente a mí.

La verdad es que no tenía la esperanza de que volviera a dirigirme la palabra, así que me pilla por sorpresa. Cuelgo la llamada y aferro el teléfono entre mis manos, un tanto preocupada por mi madre. Espero que, antes de que suene el timbre de la siguiente clase, me devuelva la llamada.

— Tienes que alejarte de él, Madison — me dice con seriedad, prácticamente como si se tratara de una amenaza — . Yo te protegeré si lo haces, pero si sigues así... Bueno, puede que sea tarde.

— ¿Tarde para qué, Matthew? No te entiendo...

— Te dije que era peligroso, que no debías estar cerca...

— ¿Perdona? — le corto, sintiendo cómo la sangre comienza a hervir en el interior de mis venas.

¿De verdad tiene la caradura de venirme con ese cuento?

— ¡Aquí los únicos peligrosos y malvados sois vosotros! — grito, sin importarme quién pueda estar escuchándome — . ¡Los únicos delincuentes!

Matthew niega rotundamente con la cabeza, pero eso no me detiene.

— ¿Acaso he cometido algún crimen? ¿Qué demonios he hecho yo para tener que sentirme marginada y amenazada?

— Madison, aléjate de él o será tarde para ti...

Aprieto los puños, conteniéndome para no pegarle un puñetazo y romperle la nariz. Me alejo de él a grandes zancadas pensando en el estúpido de su amigo, Gael, y del susto que me ha pegado esta mañana. Desde luego, se han propuesto intentar arruinarme la vida, y una cosa tengo clara; no lo van a conseguir.

Me encierro en los lavabos femeninos y procuro controlar mi repentino ataque de ira y respirar con regularidad. Atar cabos, pensar con franqueza... ¿Pero qué problema tiene esa gente conmigo? ¡Ni siquiera consigo entender cómo pueden comportarse tan bruscamente con Oliver! ¡No tiene sentido!

Suspiro, aspiro, suspiro y vuelvo a aspirar el aire, inundando mis pulmones por completo y liberándolos hasta dejarlos vacíos. No estoy pensando en nada en concreto cuando la imagen de Logan, el primo de Gael, aparece en mi mente. Recuerdo que Jodie me dijo que “siempre regresaba por estas fechas”, justo por el aniversario de la muerte de Katie. No puedo creer que no haya caído en ello después de haber estado revisando cada una de esas noticias tan concienzudamente... ¿Cómo he podido pasarlo por alto?

Su imagen vuelve a golpear mis recuerdos y tengo la sensación de retroceder en el tiempo y de estar en la cafetería, observando cómo se arranca el cabello y me grita que “yo le obligué a marcharse”. ¿Por qué no había vuelto a pensar en él antes? ¿Por qué lo había dejado estar? ¿Es posible que me pudiera estar confundiendo con su difunta hermana?

El sonido de la puerta cerrándose de golpe distrae mi atención. Un grupo de estudiantes pasa de largo sin molestarse en saludarme — ¡cómo no! — y decido que ha llegado la hora de abandonar mi pequeño refugio improvisado.

Cuento las horas para que esta tortura alcance su final y que llegue el momento de reencontrarme con Oliver en el parking. Volver a abrazarle, besarle, sentirle... Es como si de pronto, sus brazos se hubieran convertido en mi nuevo hogar y todo cobrase sentido.

“Una hora de matemáticas y todo habrá terminado”, me digo a mí misma, influyéndome ánimos.

Y cada segundo se convierte en un suplicio hasta que salgo al exterior y la fría llovizna tardía me recibe de buena gana. Camino por el parking sin molestarme en sacar el paraguas, acelerando el paso para alcanzar cuanto antes el Mercedes grisáceo que me está esperando al otro lado.

Cuando me subo en el asiento del copiloto, es como si todo lo demás desapareciera. Como si ese pequeño espacio se transformase, de golpe, en nuestra perfecta burbuja.

— ¿Cómo ha ido? — murmura con el rostro encogido.

No sé muy bien qué responder.

— Supongo que bien... — digo, restándole importancia al asunto — . De todas maneras, todavía no había hecho ningún amigo nuevo — añadido, soltando una pequeña risita.

— ¿Has estado demasiado concentrada en los asesinos de Bolsover como para hacer nuevos amigos, Madison? — me pregunta con el mismo tono de humor jocoso.

Me alegra verle así, feliz. Me alegra poder volver a estar a su lado.

— Eso parece... — respondo, lanzándome sobre él para interceptar sus labios con los míos.

Sus besos se han vuelto algo similar a una droga para mí.

Ante la atenta y acusadora mirada de mis compañeros, Oliver arranca el coche y nos incorporamos a la carretera. No me molestó en preguntarle a dónde se dirige porque, en realidad, me es un tanto indiferente.

Cinco minutos después, estamos en el mirador de la bahía, observando el oleaje y la tormenta que se va acercando poco a poco desde el horizonte. No hablamos demasiado, simplemente nos dedicamos a estar juntos. Oliver ha echado el asiento hacia atrás para que yo pudiera tumbarme a su lado, así que las siguientes horas las pasamos de esa manera; observando el mar, disfrutando del calor que nos proporcionan los asientos de cuero y escuchando el gruñir del temporal en el exterior.

El sueño me invade por momentos mientras siento cómo él acaricia mi cabello, enroscando mechones en sus dedos para después liberarlos.

— Jamás creí que volvería a compartir esto con nadie... — confiesa, pensativo.

No sé si me lo dice a mí o si está hablando consigo mismo, así que no respondo y le abrazo con fuerza, disfrutando del calor que emana su cuerpo contra el mío y de las caricias que me proporciona en la espalda.

Debo de haberme quedado dormida porque cuando vuelvo a abrir los ojos el exterior se ha oscurecido notablemente. Me he despertado con la vibración de mi teléfono móvil, a pesar de que no he tenido el tiempo suficiente para responder la llamada.

Es Charlene. También me ha enviado un mensaje: ven a casa, es importante.

Le lanzo una mirada a Oliver, mostrándole la pantalla del dispositivo. Parece tan apenado como yo por tener que marcharse, pero no tarda demasiado en activarse y ponerse en marcha.

— ¿Será grave?

Yo sacudo la cabeza, pensativa.

— No lo creo, si no habría insistido con las llamadas.

Conduce deprisa, por lo que sospecho que está tan preocupado con el asunto como yo. Un alivio recorre mi cuerpo cuando veo a mi madre en el umbral de la puerta, ajustándose la chaqueta contra su cuerpo para mantener su calor corporal a raya. Parece que está bien, así que no consigo adivinar qué es lo que sucede.

— Te veo mañana, ¿no? — pregunto, mirándole fijamente.

Después de un día tan desastroso como el que he vivido hoy, no me importa en exceso que Charlene me vea junto a Oliver. En realidad, los rumores no tardarán demasiado en llegar a ella, así que prefiero que lo sepa por mí.

Él estira el brazo a través de la palanca de cambios y aprieta mis manos entre



las tuyas, al igual que lo había hecho esa mañana.

— Sí, te veo mañana.

Y esa es toda la despedida.

Con el corazón en un puño, me bajo del vehículo y camino hacia Charlene. Su rostro de pocos amigos corrobora que la escena que acaba de presenciar no le ha hecho ninguna gracia en absoluto, pero el asunto a tratar conmigo debe de ser lo suficiente importante como para no distraerse de él.

— ¿Qué ocurre, mamá?

— Entra en casa — me dice, después de comprobar que no hay nadie a ambos lados de la calle.

Me quedo en mitad del salón, revisando nuestras pertenencias. Tampoco parece que nos hayan robado, así que...

— Mira esto — señala Charlene, entregándome su teléfono móvil con la mano temblorosa.

La fotografía que muestra la pantalla es espeluznante.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamo, impresionada — . ¿Pero quién...?

No termino de formular la pregunta porque en realidad sé que cualquiera de los vecinos de Bolsover sería capaz de eso y mucho más.

— La he encontrado así esta mañana — me explica con la voz titubeante.

Yo sigo mirando las letras de pintura roja con las que han impregnado la persiana de la librería: “Los amigos del asesino son nuestros enemigos”.

— ¿Has llamado a la policía?

Ella se frota las manos con nerviosismo y comienza a pasearse por la sala.

— Eso no ha sido todo...

— ¿Qué más ha...?

Charlene, con los ojos acuosos y enrojecidos, mete la mano en el bolsillo de

su chaqueta y me entrega un papel arrugado.

— Lo han tirado con una piedra. Han roto los cristales y he tenido que cerrar...

Soy incapaz de procesar lo que me está diciendo.  
¿De verdad han sido capaces de llegar tan lejos?

Estiro el papel arrugado en la palma de mi mano y leo la frase que han escrito en él: que tu hija deje en paz los asuntos de mi familia.

No puedo impedir que mi cuerpo se estremezca al pensar que Gael haya sido capaz de llegar tan lejos. Sé que ha sido él, aunque no termino de entender por qué...

— ¡Oh, Maddi! ¡Explícame qué está pasando! — chilla, histérica, dando paso a un llanto desconsolado.

La abrazo con fuerza, susurrándole que ya ha pasado todo y que está en casa, a salvo. No puedo imaginar el miedo que ha podido sufrir a lo largo del día, aunque presiento que ha debido de ser horrible. Realmente horrible.

— He sentido que me seguían hasta casa, Maddi... ¡Necesito que me cuentes qué está pasando, por favor, cariño!

¿Pero cómo explicar algo que ni siquiera entiendo yo?

Vuelvo a bajar la mirada hacia la nota y releo las palabras. Gael.

Todo esto tiene que ver con Logan, lo presiento, pero no entiendo qué es lo que se le puede estar pasando por la cabeza a ese chico.

— No lo sé, mamá, te juro que no lo sé...

Pero voy a averiguarlo.

Me quedo en el salón con Charlene hasta que consigo tranquilizarla. La pobre está muerta de miedo y totalmente convencida de que alguien nos está vigilando, así que cada dos por tres se asoma de forma sigilosa a la ventana para controlar las calles.

No descarto que Gael pueda andar por ahí, afuera. Además, ¿acaso hoy ha asistido al instituto? No recuerdo haberle visto ni una sola vez y, cuando me he tropezado con Matthew, estaba solo. Puede que incluso el otro chico,

Donald, haya ayudado a Gael con las pintadas de la persiana.

Me consuela saber que Matthew no está implicado en el asunto, aunque su actitud me parece deplorable.

— Mamá, ¿le has contado esto a la policía? — vuelvo a preguntar, consciente de que antes no ha respondido a mi pregunta.

Ella tuerce la mirada, evitándome.

— ¿Mamá?

— No van a ayudarnos... — murmura en un susurro.

— ¿No van a ayudarnos?

Charlene niega, sacudiendo levemente la cabeza.

— Me han dicho que hay asuntos en lo que es mejor no meter las narices — explica, lloriqueando — , y me han aconsejado que hable contigo.

— ¡Esto es increíble! — exclamo, saltando por los aires.

No necesito preguntar quién ha podido decir eso, porque la primera frase que le escuché pronunciar al jefe de policía Turner no tarda en acudir a mi memoria: “la curiosidad mató al gato”. Sí, eso fue lo que me dijo la primera vez que me vio. Obviamente, yo me estaba interesando por Oliver, lo que resume el quid de la cuestión a una sola persona.

Mi cabeza empieza a dar vueltas, sopesando todo con demasiada rapidez. Estoy confundida, realmente confundida. Y lo peor de todo es que siento cómo el pueblo de Bolsover nos está lapidando junto a Oliver. Nos está engullendo.

Creo que todos los problemas que tengo con Gael comenzaron la mañana que coincidí con su primo e, intuyo, que sospecha que sé algo que, obviamente, en realidad desconozco. Algo que voy a averiguar cueste lo que me cueste.

Saco el teléfono móvil y tecleo en el buscador de internet “centros psiquiátricos”, esperando encontrar la lista de resultados ordenada por cercanía a mí. Jodie insinuó que el muchacho estaba ingresado en un lugar

como ése, y también dijo que se había escapado. No había podido llegar andando desde un sitio lejano, así que el centro no debe de estar demasiado lejos.

“Hospital psiquiátrico de Bolsover, red de salud mental”. Cinco kilómetros de distancia.

Amplio la fotografía para intentar reconocer el lugar en el que se encuentra y me extraño al reconocer la zona. Está situado cerca de unos pabellones, no muy lejos del emplazamiento en el que se encuentra el supermercado gigante de las afueras.

— Mamá...

Charlene alza la mirada, dubitativa.

— ¿Crees que estarás bien si te dejo un par de horas sola?

Ella abre los ojos como platos y se levanta del sofá.

— ¿A dónde vas, Maddi? No te vayas ahora, por favor...

Me acerco para tranquilizarla con un breve abrazo.

— Estaré bien y no tardaré demasiado, lo prometo — aseguro — , pero necesito llevarme el Volkswagen.

— ¿El... el... co... coche? — tartamudea, confundida.

## Capítulo 16

### Miedos

Sujeto la llave de forma temblorosa entre mis dedos, armándome de valor. “Puedo hacerlo, puedo hacerlo”, me digo a mí misma, una y otra vez.

Oliver estaba muerto cuando le conocí, o eso creía. Él está resurgiendo de sus cenizas. Charlene estaba perdida cuando papá murió, ahora busca su camino.

Yo también puedo superar mis miedos. Yo también puedo ser fuerte y lograrlo.

¿Al fin y al cabo, qué tiene de valiente conducir un coche? Absolutamente nada.

Meto la llave en la ranura del contacto y la giro hasta que las luces se encienden. Puedo sentir mis piernas temblorosas, difíciles de controlar, y me concentro en ellas. Sé que no podré mantener el control de los pedales si no me tranquilizo antes de arrancar.

“Puedo hacerlo, puedo hacerlo...”.

Y estoy tan convencida de que lo voy a lograr porque necesito descubrir la verdad. Presiento que Logan es la clave de todo, la pieza que falta para entender lo que sucedió y exculpar a Oliver del asesinato. Y muy en el fondo sé que eso es todo lo que necesito para embragar, meter la primera marcha y acelerar.

El coche comienza a avanzar por la carretera cuando las primeras imágenes de papá aparecen en mi cabeza de manera intermitente. Su pecho desgarrado,

su rostro pálido... Sacudo mi cabeza, despejándola. No quiero pensar en él y en cómo murió porque yo no perderé la vida de la misma manera.

— Lo hago por ti, papá... — susurro en voz baja, acelerando para meter la segunda marcha.

Aunque al principio me siento levemente mareada, todas esas sensaciones no tardan en desaparecer. Puede que Bolsover me haya hecho madurar en algunos sentidos de la vida; mostrándome el sufrimiento de algunas personas y la maldad de otras.

Las calles están desiertas y sumidas en la oscuridad. No me cruzo con la primera farola hasta que entro en la carretera secundaria de las afueras que lleva a mi instituto. Si no me equivoco, al fondo de ésta encontraré los pabellones en los que está situado el psiquiátrico.

Conduzco bien. En realidad, muy bien.

Parece increíble que haya pasado tantísimo tiempo desde la última vez que lo hice y que esa estúpida barrera de mi mente me haya condicionado durante ese tiempo.

Cuando la carretera alcanza su final, tomo un pequeño desvío hacia la derecha, dejando atrás un bosquecillo siniestro. Los pabellones empiezan a quedar a mi vista y yo acelero, ansiosa por alcanzar el lugar cuanto antes.

“Hospital psiquiátrico de Bolsover”

Tomo otro desvío cuando veo el primer cartel con las indicaciones; y pocos minutos después, el enorme edificio que corresponde al hospital queda a la vista, iluminado por las luces del interior y del exterior.

Dejo el coche aparcado cerca de la salida principal y reviso el reloj; son solo las ocho y media de la noche, así que seguramente siga estando dentro del horario de visitas. O eso espero.

Camino apresurada hasta la recepción y no me doy cuenta de la capa de sudor frío que se ha formado en todo mi cuerpo hasta que me coloco debajo de una salida de aire acondicionado.

— Buenas noches, señorita — me dice la enfermera de recepción, con una

sonrisa de oreja a oreja — . ¿Puedo ayudarla en algo?

— Estoy buscando a Logan Lawrence — respondo con la respiración agitada.

Ella me sonríe y teclea el nombre en el buscador, justo antes de señalarme las escaleras.

— Segunda planta a la izquierda.

— ¡Gracias!

Me doy cuenta de que prácticamente he echado a correr escaleras arriba, así que me controlo y disminuyo la velocidad. Lo último que pretendo es llamar la atención del personal sanitario. Camino con el paso refrenado hasta la recepción de esa planta y me apoyo sobre el mostrador para captar la atención del chico que está al otro lado.

— ¿Puedo ayudarte en algo?

Yo asiento, sonriéndole con amabilidad.

— Estoy buscando a Logan Lawrence...

Él, al igual que la mujer de abajo, teclea el nombre en el buscador de su base de datos.

— Lo siento, pero este paciente tiene las visitas restringidas y ahora mismo no está su médico, así que...

— ¡Por favor! — suplico con desesperación — . Es..., bueno, se trata de un asunto familiar. Es muy importante que le vea... ¡por favor!

Debo de sonar realmente desesperada porque el chico arquea las cejas y, al final, asiente.

— ¿Quién es usted?

No necesito pensar la respuesta para que la mentira salga de mi boca.

— Soy su hermana.

Él asiente una vez más y después garabatea algo en un papel.

— Solo tienes diez minutos, ¿vale? — me dice, anotando otra frase más — .  
Y después tendrás que volver aquí para firmarme el registro de visitas.

— Vale, bien.

— Lo encontrarás en la sala común... Procura no alterarle demasiado, ¿bien?

— ¡Gracias! ¡Gracias!

Me lanzo en dirección al pasillo con un extraño nerviosismo a flor de piel. Sospecho que Logan es la clave de todo, pero tampoco sé cómo enfrentarme a él para descubrir la verdad.

“Quizás no sepa nada, quizás no tenga ni idea...” me digo a mí misma.

“Quizás esté demasiado enfermo como para poder hablar con sentido”.

O quizás, no.

Abro la puerta de la sala común con cautela.

Por alguna razón me esperaba un puñado de locos psicóticos correteando y gritando por cada esquina, pero el escenario no tiene nada que ver. La paz reina en toda la sala y tan solo hay un par de pacientes repartidos en zonas de relax. No tardo demasiado en divisar a Logan sentado en una silla, justo frente a una cristalera que da al parking.

Le miro y él me devuelve la mirada. Es como si pudiera reconocermme, a pesar de que tan solo nos hayamos visto en una ocasión a lo largo de nuestras vidas. Antes de caminar un paso al frente, acciono la grabadora de mi teléfono móvil y pulso el botón de “play”. Tan solo lo hago a modo de seguro, para poder revisar la conversación más adelante y... para poder enseñársela a Oliver.

Puede que él se fije en algo que yo pase por alto.

— Hola, Logan... — saludo, sentándome frente a él en otro butaca.

— Hola — saluda con tranquilidad.

Ni siquiera parece el mismo chico que vi el otro día en la cafetería de Jodie. Ahora está mucho más tranquilo, más calmado y sosegado.

— ¿Sabes quién soy? — pregunto con tono amable.



Él se encoge de hombros, volviendo la mirada hacia la cristalera.

Tiene los rasgos muy marcados para su edad, está delgado y luce varios arañazos en sus brazos. Me pregunto qué clase de vida podrá llevar una persona que está condenada a pasar los años aquí...

— Supongo que eres policía o periodista, ¿verdad?

— ¿Por qué piensas eso? — pregunto, decidida a no desmentirle.

Puede que me venga bien que él piense de esa manera.

— Porque solo viene a verme mi familia o la policía, nadie más.

Es increíble lo lúcido que parece encontrarse hoy, lo que me hace pensar que no lograré obtener de él la información que tanto anhelo.

— En realidad, soy la chica con la que te cruzaste el otro día en Bolsover, en la cafetería de Jodie — le cuento.

El chico parece sorprendido, así que me escruta de hito a hito, intentando encontrarme en su memoria. Sin éxito.

— No te recuerdo... Yo no recuerdo nada de...

— Estuvimos hablando, ¿no lo recuerdas? — miento, sin dejar de lado mi tono de voz amable y comprensivo — . Me contaste... cosas.

Tengo un presentimiento; así que iré a por todas. Puede que lanzarme un farol sea contraproducente, pero no me quedan muchas más opciones.

Voy a apostar a todo, o a nada.

— ¿Qué... cosas?

Yo me acerco a él para susurrar.

— Me estuviste contando lo de tu hermana.

¡Y bingo!

Sé por su reacción que he dado en el clavo.

Nada más escuchar la palabra “hermana” comienza a patear contra el suelo

y a mover los dedos de las manos de manera obsesiva y compulsiva. Está muy nervioso y la calma de la que disponía a mi llegada parece haberse esfumado.

— Yo... te hablé de... ¿Katie?

Asiento rotundamente.

— Me hablaste de... lo que pasó.

Él vuelve a abrir los ojos como platos, ahora de una forma aterrada. Se pone de pie de un salto y me agarra con los brazos, obligándome a levantarme junto a él de manera estrepitosa.

— ¡Ella me dijo que me marchara! — grita, elevando el tono por encima de la televisión que resuena de fondo — . ¡Ella me dijo que me fuera y que no volviera! ¡Que estaría bien! ¡Me prometió que todo estaría bien!

Asustada, intento zafarme de sus brazos, pero no puedo. Es demasiado fuerte.

— Pero no estaba bien, Logan... — replico, retorciéndome para liberarme.

— ¡Pero ella dijo que me marchara! ¡Ella dijo que me marchara! ¡Yo no quería irme de allí!

Veo al enfermero que estaba antes en recepción acudir apresurado en mi auxilio. Me lanza una mirada mordaz — supongo que por haber alterado al paciente — , y consigue quitarme a Logan de encima mientras éste continúa gritando.

— ¡No le digas a mis padres que lo sabes! ¡No les digas que te lo dije! ¡No lo hagas!

— ¡Sal de aquí ahora mismo! — exclama el enfermero.

Obedezco, pero estoy demasiado impactada para poder hacerlo con rapidez. Camino un tanto ensimismada mientras intento atar cabos y comprender a qué se refiere con cada una de sus frases; procurando buscarles algún sentido.

Pero al menos para mí, no lo tienen.

Es exactamente lo mismo que escuché que decía en la cafetería de Jodie. Lo

mismo que la propia Jodie y Randy escucharon. Y nadie le prestó el más mínimo interés a sus palabras.

Me doy cuenta de que no he firmado el registro de visita cuando ya estoy en la planta de abajo, por lo que decido no regresar. Al fin de cuentas, pretendía anotar un nombre falso por si la familia hacía alguna pregunta al respecto.

Me subo al Volkswagen, confusa, y detengo la grabación de mi teléfono móvil; pero no vuelvo a escucharla. Quiero hacerlo junto a Oliver, porque si mi intuición no falla, Logan y su familia saben algo que nosotros no conocemos.

Algo que vio; o, al menos, esa es la sensación que percibo.

El camino de regreso lo hago absorta en mis pensamientos, distraída de la carretera. Ya no siento un ápice de ansiedad porque estoy demasiado inmersa en la escena que acaba de tener lugar. ¿Qué sentido tiene? ¿Y por qué no quieren que Logan hable con nadie? ¿Por qué me ha pedido que no se lo cuente a sus padres?

Estoy pasando un tramo sin iluminar y mi corazón se desboca cuando me parece intuir una silueta entre las sombras. No hay nada; así que o mi imaginación me ha jugado una mala pasada o mi subconsciente me quiere decir algo. Un nombre: Gael.

¿Tiene sentido que Gael fuera el asesino de Katie?

Sí, podría ser... ¡Sí!

¿Qué otro sentido podría tener su comportamiento?

Se volvió contra mí en el preciso instante en el que mi camino se cruzó con el de Logan y desde entonces no ha dejado de hacerme la vida imposible. ¿Acaso tiene miedo de que conozca su secreto? ¿De qué le delate a la policía? ¿Y por qué mataría Gael a Katie? ¿Qué móvil podría tener para cometer un crimen semejante?

Cuando quiero darme cuenta he alcanzado la subida del pueblo, pasándome de largo el desvío que lleva a la casa de Oliver. Tengo que retroceder y dar la vuelta, así que tomo el cambio de sentido y vuelvo a reincorporarme a la carretera. No es hasta ese momento cuando me doy cuenta de que tiemblo

entera; cada extremidad de mi cuerpo se sacude profundamente, pero no tiene nada que ver con la conducción. Son nervios. Por la verdad, por la inocencia, por la justicia. Porque sé que estoy cerca de destapar todo y de que el nombre de Oliver Raymond vuelva a quedar limpio.

Detengo el Volkswagen frente al jardín de Oliver.

Ahora, de noche, no parece tan mágico como lo parecía de día.

Camino hacia el porche cuando escucho de fondo los primeros ladridos de Fox, cerca de la puerta de entrada. Me pregunto si él me habrá oído llegar o si habrá pensado que se trataba de algún otro vecino de camino a casa, y unos segundos después salgo de dudas. Un estruendo estrepitoso rompe la armonía del silencio y de las sombras y, desde detrás de la puerta, aparece Oliver armado con un revólver. Alza el arma a la altura de su pecho, apuntándome con ella.

— ¡Joder, Madison! — exclama, bajando la pistola en señal de rendición.

El cachorrito de Beagle se escurre por detrás de él para venir a saludarme, propinándome sendos lametones en los zapatos.

— Lo siento... ¡Lo siento! — repito, incapaz de decir otra cosa — . Tenía que verte...

Me mira fijamente unos segundos, antes de dejar la pistola apoyada en el alféizar de la ventana con gesto abatido y caminar en mi dirección.

Cuando me alcanza, me estrecha entre sus brazos con fuerza, como si no me hubiera visto aquella misma tarde. Estar con él se ha convertido tan fácil y natural como respirar.

— Tenía que verte, Oliver... — repito, aprisionando su rostro entre mis manos para poder besarle.

El sabor dulce de su boca me desconcentra del tema principal.

Siento la pasión y el deseo con el que me devuelve el beso, y eso complica aún más la tarea.

— Oliver — me detengo, mirándole fijamente — . ¿Crees en el destino?

Me observa fijamente antes de dibujar una sonrisa entre las sombras del

porche, con el único sonido del goteo constante del agua que se ha quedado encharcada sobre el toldo que nos cubre.

— Yo sí creo en el destino — señalo, sin dejarle más tiempo — . Y creo que éste era el mío, Oliver, encontrarte a ti... Tú no lo puedes entender, pero desde el mismo instante en el que...

— Ssssh...

Vuelve a besarme, silenciándome, y yo me escabullo hacia detrás para recuperar mi espacio y retomar mi discurso. Tengo muy claro lo que quiero decirle.

— Desde el mismo instante en el que entré en Bolsover y me tropecé contigo en el supermercado algo cambió para mí, Oliver. Al principio pensé que me estaba obsesionando, y puede que sí lo hiciera, y después creí que me había enamorado. Pero no lo hice.

— ¿No lo hicis...?

— O al menos no del mismo modo que el resto de las personas — le corto — . Era algo más fuerte, una conexión o una necesidad. Antes no lo entendía, pero ahora sé que daban igual los kilómetros que nos separasen o en qué lugar del mundo nos encontraríamos porque teníamos que estar juntos y el destino se iba a encargarse de atarnos fuera como fuese.

Oliver no me responde; se limita a mirarme con atención sin siquiera pestañear.

— Yo tenía que llegar a ti porque así tenía que ser, tan sencillo como eso. Quizás esa es la verdadera definición de “amor a primera vista”, quizás eso sea lo que siente todo el mundo cuando utiliza la expresión. Una forma de simplificar todos los sentimientos y dudas irracionales que a uno le invaden... O puede que esto sólo nos haya pasado a nosotros. A mí, al menos.

— Madison... — susurra con un hilillo de voz y con los ojos encharcados.

— Yo tenía que encontrarte para salvarte, Oliver. Para reconocer que eras un ave fénix, para darte la chispa que te hiciera estallar en llamas y resurgir de

tus cenizas. Para demostrarte que nada estaba perdido... que merecías amar y ser amado.

— Y lo has...

— Y para demostrar tu inocencia — concluyo, apretando los puños con fuerza.

Oliver tuerce su rostro en una mueca de disgusto.

— ¿Qué has hecho, Madison? — pregunta, asustado, cogiéndome de la mano — . ¡Dime que no has cometido ninguna locura!

— No lo he hecho, pero ahora sé la verdad, Oliver... — susurro, dibujando por primera vez desde que he llegado una sonrisa — . Sé quién lo hizo.

— ¿Cómo...?

— He ido a visitar a Logan Lawrence.

— ¿Por qué has hecho eso, Madison? — me pregunta con un timbre de voz que delata el auténtico pánico que siente — . ¿Es que quieres meterte en más problemas? — añade, sacudiendo la cabeza.

Yo aprieto sus manos con fuerza, obligándole a prestarme atención.

— Fue Gael...

Oliver guarda silencio, meditando unos segundos mi confesión.

— No, Gael no..., no tiene sentido — murmura, más bien para sí mismo.

— Sí, fue él, estoy segura de ello — repito con seriedad — . Y sé que su primo lo vio todo, por eso lo han metido en un psiquiátrico, para mantenerlo sedado y drogado y que la culpabilidad no le obligue a relatar la verdad.

— ¿Te lo ha contando Logan? — pregunta, impactado.

Pero el momento se estropea cuando mi teléfono móvil, ése que llevo bien resguardado en el bolsillo de mi chaqueta, comienza a resonar.

Es Charlene.

— Responde — me ordena Oliver, observando la pantalla del móvil — . Seguro que está preocupada, Madison.

Pulso la tecla verde y me llevo el auricular a la oreja.

— ¿Mamá?

Tarda varios segundos en responder, así que puedo escuchar su respiración agitada al otro lado de la línea.

— ¿Madison? — pregunta.

No necesito escuchar nada más para saber que algo ocurre. Algo malo. Sea lo que sea, Charlene está muerta de miedo.

— ¡Mamá! ¿Qué ocurre?

— Ven a casa, por favor... — me pide en voz muy baja, gimoteando — , Gael está aquí y...

— ¡Ahora mismo voy! — grito, aterrada.

## Capítulo 18

### La verdad

La verdad es algo que siempre termina saliendo a la luz, por mucha tierra que uno pueda echarle encima. Es como una luminiscencia capaz de filtrarse entre capas hasta llegar a asomar en la superficie y que se vea.

Que todo el mundo la vea.

— No tiene sentido que Gael... — murmura Oliver al volante — , que haga esto. Él no asesinó a Katie — se repite por tercera vez, intentando creerse su propia verdad.

— Oliver, tuvo que ser él... ¡Todo encaja!

— Pero Gael la adorada — me explica — . Él era el primo pequeño y ella la princesa de sus sueños. Logan y Gael siempre estaban juntos, y cuando Logan se metió en temas de drogas... Bueno, Gael se desvivió por ayudar a la familia y apoyar a Katie. ¡Siempre quería estar con Katie! ¡La amaba!

— Quizás fueron los celos...

Él sacude la cabeza en señal de negación.

— Gael no pudo hacerle daño... No tiene sentido, Madison.

Pero sí lo tiene.

Y creo que sé cuál es la manera de descubrir la verdad.

Oliver hace girar el volante y yo compruebo en el exterior que nos



incorporamos a la calle en la que se encuentra mi casa. Conduce con destreza, así que no tiene problemas en meter el Mercedes en el diminuto hueco que he dejado libre en el arcén tras llevarme el coche de Charlene.

En el interior de la vivienda todo parece tranquilo.

Hay luz en el salón y en la planta de arriba; aunque supongo que la de arriba estará encendida por despiste de Charlene. Agito las llaves con nerviosismo en mis manos y me apresuro a entrar al interior con Oliver pisándome los talones.

Escucho el susurro de una voz masculina y se me encoge el corazón al pensar que Gael sigue aquí, asustando a Charlene para lograr su objetivo. Pero en realidad, ¿qué pretende? ¿Sabrá a estas alturas que yo conozco la verdad?

— ¿Mamá?

— ¡En el salón, Madison! — grita, con la voz cargada de histeria.

Me quedo estupefacta en el umbral de la puerta cuando les diviso. Mamá sentada en sofá y Gael tras ella, con un cuchillo amenazante en la mano y el bate de beisbol de mi infancia apoyado sobre el respaldo.

Trago saliva con dificultad, intentando encontrar en mi mente una buena amenaza que le obligue a desistir en su acto vandálico. ¿Pero qué demonios pretende?

— ¡Pero qué estás haciendo, Gael! — grita Oliver, adelantándose un paso por delante de mí — . ¿Te has vuelto loco, o qué?

Gael sonríe con malicia y, en ése instante, todas mis sospechas se confirman. ¡Fue él! ¡Tuvo que ser él!

— Sé lo que tu amiguita y tú estáis tramando, Oliver... — murmura, paseando su mano por el respaldo del sofá — . Sé que os habéis propuesto destrozarnos a nuestra familia y no lo voy a permitir...

— No pretendemos nada, Gael — repite, sin quitarle los ojos de encima — . Jamás hemos pretendido eso. Deja ese cuchillo antes de que alguien se haga daño y las cosas terminen mal...

El rostro de Charlene está formado por una expresión de horror y auténtico

pánico. Le lanzo una mirada cargada de sentimiento, intentando hacerle saber que todo saldrá bien. Haciéndole una promesa silenciosa.

— ¡Qué cojones quiere ella de Logan! — chillaba, señalándome con ira — . ¡Qué cojones quiere!

— No quiere...

— Sé la verdad — interrumpo, volviéndome a colocar junto a Oliver. El pánico que refleja Charlene en su rostro se acentúa aún más al escuchar mi tono amenazante — . Sé toda la verdad porque Logan Lawrence me la ha contado en un momento de debilidad, Gael... Acabo de estar allí, en el psiquiátrico.

Gael detiene sus movimientos en el respaldo, observándome con incredulidad y debatiéndose en su interior sobre si debe creerme o no.

— No...

— ¡Sí! — exclamo más alto, armándome de valor — . Así es... ¡Me lo ha contado todo y voy a destaparos!

Oliver no es capaz de interrumpirme porque, supongo, una parte de él aún no es capaz de procesar que Gael fuera capaz de matar Katie.

— No tienes pruebas... ¡No tienes nada! — grita, envalentándose de nuevo hacia mí — . ¡Solo eres una niña farsante que quiere ser la heroína de Bolsover!

Y tiene razón, no las tengo.

En un juicio sería su palabra contra la mía, pero ahora mismo... Ahora mismo tengo una baza con la que él no cuenta.

Saco mi teléfono móvil del bolsillo, observando el rostro descompuesto de Gael mientras retrocedo la grabación y pulso el botón de reproducción. Los últimos segundos, esos en los que Logan Lawrence me suplica que no les cuente a nada sus padres, que no les diga que me contó la verdad, resuenan de fondo conquistando con protagonismo el habitáculo en el que nos encontramos.

— ¡No! — grita el chico, agitando el cuchillo frente a él — . ¡No podéis

hacerlo! ¡No!

Charlene suelta otro chillido de horror, arrinconándose en el sofá. Está tan asustada que la pobre ni siquiera es capaz de moverse.

— Gael, por favor, déjalo... Todo ha terminado.

— ¡No! — vuelve a gritar — . ¡Él no quería hacerlo! ¡Logan no quiso matarla! ¡No voy a dejar que cargue con la culpa cuando en realidad tú eras quien debía cuidar de ella!

Se me congela la sangre al escuchar esa última frase, pero tampoco tengo el tiempo suficiente para procesarla porque Gael abandona la protección que le concede el respaldo de sofá y se lanza a por Oliver con el bate de beisbol y el cuchillo en la mano. No tengo tiempo de reaccionar porque Oliver me desplaza de un empujón para sacarme de la trayectoria de Gael y yo me estrello contra la mesita que trajimos Charlene y yo de Londres, golpeándome la sien.

Aunque la vista se me ha emborronado a causa del impacto, veo a Charlene con el teléfono móvil en la mano — supongo que pidiendo ayuda — y no puedo evitar estremecerme cuando Gael golpea a Oliver con el bate de beisbol en la cabeza. El sonido de la madera contra su cráneo alcanza mis oídos de forma brutal y horripilante, así que salto del suelo y me abalanzo contra Gael.

— ¡Déjale! ¡Déjale! — grito, mientras observo el cuerpo de Oliver desparramado en el suelo.

Y entonces Gael suelta el cuchillo y el bate para retorcer el bolsillo interior de su chaqueta hasta armarse con una pistola. No me da tiempo a alcanzarle cuando ya tengo el cañón apuntándome a la frente.

— Señora Harvey... — dice, dirigiéndose a mi madre — . Suelte el teléfono ahora mismo o su bonita hija terminará convirtiéndose en comida para gusanos y larvas.

Mi madre, lloriqueando, tira el teléfono al suelo.

Ambas nos quedamos muy quietas, observándole fijamente y midiendo hasta

qué punto será capaz de llegar. Ahora conocemos su secreto, y si nos deja con vida seremos tres testigos contra él.

— Muy bien, señora Harvey... — murmura, peinándose el cabello hacia atrás con aire ausente — , muy bien...

Parece confundido y no sabe cómo actuar.

Supongo que esas dos cosas son buenas, aunque tampoco sé cómo beneficiarme de ellas. Si nos movemos, nos disparará, si intentamos huir, también. Pero no podemos quedarnos demasiado tiempo así porque Oliver está herido, y supongo que cada segundo que pase será crucial.

— Por favor, por favor... — lloriquea Charlene, echa un ovillo.

Se me encoge el alma al verla de esa manera y, aunque me encantaría consolarla y decirle que todo saldrá bien, me mantengo callada. Necesito concentrarme y pensar... ¡Tiene que haber una salida! ¡Tiene que haberla!

— Madison — dice Gael, sonriéndome de nuevo — , dame tu teléfono.

Me adelanto un paso para acercárselo, pero él me detiene alzando una mano en alto.

— Pásamelo por el suelo — ordena.

Me agacho con lentitud y obedezco, desplazándolo hasta él con un empujón. Si estuviera sola, podría aprovechar este momento para salir corriendo; pero está Charlene y ella se encuentra demasiado lejos de la salida. Gael tendría el tiempo suficiente para reaccionar y...

— ¡CHARLENE! ¡GAEL!

Gael alza la cabeza hacia la puerta, aún con mi teléfono móvil en la mano. Debe de estar muy confuso, porque su cara refleja un auténtico caos.

Scott Turner aparece en el umbral de la puerta, a pocos centímetros de mí. Me hace un gesto con la mano para que esté tranquila y después veo cómo analiza la escena y la situación. Oliver en el suelo, mi madre en el sofá, Gael con la pistola...

— Vamos a ver, muchacho, ¿qué está pasando aquí? — pregunta con tono

conciliador, mucho más profesional de lo que podría esperar de él.

Gael duda, confuso.

— Han estado acosando a mi familia, Scott... ¡Tú lo sabes! — dice, señalándome y lanzando mi teléfono contra la pared.

El aparato se rompe en mil pedazos en el acto y Gael sonríe, victorioso, pensando que se ha deshecho del vídeo con la confesión.

— ¡Eh, eh, calma! — pide el jefe Turner, mediando.

— Somos tres testigos, Gael — interrumpo, metiéndome en la escena — . Puede que mi testimonio no sirva de nada y que Logan niegue sus palabras — miento con descaro — , pero somos tres testigos y te hemos escuchado confesar que Logan asesinó a Katie y que tú y tu familia sois cómplices. Lo habéis encubierto durante todo este tiempo...

Tengo serias sospechas sobre la posible implicación de Turner en el asunto, así que no pierdo el tiempo y lo escruto con intensidad, intentando encontrar algún signo que le delate. Pero si lo ha habido, yo no lo he visto.

— Es... es eso cierto, ¿Gael?

El chico alza la pistola, apuntándome al pecho.

— ¡Putra zorramentiroso! — exclama con ira, justo antes de presionar el gatillo.

El sonido del retroceso del cañón llega antes que la bala.

Escucho el grito sordo de Charlene, alzándose por encima del volumen de cualquier otra cosa. Su voz desgarrada, desesperada, ahogada. La voz de una madre que siente miedo de perder a su hija.

Pero la bala no llega a mí porque impacta en otra parte, justo en el pecho del jefe de policía Scott Turner, que cae rotundo en el suelo de nuestro salón formando un charco instantáneo de sangre a su alrededor.

Gael agita la pistola tembloroso, asustado, como un niño que se ha pasado de la raya en mitad de una rabieta y que ahora no sabe cómo salir del paso.

— ¿Qué has hecho, Gale? — pregunto, acucillándome sobre Scott Turner para tomarle el pulso — . ¡Llama a una ambulancia, Charlene!

Mi madre se tira del sofá a por su teléfono y con la mano convulsa marca el número de emergencia, mientras yo intento presionar la herida para que no se desangre. No sé si lo estaré haciendo bien porque esta práctica tan solo la conozco de las películas; así que yo presiono con toda mi fuerza, sintiendo el líquido espeso y caliente deslizándose entre mis dedos.

En algún momento de los últimos minutos, Gael desaparece, consternado.

Charlene se arrastra hasta mí y, tras socorrer brevemente a Oliver, se cierne sobre Scott Turner para controlarle el pulso mientras yo presiono. No puedo saber cuántos minutos pasamos de esta manera, pero a mí se me hacen eternos. Ninguna de las dos hablamos, porque ambas nos encontramos demasiado impresionadas para poder hacerlo.

Pero sí que pienso.

Pienso en Bolsover, en que quizás el destino también me había guiado hasta aquí. En que tenía razón cuando creí que este pueblo nos consumía, arrastrándonos hacia sus entrañas para engullirnos. Puede que sea cosa de la tierra, de la lluvia o de la humedad. Puede que todos los vecinos sientan lo mismo, pero que estén tan acostumbrados a ello que no puedan dejarlo. Como una droga, algo así. Como si el olor a salitre de la bahía los embrujara.

El sonido de las ambulancias inunda el salón de la antigua casa de mis abuelos y no puedo evitar preguntarme qué pensaría mi abuela Lucy de todo esto. ¿Cómo era ella? ¿Cómo Charlene? ¿Cómo yo? ¿Qué pensó cuando Katie Raymond murió? ¿Cuándo todo el pueblo acusó a Oliver? Me gustaría preguntárselo, pero eso jamás podrá ocurrir.

Un enfermero me arrebató el cuerpo casi sin vida del jefe de policía del pueblo. Otra camilla se lleva a Oliver.

Charlene, tan ensangrentada como yo, se desliza por el suelo para estrecharme entre sus brazos.

— Tenías razón, Maddi... — musita en mi oreja, casi en un susurro — . Tenías razón.

La conozco; sé que esa es su manera de pedirme perdón.

— Lo sé, mamá... — respondo, diciéndole a mi manera que no hay nada que perdonar.

## Capítulo 19

### Renacer

Oliver enrosca mi cabello entre sus dedos mientras yo hablo por teléfono con Charlene. Le prometo que no tardaremos mucho en llegar y le aseguro que no nos marcharemos sin antes pasar a despedirnos.

Después cuelgo y me giro hacia él.

Su sonrisa es diferente, su piel es diferente, su expresión es diferente. Él es diferente al hombre que conocí. Ha vuelto a nacer de sus propias llamas, de su propia ceniza, y ahora bate sus alas con esplendor.

— ¿Qué ha dicho?

— Que tenemos que pasar a despedirnos o tendremos serios problemas.

Oliver suelta una pequeña risita que detiene los latidos de mi corazón. Después desplaza su brazo alrededor de mi cintura y ambos caminamos hacia la puerta.

El Mercedes ya está cargado con todas nuestras pertenencias y Fox nos espera en los asientos traseros, así que tan solo nos queda emprender el viaje.

Es curioso porque hoy el sol brilla con fulgor en lo alto del cielo de Bolsover, dotando el pueblo de colores más vivos y azulados. Por alguna razón, siento que es su manera de decirnos adiós. No solo Oliver se ve diferente, las calles del pueblo, también.

Oliver detiene el coche frente al hospital y ambos nos dirigimos a la habitación número trescientos diez, en la que el jefe de policía Scott Turner lleva varios meses ingresado. Ambos sonríen al vernos entrar; Charlene sentada en una butaca y Scott tumbado en la camilla, con esos miles de cables



conectados a su cuerpo. Ha estado a punto de morir, pero ahora ya no corre ningún peligro.

— Entonces es verdad... — murmura el policía, recostándose —, os marcháis.

Charlene asiente con pesadez y Oliver y yo la imitamos.

— ¡Oh, Maddi! — exclama, levantándose para estrecharme entre sus brazos —. Cuídate mucho, por favor, y llámame todos los días o me dará un infarto por la angustia...

— Lo prometo, mamá...

Después me suelta y, con el rostro cargado de perdón, se dirige hacia Oliver.

— Cuidaros mucho, chicos — nos dice Scott, sin levantar demasiado la voz.

— Te llamaré cuando estemos en un lugar fijo — prometo a Charlene, estrechándola de nuevo entre mis brazos sutilmente.

— Cuidaré de ella — promete Oliver, sonriendo, sin soltar mi mano.

Nos giramos hacia la puerta, pero la voz ronca de Scott Turner nos detiene antes de abandonar el lugar.

— ¡Eh, chico! — exclama.

Oliver se gira con una expresión serena.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

— Sí, claro... — responde.

Charlene y yo guardamos silencio.

— ¿Por qué no quieres..., ya sabes, denunciarlo? No dejo de pensar en ello y no lo entiendo... Todos piensan que...

— Ella lo querría así — asegura Oliver, sonriendo levemente —. Estoy seguro — añade, antes de despedirse con la cabeza.

Dejamos atrás la habitación y un escalofrío recorre mi cuerpo al pensar que,

en realidad, jamás se terminará de hacer justicia. Gael está en la cárcel, acusado de intento de asesinato a un miembro del cuerpo policial y a la espera de ser juzgado... Pero Oliver se ha negado a denunciar a Logan Lawrence por el asesinato de Katie. Según él, Logan ya está pagando por su culpa y él ya ha sido liberado de ella. Está en paz, y con eso le vale.

— ¿Crees que Charlene estará bien sin mí?

Oliver suelta una carcajada, sin siquiera tomarme en serio.

— Estará mejor que contigo, Madison... ¡Ahora nos toca a nosotros vivir!  
— exclama, lanzándose a mis brazos para besarme — . ¿Conduzco o conduces? — añade, sin separar demasiado su rostro del mío.

Le devuelvo el beso con pasión antes de responder, impregnándome de su dulce sabor. Este es mi único hogar y me alegro, por fin, de haberlo encontrado.

— ¡Conduzco! — señalo, retirando las llaves de la palma de su mano.

De pronto, la carretera también se ve diferente. Se ve como un sinfín de posibilidades hacia donde el destino nos puede llevar.

Juntos.

Siempre juntos.

FIN

# Epílogo

## Logan

Mi cuerpo se sacude con fuerza.

Estoy febril, puedo sentirlo. Aunque no tuviera una gruesa capa de gélido sudor empapando mis ropas y mi piel, podría sentirlo. Mis células se están muriendo. El dolor de cabeza que siento es insoportable, como si un pitido agudo se hubiera instalado en mi cerebelo para torturarme y una larva se estuviera alimentando de mi cerebro, impidiéndome pensar con claridad.

Quiero bajarme del coche para comprobar si en la puta tarjeta me queda algo de dinero, pero el esfuerzo es demasiado grande. No podré soportarlo.

Necesito el puto dinero para puta heroína. Sí, necesito pincharme; después mi cuerpo estará mejor. Yo estaré mejor. Pero si no me pincho estoy seguro de que terminaré muerto en alguna cuneta. Y será mi propio organismo quien se venga con mi muerte.

Me bajo del coche y me tambaleo hacia el borrón que, supongo, es el cajero automático. Todo me da vueltas y más vueltas y no soy capaz de fijar la vista en ningún punto fijo por demasiado rato.

— ¡Joder! — exclamo, cayendo de bruces contra el suelo.

Mis entrañas se aprietan con fuerza y las náuseas atacan, obligándome a vomitar sobre mi propio cuerpo.

— ¡Jodie, no vayas! — exclama una voz cerca de mí.

Después unos brazos tiran de mi cuerpo.

— Logan, Logan... ¿Estás bien, Logan? Soy Jodie... ¿Quieres que llame a tus padres?

Me intento zafar de ella, pero la mujer tiene más fuerza que yo.

¡No llames a mis padres! ¡No les llames!

Pero me siento demasiado débil para hablar... ¡Necesito dinero! Y podré comprar la heroína, y después todo volverá a estar bien, muy bien.

Todo estará bien después de inyectarme, lo sé.

— ¡Déjale, Jodie! — exclama Randy, nervioso — . ¡No podemos ayudarle si no se deja!

— Estoy bieeen... — consigo susurrar muy bajito, arqueándome para soportar el dolor que recorre mi columna vertebral.

Ahora estoy de pie, aunque el olor a vómito aún ataca mis fosas nasales repugnándome. La mujer me suelta, por fin, y me escruta de hito a hito.

— Vete a casa, Logan... Estarás mejor en casa...

Cinco minutos después consigo alcanzar el cajero automático, pero como cabía esperar, no acepta mi tarjeta. Mis padres la han dejado sin fondo, como ya suponía.

— ¡Joder!

Vuelvo a mi coche con esfuerzo, diciéndome a mí mismo que estoy bien y que no necesito drogarme, que podré pasar el día así... Pero mi cuerpo piensa diferente y el dolor físico gana a la mente. Me aprieto contra el asiento, demasiado confuso y débil para conducir así, hasta que poco a poco mis párpados se van cerrando.

Abro los ojos cuando otro ataque de arcadas sacude mi organismo y me obliga a vomitar la bilis de mi sistema digestivo sobre el asiento vacío del copiloto. El sabor ácido vuelve a recorrer mi garganta, provocando más arcadas; pero esta vez no queda absolutamente nada que echar afuera. Ni siquiera más bilis.

En la calle ha oscurecido, pero a pesar de lo mucho que me cuesta enfocar la vista, la veo. ¡Es Katie! Y Katie tiene dinero...

¡Katie! ¡Katie!

Intento bajarme del puto coche pero las piernas me fallan y vuelvo a caer al suelo. Me he golpeado la cara contra el resalto de la acera y creo que me he roto el labio, porque puedo saborear la sangre mezclándose con la acidez de la bilis. Pero no me importa. Hago un último esfuerzo y me levanto como puedo para encararme a ella.

— ¿Logan? — pregunta con el tono de voz cargado de reproche — . ¡Madre de Dios, Logan!

Se acerca hasta mí, pero para cuando llega ya no necesito su ayuda; estoy erguido y me mantengo firme.

— Daame dinerrro, Katie — le digo, intentando articular lo mejor posible.

Mi mandíbula tiembla convulsivamente — supongo que a causa de la fiebre — y me cuesta pronunciar bien las palabras.

— Te llevaré a casa — me dice, agarrándome del brazo.

¡No! ¡No! ¡No!

¡No lo entienden! ¡No tienen ni puta idea!

Voy a morir... mi cuerpo se está muriendo y si no le inyecto la heroína, no llegaré a mañana. Voy a morir... ¡Me estoy muriendo!

¡Necesito el dinero! ¡Necesito el puto dinero!

— Dammmmmme el dinerrrrro, Kattttt....

— ¡Por Dios, Logan! — exclama, echándose a llorar — . ¡No voy a darte ni una libra!

¡Necesito el dinero! ¡Necesito la puta heroína, no lo entiende!

¡Me estoy muriendo! ¡Voy a morir!

Me llevo la mano a la cinturilla mientras ella me mantiene en pie, sujetándome por ambos brazos. Sé que Katie no me tiene miedo, pero tengo que sacárselo como sea o ¡moriré!

— Dame el dineerro, Kattt.... — resopló, con la navaja que acabo de sacar

en alto.

— ¡Deja de hacer el gilipollas, Logan! — replica, tirando de mí para arrastrarme al coche.

Pero ella no lo entiende, voy a morir.

Voy a morir.

Mi cuerpo se muere.

Intento zafarme de sus brazos, pero se resiste y pelea para sostenerme, así que yo me agito con toda la fuerza que soy capaz para librarme de ella. Entonces algo cambia en Katie; lo veo en sus ojos. Se abren mucho y me observa... asustada.

— Kaaaatttt... — tartamudeo.

Me alejo de mi hermana tambaleándome de un lado al otro y cuando lo hago, siento la navaja que vuelve a salir del interior de su cuerpo.

—¡ Kaaaatttt...!

— Estoy bien — asegura, apretándose donde el malditocuchillo se ha hundido en ella — ¡MÁRCHATE LOGAN! — me ordena, gritando — .  
¡Lárgate ahora mismo!

— Nnnno...

— ¡Márchate, Logan, Márchate! — grita, dirigiéndose a su coche — .  
¡Márchate!

Cuando voy a subirme en el mío, compruebo que no tengo las llaves en la mano, si no la cartera de mi hermana. Tengo el dinero... ¡Tengo el dinero!  
¡Tengo el dinero!

Me subo como puedo pero antes de poder arrancar, pierdo el conocimiento.

Me despierto y todo está a oscuro a mi alrededor. Puedo sentir algo blandito debajo de mí y... me siento bien. Más que bien, ¡me siento genial!

Mi cuerpo ya no se está muriendo. Agito el brazo y noto la jeringuilla aún

clavada en mi vena, así que me la arranco de cuajo. Después vuelvo a dormirme y sueño cosas bonitas. Porque ya estoy bien. Ahora ya no me voy a morir.

Ahora estoy bien.

— ¡Logan, Logan, tienes que despertarte! — es la voz de mi madre, sacudiendo mis sueños.

Quiero dormir un ratito más...

— ¡Logan, tu hermana....! — exclama, pero se detiene en mitad de la frase.

Quiero abrir los ojos y contestarle, pero su voz me llega muy lejana; como si estuviéramos en universos diferentes. Lejanos, sí, muy lejanos.

— ¡Oh, Logan, qué has hecho! — grita, estallando en un profundo y devastador llanto — . ¡Pero qué has hecho, Logan, qué has hecho!

— Tenemos que irnos... — dice mi padre, acercándose a mi universo.

— ¡Oh, Dios, mío, George!

— ¿Qué ocurre? ¿Se ha vuelto a drogar, verdad?

— ¡Qué has hecho, Logan...! — continúa mi madre, histérica — . ¡Qué has hecho!

— ¿Pero qué pasa?

— ¡Tiene la cartera de Katie, George! ¡Logan tiene la cartera de Katie y...!  
¡Oh, Dios, tiene sangre! ¡Pero qué has hecho!

Quiero salir de este universo para hablar, pero no consigo abrir los ojos. Aquí, en este lugar, estoy demasiado bien como para desplazarme al suyo.

— ¡Joder! ¡JODER! — grita mi padre, ahora tan histérico como mamá.

— ¿Qué has hecho, Logan? ¡No puedo perderles a los dos, George, no puedo! ¡Te juro que no podré sobrevivir a esto...!

Escucho el llanto desgarrado de mi madre y un siseo tranquilizador de papá.



Me revuelvo en la base blandita en la que me encuentro, pero no consigo levantarme de aquí.

— Mírame... ¡Tranquilízate! — ordena mi padre con su voz autoritaria, ésa que nadie jamás ha sido capaz de discutir — . ¡No vas a perderle! ¡Logan no irá a la cárcel! ¡Lo prometo... lo prometo!

Y después todo se queda en silencio.

Cuando cierro los ojos, Katie aparece frente a mí, pidiéndome que me marche...

— Te quiero, Katie... — susurro en voz baja, intentando abrazarla.

Porque en realidad, yo no me quiero marchar.

## **Nota del autor**

Por último...

Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como lo hice yo escribiéndola.

Antes de despedirme de ti, lector, agradecería poder leer tu opinión en Amazon, ¿te tomas un momento en escribirla? Ese minuto de tu tiempo es realmente importante para mí.

Si deseas contactar conmigo, también puedes hacerlo a través de las redes sociales o del correo electrónico [christianmartinsofial@gmail.com](mailto:christianmartinsofial@gmail.com)

¡Gracias!

# **SOBRE EL AUTOR**

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

## OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.



### **Mi protector- Su protegida (Bilogía)**

Harry Hunter siempre ha sido el mejor en lo que hace por varias razones: no tiene familia, ni amigos, ni pareja. Vive, exclusivamente, para cumplir con sus misiones y sobrevivir al día a día. Pero su rutina se irá al traste cuando le ofrezcan una nueva misión; una que no podrá rechazar y en la descubrirá a la joven Bailey Kim.

La teoría se la sabe muy bien: no debe establecer lazos sentimentales si quiere continuar con vida. Pero en la práctica es otra cosa. Bailey tiene algo especial que le atrae, algo que le impide desentenderse de todo y renunciar, algo que no le permite traicionarla.

Protegerla, liberarla y cuidar de ella no será sencillo, pero ya no tiene nada que perder.



## UNA COSA DE LOCOS

La suerte sonríe a Emma Owens cuando un abogado ingl es le comunica que su rico y poderoso t o Larry ha fallecido y que ella será la heredera de toda la fortuna y propiedades que el hombre poseía.

Decidida a disfrutar de su nueva vida cuanto antes, abandona la gran ciudad para volver a Inglaterra y poder realizar los papeleos de la herencia cuanto antes. Pero por desgracia para Emma, las cosas no son tan sencillas como parecían...

En su pueblo natal, tendr  que solucionar la lista de "requisitos" que ha confeccionado su tío para que ella pueda cobrar la herencia y, además, tendr  que reencontrarse con Michael Gardner, un exnovio al que abandonó tiempo atrás que se ha convertido en uno de los hombres más poderosos de la zona.

Menos mal que su compañera de piso, Abigail, está junto a ella para apoyarla y ayudarla en todo.



## NUESTROS DÍAS

A pesar de todo lo que tiene, Will Brown no está pasando por el mejor de sus momentos. Mientras unos malos pronósticos se ciernen sobre su futuro, los recuerdos del amor de su juventud comienzan a atormentarle y no logra sacarse de la cabeza a aquella chica que verano a verano le fue robando el corazón.

Si se marcha y regresa para buscarla quince años después de que se dijeran adiós por última vez, perderá todo lo que ha construido en su perfecta vida... Pero, ¿y si se queda? ¿Será capaz de enfrentarse a aquel pasaje de su juventud sin cerrar que abandonó en el lago de Withley?



## LA CHICA QUE SE LLAMABA COMO UN COMETA

¿Qué tiene la heladora voz del señor X?

A veces ser feliz es más difícil de lo que parece, y Holly lo sabe muy bien. Nadie puede negar que la muchacha se esfuerza mucho, pero ahora mismo su vida es un auténtico desastre: todos la odian en su trabajo, su novio la ha dejado por una versión más joven y estilizada de ella, ha engordado unos kilos y, encima, ha pasado tantos años esforzándose por ser la novia perfecta y por agradar a los demás, que ni siquiera se gusta a sí misma.

Lo que Holly no sabe es que el misterioso hombre que conoció entre las sombras parece estar dispuesto a hacer cualquier cosa por descubrir qué esconde la chica que (no) se llama como el cometa, esa que brilla incluso en la oscuridad.



## **Bilogía “Yo no soy tu vampiresa”**

Amanda ha perdido a su marido, está centrada en su hijo y lo único que espera de la vida es que su pequeño sea feliz.

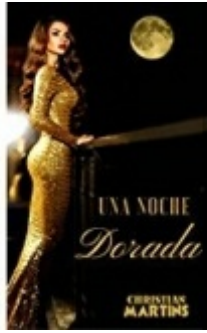
Derek es algo brusco y torpe, pero un romántico de corazón. Después de que su mujer le abandone por otro, decidirá que todas son unas arpías despiadadas. ¿Por qué ya no quedan mujeres reales en el mundo?, pensará.

¿Y Pipper? ¿O mejor dicho, Fantasma? Un cachorrito de cocker que parece dispuesto a completar esta historia y unir todos los cabos sueltos.

¿Quién no cree en el destino? ¿En el amor? ¿En las segundas oportunidades?

¿Puede una vampiresa y un pequeño diablillo conquistarte el corazón?





## **SAGA “UNA NOCHE” (UNA NOCHE DORADA, UNA NOCHE CONTIGO, UNA NOCHE NUESTRA, UNA NOCHE PERFECTA)**

Arianna Townsend no tiene pensado, por el momento, enamorarse. Está acostumbrada a tener al hombre que quiera en cualquier instante y que todos la traten como si fuera una reina. Disfruta jugando con ellos para después decirles adiós, sin que ninguno le exija ningún compromiso.

Pero su perfecta vida se irá al traste cuando aparezcan Jason, un atractivo chofer que su padre acaba de contratar, Steve Lowell, un inglés de la alta sociedad que desea conquistar a la hija de su jefe por encima de todo y Markus, un pobre chico al que Arianna le robó el corazón.

El baile de La Noche Dorada se acerca y todas las miradas estarán centradas en la rica y atractiva joven, pero la noche no terminará tal y como esperaba ella.

Arianna tiene demasiados secretos y hay mucha gente dispuesta a destrozarse la vida de la mediana de los Townsend...

La indecisión y la pasión serán los ingredientes principales de esta erótica historia para atrapar al lector.

¿Por qué no vienes a descubrir la mansión de Manor House?



### **TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”**

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

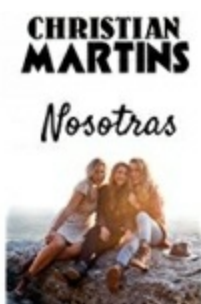
Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?



## **NOSOTRAS (JUNIO 2017)**

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»



## **ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)**

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



## **MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)**

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»



### **BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)**

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»



### **SERÉ SOLO PARA TI (BILOGÍA) (FEBRERO 2017)**

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»



